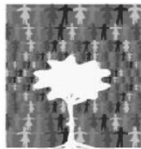


LA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA:
MÉTODOS Y TÉCNICAS

FRANCISCO JOSÉ FRANCÉS GARCÍA
ANTONIO ALAMINOS CHICA
CLEMENTE PENALVA VERDÚ
ÓSCAR ANTONIO SANTACREU FERNÁNDEZ

LA INVESTIGACIÓN
PARTICIPATIVA:
MÉTODOS Y TÉCNICAS



PYDLOS
ediciones

© de la presente edición: Universidad de Cuenca

**LA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA:
MÉTODOS Y TÉCNICAS**

Francisco José Francés García
Antonio Alaminos Chica
Clemente Penalva García
Óscar Antonio Santacreu Fernández

ISBN: 978-9978-14-316-2
Derecho de autor: CUE-2348

Diseño Portada: Óscar Santacreu
Diagramación: Patricia Barbero
Corrección de estilo: María Eugenia Estrella
Impresión: Editorial Don Bosco-Centro Gráfico Salesiano - Telf.: 2831745
Tiraje: 300
Impreso en Ecuador - *Printed in Ecuador*

2015

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a PYDLOS EDICIONES, con el fin de garantizar la calidad científica del mismo.

El presente texto forma parte del conjunto de libros metodológicos dentro del proceso de colaboración entre la Universidad de Alicante y la Universidad de Cuenca, en materia de formación de Postgrado, a través del Grupo de Investigación PYDLOS del Departamento de Investigación "Espacio y Población", en coordinación con las Facultades de Ciencias Económicas y Administrativas, Jurisprudencia, Psicología, Filosofía Letras y Ciencias de la Educación, y con aval de la DIUC de la Universidad de Cuenca"

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
1. EL LUGAR DE LA PERSPECTIVA DIALÉCTICA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL	11
2. EL SUJETO EN LA INVESTIGACIÓN DIALÉCTICA	29
3. EL MÉTODO. RELACIÓN ENTRE TEORÍA Y PRÁCTICA	35
4. EL PUNTO DE PARTIDA DE LA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA: LA SOCIO-PRAXIS Y LOS PROCESOS PARTICIPATIVOS DE CREATIVIDAD SOCIAL	43
5. LA IAP COMO ENFOQUE Y MÉTODO PARA LA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA	55
5.1. FASES Y ESTRUCTURA DE LA IAP.	66
6. TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA PARA LA CREATIVIDAD SOCIAL	83
6.1 TÉCNICAS PARA LA NEGOCIACIÓN INICIAL DE OBJETIVOS Y CONSTRUCCIÓN PARTICIPADA DEL PROYECTO	92
6.1.1. <i>El grupo focal (focus group)</i>	92
6.1.2. <i>El sociograma</i>	96
6.1.3. <i>El mapa cognitivo</i>	101
6.1.4. <i>La observación participante</i>	105
6.2. TÉCNICAS PARA EL AUTODIAGNÓSTICO	108
6.2.1. <i>Entrevistas y grupos de discusión</i>	108
6.2.2. <i>Las técnicas biográficas</i>	115
6.2.3. <i>Photovoice</i>	118

6.2.4. <i>El análisis DAFO</i>	121
6.2.5. <i>La encuesta participativa</i>	125
6.2.6. <i>La encuesta deliberativa</i>	128
6.2.7. <i>El jurado ciudadano</i>	130
6.3. TÉCNICAS PARA LA PROGRAMACIÓN E IMPLEMENTACIÓN DE ACCIONES ...	132
6.3.1. <i>El árbol de problemas y soluciones</i>	133
6.3.2. <i>El flujograma situacional</i>	138
6.3.3. <i>Los talleres de futuro</i>	141
6.3.4. <i>European Awareness Scenario Workshop (EASW)</i>	144
7. BIBLIOGRAFÍA	147

PRESENTACIÓN

Durante años, el Programa Interdisciplinario de Población y Desarrollo Local Sustentable (PYDLOS) de la Universidad de Cuenca (Ecuador), y el grupo de OBETS, del Instituto de Desarrollo Social y Paz de la Universidad de Alicante (España) vienen manteniendo una estrecha colaboración en docencia e investigación.

Esta alianza ha sido posible gracias a la intensa actividad desarrollada por el director de PYDLOS, el profesor Dr. Alejandro Guillén, gracias a cuyo apoyo se han plasmado diversas líneas de cooperación.

En este marco, el presente texto es una prueba más ello, formando parte del conjunto de libros metodológicos dentro del compromiso entre la Universidad de Alicante y la Universidad de Cuenca, en materia de formación de Postgrado, a través del Grupo de Investigación PYDLOS del Departamento de Investigación “Espacio y Población”, en coordinación con las Facultades de Ciencias Económicas y Administrativas, Jurisprudencia, Psicología, Filosofía Letras y Ciencias de la Educación, y con aval de la DIUC de la Universidad de Cuenca.

Estamos convencidos de que estos textos constituyen un aporte significativo para la formación de investigadores y docentes de nuestras universidades y para el robustecimiento de los vínculos entre ambas.

LOS AUTORES

Sant Vicent del Raspeig (Alicante)

Octubre 2015

1. EL LUGAR DE LA PERSPECTIVA DIALÉCTICA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Decía Jesús Ibáñez en su libro *El regreso del sujeto* (1990) que la investigación social es una tarea necesaria y a la vez imposible. Necesaria por cuanto la sociedad reclama conocimiento sobre sí misma, e imposible dado que el esfuerzo de medición en la investigación se realiza con instrumentos imperfectos y sobre una realidad en continuo movimiento. Oswaldo Hevia se animaba a apuntar dosis algo más positivas al alegar que “no es fácil, pero no imposible, el producir conocimientos científicos en las Ciencias Sociales” (Hevia, 2000). Podríamos añadir además un tercer adjetivo para la investigación social, el de ineficaz si al final los estudios se escinden de las prácticas que se deberían derivar de ellos, renunciando a su potencia operativa y acabando guardados en un cajón. Aunque este no sea un arranque muy optimista, compartimos con los citados autores la idea inicial de que atrapar la realidad social parece efectivamente muy complicado. La investigación social no deja de ser más que una red que nosotros como investigadores tejemos con el fin de lanzarla y entre las cuerdas poder capturar lo que creemos que son fracciones de realidad. Pero la sociedad no solo se compone de procesos de muy diversa clase, sino que los elementos cambian, son realidades en continuo movimiento que, afortunadamente, no se dejan atrapar. La tarea que se emprende habitualmente en investigación social de recortar, parcelar y tipificar la realidad social impide, de no llevar cuidado, captar la complejidad de los problemas y demandas de la población, y en el mejor de los casos los enfoques tradicionales nos permiten solamente sintetizar y explicar (pero en ocasiones difícilmente comprender) las paradojas de la vida social.

La evidente complejidad de la realidad social exige trascender en su estudio la aplicación única para comprender las dinámicas sociales a partir de un enfoque positivista clásico y reduccionista, cuyos axiomas (un solo método, primacía de la lógica deductiva, reduccionismo empírico a lo netamente operatible, etc.) generan con mucha frecuencia un resultado analítico exce-

sivamente parcelado de un objeto que se revela poliédrico y difícilmente capturable únicamente con la estrategia positivista tradicional. Estas lógicas con frecuencia provocan cierta frustración en el investigador a la hora de considerar los resultados de su investigación sobre el fenómeno estudiado, donde en el mejor de los casos se obtiene una visión precisa pero fragmentada y simplificada de la realidad social. Si bien esto ya es un esfuerzo, la realidad social presenta, como afirma Delgado (2009) “procesos y acontecimientos multirreferenciales, multidimensionales, interactivos, recursivos con alto grado de aleatoriedad, incertidumbre e indeterminación”, características todas ellas poco apropiadas para un afrontamiento metodológico clásico y restrictivo de la investigación social. Las ciencias sociales producen con demasiada frecuencia conocimiento plenamente objetivo al margen de lo social. En la fuerte tradición de las ciencias sociales de aspirar a ser ciencia, se abrazó sin reservas la aplicación del método científico occidental, bajo una premisa hasta cierto punto cuestionable: lo que no es susceptible de someterse al método no es posible estudiarlo. La cuestión radica en que la mayoría de los procesos sociales escapan en mucho al reduccionismo empírico, dificultando (cuando no haciéndolo en ocasiones inviable) su abordaje científico (o cientifista en muchos casos). La sola exigencia del rigor metodológico no parece ser garantía de un mejor conocimiento de la realidad, y el miedo a la desacreditación por producir un tipo de conocimiento que no sea admitido en los cánones del método científico ha conducido con frecuencia a lo que Ander-Egg llama “precisiones milimétricas acerca de banalidades”, impecables metodológicamente pero que en poco o nada ayudan a resolver los problemas sociales.

Desde hace ya décadas asistimos, como comentaba hace algún tiempo Mario de Miguel (1993), a una evidente evolución de los enfoques clásicos de investigación, que se han ido desplazando hacia nuevas visiones de la filosofía de la ciencia en lo que podríamos llamar una corriente postpositivista. Dicha corriente estaría caracterizada esencialmente por una mayor apertura hacia orientaciones epistemológicas distintas de los anclajes clásicos y por el protagonismo de posturas más plurales en relación con la metodología de la investigación social. Conviene pues alejarse de la visión positivista (en sus versiones más simplistas), en torno a la idea de que la investigación social “recoge” datos de la realidad para posteriormente poder facilitar el análisis de ésta. Considerar la realidad empírica como un objeto de recolección supone otorgar una consideración naturalista al proceso investigador, como si no fuera una tarea más allá de la labor de acudir allá donde están los datos y recogerlos suponiendo que no solo están allí inalterables, sino que han estado y seguirán estando simplemente a la espera de la llegada de un investigador avisado. Muy al contrario, la investigación social posee una consideración operativa

alejada de esta visión naturalista, que no solo es idílica sino además con frecuencia engañosa. La información se produce, no se recoge. Adquiere la etiqueta de dato en el momento en el que el investigador considera que representa un aspecto de la realidad que posee interés para el análisis. Y nos permitimos hacer énfasis en esta idea de re-presentación, puesto que el dato lo es en tanto en cuanto es conceptualizado por el sujeto investigador, que lo utiliza infiriéndole su particular sentido para crear una imagen con la que intentar explicar o dar sentido al funcionamiento de la realidad: una imagen que no es presentada por los datos, sino re-presentada por el propio investigador. La idea conduce a la premisa de que no existe una realidad social, sino tantas realidades como sujetos productores (o conceptualizadores) de realidad social, a las que cada cual infiere su propio sentido. Y este hecho otorga al proceso de la investigación social y a las técnicas de que ésta hace uso, una naturaleza intencional, procesual, y esencialmente creativa e interpretativa.

Estas consideraciones, en el caso específico del diseño de investigaciones con fines transformadores de lo social, nos deben llevar a hablar de la necesidad de cambios conceptuales de los enfoques primarios para trascender una concepción reduccionista de la investigación, y que en un esfuerzo de síntesis podrían concretarse en tres pasos o saltos. En el primero, como comenta Montañés (2009), si se producen y no se recogen los datos, la dimensión tecnológica queda supeditada a la dimensión teórica-metodológica. Y ésta, como se puede intuir, no es ajena al componente epistemológico que deberá dar cuenta de para qué y para quién se lleva a cabo la investigación. El segundo cambio protagonizaría un desplazamiento desde la primacía del método a la primacía del proceso metodológico en el quehacer de la investigación social. La primera opción (la primacía del método) nos lleva a un diseño en el que el proceso de construcción de conocimiento se haya subordinado a la secuencia prescrita en la aplicación de un método. Aquí el método no es únicamente un recurso facilitador del conocimiento de la problemática estudiada, sino que asume un rango mayor, el de marco definitorio en torno a qué aspectos de la realidad van a quedar registrados en la investigación (porque se ajustan a la naturaleza y exigencias tanto del método como de las técnicas) y cuáles van a quedar fuera (por cuanto no cumplirían los requisitos del método o las técnicas para ser sistematizados en el seno de la investigación). En el giro propuesto, es decir, la primacía del proceso metodológico, son los métodos y las técnicas las que se adaptan y ajustan al proceso de construcción de conocimiento y a los objetivos de la investigación, a los cuales se les devuelve la centralidad en la actividad científica. En otras palabras, aquí son los métodos y las técnicas que éstos integran los que deben modificarse con el fin de que el investigador pueda ajustarlos a la finalidad de la investigación, y la meto-

dología se constituye así en un proceso que organiza y da sentido a la investigación. En coherencia con ello, si los objetivos de un estudio asumen fines transformadores o de acción sobre la realidad social, de poco servirán elecciones metodológicas que operen sobre técnicas meramente descriptivas o ajenas al carácter performativo de la investigación. Este tipo de métodos pueden ser complementarios o servir para recoger y sistematizar datos, pero seguirán planteando el problema de su nexos con la acción social y con la apropiación crítica de la información (De la Riva, 1993). Habrá que buscar pues alternativas investigadoras si el planteamiento investigador persigue articular el conocimiento y el cambio social. El tercer paso o salto mencionado dentro de los cambios de enfoque investigador supondría la sustitución del principio de la lógica por el de dialógica en el proceso de la investigación. Aludiendo de nuevo a Montañés, la asunción de lo dialógico como principio del marco investigador, supone apostar por “poner en evidencia la pugna que mantienen entre sí todas las relaciones ideológicas por convertirse en relaciones lógicas. Esto conlleva sustituir tanto el método deductivo como el inductivo por la abducción, enmarcada en un proceso transductivo que articula lo nuevo en conocido. La inducción como la deducción presuponen un mundo cerrado y acabado [...] lo que inhabilita a ambos procedimientos para dar a conocer nuevas realidades. En cambio, en la abducción no se va de lo general a lo particular ni de lo particular a lo general, sino que se agregan discursos con los que proyectar nuevos escenarios posibles” (Montañés, 2009). Según esta perspectiva, podríamos asumir la ciencia social como un esfuerzo para ayudar a producir soluciones a problemas planteados, y a la vez, plantear cuestiones cuyas soluciones no se hallan ya implícitas o capturadas por el propio marco investigador, sino que requieren de una nueva re-laboración participada para ser abordadas de acuerdo con los fines que las suscitan.

La perspectiva dialéctica viene a ofrecer algunas respuestas a los retos que imponen estos tres pasos o saltos en los cambios de enfoques investigadores. A pesar de ello, conviene explorar la naturaleza y alcance del conjunto de perspectivas posibles en la investigación social, con el fin de escoger de manera adecuada el acercamiento que mejor se adapte a los fines que persigamos cuando nos enfrentamos a la labor investigadora. Y cualquier elección en este sentido estará ligada al tipo de saber que pretendamos alcanzar.

El que optemos por un tipo de saber u otro requiere ineludiblemente el posicionamiento del investigador. En el marco de una investigación social podemos realizar el análisis de un contexto en el que estén presentes cuestiones sociales y acertar en el diagnóstico, quedándonos en este punto (descripción de la realidad social). Ello respondería al objetivo suscitado en muchas inves-

tigaciones sociales de que para comprender la dinámica social debemos fijarnos esencialmente en las características que los sujetos incorporan a los procesos con los que estemos tratando, de forma que conociendo los patrones de comportamiento individual estaremos en condiciones de dotar de sentido analítico a las conductas, percepciones, motivaciones y predisposiciones de estos sujetos. Pero en investigación social podemos hacer más cosas. Podríamos fijarnos como objetivo fundamental en la tarea investigadora la identificación de las relaciones y causas que provocan los problemas sociales, las cuales habitualmente integran los cuadros de objetivos de las investigaciones sociales, haciendo visibles las estructuras sociales (explicación de la realidad) que subyacen a ellos. Ello haría que el énfasis de las labores del investigador se concentren esencialmente en desvelar las significaciones que los sujetos atribuyen a sus conductas y posicionamientos, que se hallarían anclados en los condicionantes estructurales sustentadores de la acción social. La mera descripción y agregación de características individuales aquí no sería suficiente garantía para comprender en profundidad cómo se conforman y relacionan los sistemas y estructuras sociales; sería necesario abordar la identificación de elementos causales subyacentes a la acción social, lo que permitiría componer modelos explicativos del funcionamiento de los fenómenos sociales. Por último, en ciencias sociales las lógicas investigadoras pueden asumir como foco de atención del trabajo no tanto la descripción y explicación de la dinámica social como su propia transformación. Podríamos intentar utilizar el conocimiento construido con el objetivo de cambiar una situación juzgada como negativa en el momento de partida de la investigación, para a través del proceso investigador llevarla a un punto que supere las condiciones de la situación inicial (transformación de la realidad). El elegir unos u otros caminos de acercamiento al conocimiento investigador constituye una operación de elecciones no exclusivas ni excluyentes, pero que sin duda condiciona la forma en que afrontamos el estudio de la realidad social a la que nos enfrentamos. Fines y objetivos distintos requerirán instrumentos y caminos investigadores diferentes, cuando no en ocasiones divergentes.

El abordaje investigador de un tema, por ejemplo, de desigualdad de género en un territorio determinado, puede conducir a que inscribamos como objetivos investigadores el conocimiento más exacto posible de las características socioeconómicas o sociodemográficas de las personas que son víctimas de situaciones de violencia, como elemento distintivo de la labor investigadora para comprender la realidad de estas personas. Pero se puede partir también de la decisión de que lo importante para afrontar una investigación sobre un problema de esta naturaleza es desvelar cuáles son los factores con-

dicionantes que propician que una persona, en un contexto determinado, sea más proclive a sufrir episodios de violencia de género, y cuáles son las consecuencias de dichos episodios en relación a los factores estructurales identificados. O también podríamos asumir como objetivo principal de la investigación la puesta en marcha de acciones que cambien la situación presente de violencia de género en un determinado segmento social, para lo cual la producción de información analítica estaría orientada a la construcción de ítems de conocimiento que permitan la transformación de la situación en que se halla inmerso este segmento de la población en relación con la temática tratada, subordinando algunos aspectos relativos al análisis que, en otros enfoques investigadores, compondrían la matriz básica de trabajo para el investigador. O también, por qué no, se puede plantear un diseño investigador que combine (mejor aún, que triangule e integre) las distintas perspectivas expuestas.

Pero en cualquier caso se muestra conveniente tener clara antes de iniciar una investigación la estrategia metodológica que vamos a asumir en el devenir del proceso de construcción de conocimiento, independientemente del grado de información que tengamos de la realidad en el punto de partida de nuestras investigaciones. En ciencia social se construye lo que se pretende explicar a partir de un paradigma determinado. Y cada marco conceptual, y cada perspectiva investigadora, mantiene una concepción diferente de lo que es la investigación, de cómo investigar, de qué investigar y de para qué o para quién sirve la investigación. Como podemos apreciar, cuando nos referimos a los planteamientos o estrategias metodológicas estamos haciendo referencia al problema de cómo armar el proceso del estudio, esto es, al propio diseño de la investigación, lo que posteriormente nos llevará a escoger unas técnicas u otras acordes al tipo de conocimiento que queremos construir. Ello se vincula con decisiones de carácter esencialmente técnico. Pero más allá, cuando reflexionamos y tomamos elecciones en relación a los planteamientos investigadores, estamos aludiendo al problema del posicionamiento del investigador y al componente epistemológico de la investigación social, lo que si no se trata con el merecido cuidado podrá suponer un disparo a la línea de flotación del quehacer investigador y al sentido último de la propia investigación.

Jesús Ibáñez, en varios de sus trabajos (*Más allá de la sociología*, o *Del algoritmo al sujeto* por citar algunos), trató de enfrentarse a la cuestión de las elecciones a seguir en el planteamiento de la investigación social. Para ello conceptualizó un paradigma complejo de la investigación social, combinando tres niveles y tres perspectivas que significan bifurcaciones o elecciones en la actividad de la práctica investigadora, en función de cuál sea la perspectiva o nivel sobre el que se desarrolle un mayor énfasis en el planteamiento investigador. Se trata de un esquema sin duda muy útil y que ha servido de guía para

el desarrollo de ajustes y adiciones que otros autores han ido completando posteriormente. Citando a Ibáñez, en investigación social podemos hablar de tres niveles: el nivel tecnológico (que responde básicamente a la pregunta «con qué se hace la investigación»), el nivel metodológico (que responde a la pregunta «cómo se hace y qué tipo de conocimiento posibilita un determinado método de actuación») y el nivel epistemológico (que responde a la pregunta «para qué y para quién se hace así»). Por otro lado, las perspectivas que Ibáñez identifica son la distributiva (cuya técnica más completa sería la propia del método de encuesta), estructural (cuyas técnicas paradigmáticas serían los dispositivos conversacionales no estructurados y dentro de ellos sobre todo el grupo de discusión) y dialéctica (cuya técnicas más completas serían las utilizadas en el socioanálisis y en la Investigación-Acción). Cada una de estas perspectivas proyecta diferentes contenidos sobre los niveles tecnológico, metodológico y epistemológico, de forma que ocupan las distintas dimensiones del proceso de conocimiento en ciencias sociales.

Con el fin de sintetizar la información de este paradigma complejo, en la figura 1.1 (ver pág. 16) describimos sus principales rasgos y características, para posteriormente detenernos en las implicaciones que conlleva escoger una u otra vía de conocimiento en la investigación social.

Tal y como se deriva de la lectura de la figura, cuando nos enfrentamos al diseño de las técnicas e instrumentos de investigación social, es posible establecer múltiples puntos de atención en torno a ellas.

En primer lugar, en el nivel tecnológico podemos prestar atención a qué ha de utilizarse para investigar, es decir, cuáles son las técnicas idóneas con el fin de garantizar que la perspectiva asumida como elemento motriz de la información que la investigación construye sea la más adecuada de acuerdo con los objetivos que se persiguen. Podemos, en segundo lugar, depositar un especial cuidado en el nivel metodológico, que se ocupa especialmente de cómo se han de utilizar las técnicas y qué tipo de información se alcanza a partir de su despliegue. Este nivel enfatiza en las condiciones del cómo de la investigación social, la forma en que se tienen que llevar a cabo los distintos pasos y la lógica que guía al proceso de investigación y a la labor de análisis desde el principio hasta el final. Finalmente, una tercera preocupación que se puede tener en el uso de las técnicas de investigación social es la que se vincula al para qué y al para quién de la investigación, es decir, cuál es el objeto del uso de unas técnicas u otras en la satisfacción de las necesidades de los distintos actores involucrados en la investigación. En estas cuestiones recaen gran parte de los quehaceres del nivel epistemológico de las técnicas.

En relación no ya a los niveles, sino a las perspectivas, Ibáñez nos recuerda que si en el posicionamiento investigador se entiende la realidad social

Figura 1.1 Niveles y perspectivas de la investigación social

		PERSPECTIVAS			
		DISTRIBUTIVA	ESTRUCTURAL	DIALÉCTICA	
NIVELES	TECNOLÓGICO (con qué se hace) la investigación) [Juegos de lenguaje]	<i>Tipo de juegos conversacionales</i>	Juegos conversacionales de estímulo-respuesta	Juegos conversacionales con baja estructuración	Juegos conversacionales abiertos y prácticos
		<i>Técnicas utilizadas</i>	Técnicas propias de la encuesta: - Cuestionario o entrevista estandarizada. - Entrevista cerrada.	Técnicas conversacionales: - Entrevistas semiestructuradas, abiertas, en profundidad, individual o grupal. - Grupo de discusión. - Historias de vida.	Técnicas de reflexión-acción. - IAP. - Socioanálisis. - Técnicas de investigación para la creatividad social.
		<i>Unidad de análisis</i>	Los sujetos y sus características operativizadas en términos de variables	Los sujetos y los conceptos que enuncian	Los sujetos, las relaciones y el cambio en términos de propuestas
	METODOLÓGICO (cómo se investiga) [Funciones del lenguaje]	<i>Función del lenguaje</i>	Referencial (significantes denotativos)	Estructural (significantes connotativos)	Pragmática (significantes performativos)
		<i>Tipo de análisis</i>	Análisis estadístico (el habla es designación)	Análisis de discurso (el habla es comprensión)	Análisis práctico (el habla es reflexión y acción)
		<i>Tipo de conocimiento que produce</i>	Conocimiento descriptivo y estadístico de los elementos de la red social	Estructural y explicativo de las posiciones (individuales) y los discursos (colectivos)	Intersubjetivo en relación a los conjuntos de acción y las propuestas
	EPISTEMOLÓGICO (para qué, para quién se investiga) [Efectos del lenguaje]	<i>Relación de poder en la producción del conocimiento</i>	Asimetría Lo investigado como objetivo [cierra]	Simetría táctica/asimetría real y estratégica. Lo investigado como objeto (al que se le pide que hable) [abre para cerrar]	Asimetría real y táctica/simetría estratégica. Lo investigado como sujeto (al que se le deja decir y hacer) [espiral de aperturas y cierres]
		<i>Reflexividad del sujeto</i>	Mínima (el sujeto es objeto)	Media (el sujeto es relativo)	Máxima (el sujeto es reflexivo)

Fuente: Elaboración propia a partir de las aportaciones de Ibáñez, Colectivo IOE, Rodríguez Villasante, Alberich y Bergua

como un conjunto de sujetos o individuos en un modelo conceptual de unidades independientes y equivalentes a los efectos de la investigación, el fenómeno social a investigar se sitúa a nivel de su distribución en los “elementos” del conjunto, lo que corresponde a la perspectiva metodológica distributiva. Si por el contrario la realidad es asumida como conjunto de relaciones generadora de estructuras que contienen las unidades (los individuos), corresponde situarse en la perspectiva metodológica estructural. Finalmente, si la realidad social se asume como un conjunto de relaciones entre estructuras generadoras de sistemas sociales, correspondería entonces ubicarse en los parámetros propios de la perspectiva metodológica dialéctica.

Obviamente, tal y como ya hemos comentado anteriormente, los diseños investigadores no tienen por qué asumir para su desarrollo una perspectiva en concreto desechando forzosamente el resto. Es decir, no se trata de perspectivas excluyentes, sino triangulables, pues el análisis de lo social en la práctica puede atravesar los tres órdenes. Ya se ha ido anticipando en el texto que no sirve de mucho un conocimiento aislado de los elementos, por muy minucioso que sea, puesto que estaríamos menospreciando la capacidad explicativa que nos aportarían las relaciones sociales o las estructuras resultantes a partir de ellas. Pero tampoco nos hallaríamos ante un diseño investigador completo si ponemos todos nuestros esfuerzos en el análisis de sistemas y estructuras dejando de lado el conocimiento acerca de cómo se distribuyen los elementos dentro de la red social. Y ambos intentos quedarían incompletos si, sea cual sea la perspectiva de análisis, la investigación alcanza su final sin haber prestado atención a los aspectos analíticos que se vinculan a la transformación social del problema que se ha abordado y que, en un sentido instrumental, otorga razón de existencia a la mayor parte de las investigaciones sociales.

Se parta de donde se parta, un diseño ambicioso de análisis debe contemplar el despliegue de técnicas que nos permitan abordar el conocimiento desde estas tres perspectivas, aunque sea primero de forma aislada, siempre que posteriormente se acabe conjugando sus aportes. Esbochemos ahora cuáles son las principales orientaciones de cada una de estas tres perspectivas en relación al contenido de la figura anterior.

En primer lugar cabe resaltar una cuestión de interés. Desde un punto de vista tecnológico, las tres perspectivas se diferencian, entre otros elementos, en el juego que establecen sobre el lenguaje. El motivo por el cual se enfatiza especialmente el uso del lenguaje dentro de la comprensión diferencial de la naturaleza de las tres perspectivas de la investigación social se debe esencialmente a que el lenguaje es la materia prima que utilizan los investigadores sociales para producir análisis sobre la realidad social. Los instrumentos de captación y construcción de información, sean cuales sean, abordan la lectura

de la realidad de forma indirecta, puesto que, a diferencia de las ciencias fuertes, en ciencias sociales la reflexión se vincula a cuestiones de naturaleza no observable directamente. Los conceptos fundamentales sobre los que normalmente se ancla la producción teórica y empírica en ciencias sociales poseen una condición inmaterial. La confianza social, el racismo, el machismo, la solidaridad, etc., suponen todos ellos conceptos de indudable interés investigador pero que no son posibles de abordar sino a través de cómo los individuos los integran en sus sistemas de actitudes y los ponen en práctica dentro de la dinámica social. Ello hace que tengamos que recurrir a modos indirectos de medición y valoración de estas cuestiones. Y prácticamente todas las técnicas de investigación social recurren en este esfuerzo a la utilización del lenguaje como vehículo a través del cual podemos asomarnos a análisis social. Las encuestas, las entrevistas, los grupos de discusión, las asambleas, los talleres comunitarios, en realidad casi cualquier artefacto generado para construir información en el marco de una investigación, sitúa en el centro de la decodificación de información para el análisis al lenguaje como vehículo conductor. De ahí que en la figura de comparación entre perspectivas ocupe un lugar central, porque cada perspectiva realizará un uso particular de los juegos de lenguaje que les permiten construir conocimiento.

La perspectiva distributiva, tal como hemos comentado, se articula esencialmente sobre los elementos de la red social, y dado que pretende precisamente producir un conocimiento de los elementos de la red, la unidad de análisis la constituirán los sujetos, tomados ya sea de forma individual o colectiva, con opiniones, actitudes o conductas que son asumidas como propias y que constituyen el sustrato para el análisis. En el nivel tecnológico, la perspectiva distributiva utiliza esencialmente la encuesta estadística, que supone un juego del lenguaje en términos de “pregunta/respuesta”, desde un recurso conversacional particular que constituye el cuestionario estandarizado (Francés, Alaminos, Penalva y Santacreu, 2015). Las formas de las técnicas de investigación social, desde esta perspectiva, son estabilizadoras, tanto por la forma de producción de datos (preguntas/respuestas definidas por el investigador) como por su tratamiento (estadístico, que por su naturaleza es ajeno a la acción). La perspectiva distributiva utiliza la función referencial del lenguaje, porque lo que interesa del conocimiento de la realidad es lo referenciado, lo denotado, lo descrito por los sujetos entrevistados, que nos permitirá distribuir las opiniones y conductas de los elementos de la red social. Precisamente lo que se busca aquí es que el lenguaje sea expresamente denotativo, lo suficientemente unívoco como para que cada significante designe un único objeto que sea compartido en la interpretación significativa de los sujetos que responden a las preguntas, de manera que podamos, en juegos de agregación

y desagregación, comparar también a los propios sujetos conforme a las características estudiadas. El conocimiento que produce, por lo tanto, es de naturaleza descriptiva (describe cómo, por ejemplo, hombres y mujeres, o gente de distinto nivel educativo, de ingresos, ocupaciones, etc., se distribuyen en torno a un estímulo conversacional propuesto, para después realizar operaciones matemáticas que permiten establecer diferencias y similitudes entre unos y otros). Aquí la estructura posicional de los actores dentro del proceso investigador es necesariamente asimétrica. De un lado están los sujetos investigadores, que son los que diseñan la investigación y las preguntas a realizar, y de otro los objetos investigados, que únicamente tienen la posibilidad de construir información respondiendo a los estímulos conversacionales que los investigadores les proponen, y además generalmente adscribiéndose a un conjunto de posibilidades que les son dadas en las preguntas que se les plantean. Los sujetos investigadores y los sujetos investigados, los cuales aquí emergen como objetos, se sitúan en espacios excluyentes y parcelados. Los saberes, en ese sentido, quedan capturados por los sujetos indagadores de lo social, mientras que el objeto investigado queda al margen de cualquiera de los significados que los sujetos investigadores infieran de sus respuestas. La investigación, en ese sentido, “cierra” la realidad, desde el momento en el que el dispositivo técnico utilizado restringe los contenidos que formarán parte del proceso analítico. Más allá, el conocimiento que producirá esta perspectiva será esencialmente de tipo estadístico, a partir de operaciones cuantitativas, válido para obtener información en torno a la distribución de los sujetos en el espacio analítico.

La perspectiva estructural por su parte deposita su interés tecnológico en la captación de la posición relacional entre elementos y estructuras sociales. Su actividad de construcción de datos y la interpretación de éstos se basa en la dimensión estructural del componente simbólico del lenguaje: no lo que lo dicho por los sujetos pueda denotar, sino lo que connote en referencia a la percepción que los sujetos tienen en la red social. Entiende, en ese sentido, a los sujetos como portadores de roles y funciones sociales inscritos y reproductores de la estructura y la organización de los sistemas sociales, lo que en el fondo constituiría el objeto de estudio desde esta perspectiva. Las técnicas más utilizadas aquí son todas aquellas que proponen dispositivos conversacionales de corte más o menos abierto, esencialmente el grupo de discusión y las entrevistas en profundidad. En esta perspectiva, a partir de las técnicas que utiliza, que esencialmente piden a los individuos que conversen, la realidad social se percibe no solo a partir de unidades investigadas aisladas, sino que se supone formada por sujetos que se relacionan entre sí, en este caso discursivamente dentro de los instrumentos diseñados por los investigadores. El discurs-

so hablado en estas técnicas permite representar la red de relaciones sociales en torno al tema investigado, y en ese sentido permite acceder a un conocimiento de tipo explicativo, con carácter estructural por cuanto aspira a generar modelos explicativos de la realidad. Una investigación en el nivel estructural, desde esta perspectiva, pretenderá localizar las estructuras relacionales más allá de los elementos que la componen. Puesto que el énfasis lo deposita en la inferencia de sentidos que produce el habla y los significados que le confieren a ésta los sujetos, permite abrir metodológicamente el conocimiento a la estructura que conforma la red social, explorando las relaciones y las significaciones de ésta, así como las combinaciones y reanclajes de esta red en intervalos espaciotemporales. En la perspectiva estructural, las técnicas utilizadas son tácticamente promotoras de cambio social, pero estratégicamente estabilizadoras por dos razones fundamentales: en primer lugar, porque en la formación del grupo de conversación los ámbitos de debate son seleccionados por el investigador; en segundo lugar, porque su juego conversacional está abierto en lo semántico (los sujetos pueden decir todo), pero cerrado en lo pragmático (los sujetos no pueden hacer nada).

En la perspectiva dialéctica, en cambio, las técnicas de mayor alcance serían el socioanálisis, la Investigación-Acción, y los procesos y técnicas participativas de creatividad social. El juego abierto del lenguaje tipo que propone esta perspectiva se convierte en praxis, puesto que explora e intenta incidir en la capacidad que tiene el habla para producir nuevas realidades, para desbordar lógicas instituidas de comprensión y acción y abrirse a lógicas instituyentes susceptibles de generar una nueva situación social. En el juego del lenguaje dentro de esta perspectiva se discute y se toman decisiones que alterarán o intentarán alterar la realidad, lo que conduce a este posicionamiento a adoptar como unidad de análisis a los sujetos, pero también a las relaciones que éstos mantienen (conjuntos de acción), y a ello se añade las nuevas prácticas que buscan propiciar las técnicas dialécticas (sociopraxis). Interesa aquí del lenguaje no tanto su componente semiótico como el pragmático, lo que hay de fuerza en el habla. En este caso no importa tanto el sentido que pueda proporcionar la lengua, sino su capacidad para inscribirse en procesos de acción, e incluso para desencadenarlos. Puesto que las técnicas de que hace uso esta perspectiva buscan abrir el lenguaje y que tanto los significantes como los significados usados se desplieguen en torno a lógicas de interés de los sujetos que colaboran en la investigación, desaparece aquí la asimetría entre sujeto y objeto en la orientación de los procesos. A pesar de ello existe un reconocimiento de la prevalencia de una asimetría real entre los actores involucrados al margen del espacio construido para la investigación, y de que éste se genera a partir de una asimetría táctica en la que los promotores suelen provenir

habitualmente en este tipo de investigaciones de referentes de poder (instituciones, empresas, etc.), lo que les sitúa al comienzo de los procesos en una posición privilegiada de información.

Al igual que ocurre en el caso de las perspectivas, los niveles de investigación, en relación con las técnicas propias de los planteamientos metodológicos no son excluyentes ni opuestos. Los tres niveles deben ser tenidos en cuenta en un diseño que pretenda alcanzar un conocimiento efectivo de la realidad. Pero lo cierto es que responden a ocupaciones, preocupaciones y niveles de reflexión distintos (Figura 1.2).

Figura 1.2. Niveles de reflexión sobre las técnicas de investigación social

	<i>Nivel tecnológico</i>	<i>Nivel metodológico</i>	<i>Nivel epistemológico</i>
Perspectiva distributiva	Sí interesa (intervención en las técnicas)	No interesa (adaptación a la estadística)	No interesa (adaptación al demandante)
Perspectiva estructural	Experimentación con las técnicas	Sí interesa (intervención en los métodos)	No interesa (adaptación al demandante)
Perspectiva dialéctica	Experimentación con las técnicas	Experimentación con los métodos	Sí interesa (intervención en las necesidades)

Fuente: Adaptado a partir de Bergua (2004)

Como vemos, en la perspectiva distributiva la preocupación esencial se sitúa en el nivel tecnológico, el de las herramientas de investigación. Si el instrumento de medición es suficientemente válido y fiable, será posible alcanzar unos resultados que nos proporcionen el necesario conocimiento descriptivo de la red social, imprescindible para poder realizar lecturas en términos de explicación y posterior intervención sobre la realidad, ya que permite el establecimiento de regularidades y probabilidades de los fenómenos sociales. Además, la encuesta constituye un potente instrumento para contabilizar el grado de adhesiones que se registra en relación a una opinión o un comportamiento de la población. La investigación social necesita de técnicas que proyecten una objetividad descriptiva de los fenómenos sociales hacia un lenguaje formalizado, que en este caso es de orden matemático o estadístico.

El aspecto metodológico en esta perspectiva pierde importancia, a favor de un conjunto de procedimientos adscritos a la matemática estadística, que proporcionan una garantía estable en las operaciones analíticas que se emprenden. La encuesta pertenece al campo de la tecnología algorítmica, en la que

la labor investigadora está minuciosamente codificada, lo que reduce su autonomía, quedando subordinada al código de uso que prescribe la utilización de esta técnica. Dentro de este nivel metodológico, las acciones del investigador están ordenadas de manera secuencial, partiendo de la descomposición o fragmentación de la realidad para su posterior reordenamiento en un plano que permita la descripción de los componentes más significativos. De este forma, la sistematización de la actividad investigadora queda unificada por la capacidad holística que representa la validación de resultados (Valero, 2005). Si la encuesta está bien hecha, reflejará una correspondencia con la estructura social.

El nivel epistemológico queda fuera de esta perspectiva en relación a las técnicas, o al menos pierde fuerza por cuanto el resultado de la investigación debe ser invariable sea cual sea el demandante o el fin hacia el cual se orienta la investigación. Una correcta descripción de la realidad a través de esta perspectiva posee la fuerza analítica precisamente en su lectura unívoca, en su capacidad para permanecer independiente y al margen de los fines para los que se pone en marcha.

Se trata de una perspectiva ciertamente cuestionada desde algunos posicionamientos metodológicos, en relación sobre todo a las limitaciones dentro del juego del lenguaje que impone el instrumento de la encuesta. Sin embargo constituye una perspectiva necesaria, puesto que proporciona el conocimiento de opiniones, percepciones y acciones, aunque operen únicamente en el nivel referencial del lenguaje. Además, no comparte con las técnicas propias de otras perspectivas la reducida incidencia de éstas cuando se plantean en contextos poblacionales grandes. La técnica de la encuesta nos permite abordar el análisis macro, aunque eso sí, inscribiéndonos en el nivel de información que proporciona.

Dentro de este nivel de información, las medidas que recogen las encuestas apuntan hacia la normalidad, pero no captan de forma potente el cambio ni reflejan deseos o tendencias evolutivas dentro del campo de la intersubjetividad compartida, tendencias que, aún siendo minoritarias en ocasiones, poseen un alto grado de significación y relevancia social. Esto sí será posible con el uso de las otras dos perspectivas de investigación.

En la perspectiva estructural, la preocupación en relación a las técnicas se sitúa en el nivel metodológico, es decir, en cómo se produce el proceso analítico. Dado que la base metodológica de las técnicas conversacionales es aquí de carácter interpretativo, lo importante no es ya tanto cómo se aplica la técnica, ni lo minucioso que sea el instrumento de medición (que debe serlo), sino cómo se trata la información obtenida a través de él. De ahí precisamente la sofisticación teórica e interpretacional que exige el análisis de discurso,

donde la tarea investigadora no descansa en procesos externos contrastables, como puede ser el caso de la estadística, sino que opera sobre la capacidad del investigador para captar el entramado de subjetividades que quedan capturadas en el dispositivo conversacional. El uso de las técnicas en esta perspectiva está orientado a la producción, por parte del investigador, de un nuevo discurso a partir de los discursos registrados. Un nuevo discurso en el que debe emerger un nuevo orden, con los elementos que el analista resignifica y toma del discurso que producen los sujetos. Ahí es donde radica precisamente la potencia de las técnicas estructurales.

Finalmente, en el caso de la perspectiva dialéctica, la atención sobre las técnicas utilizadas recae en el nivel epistemológico. Lo importante a la hora de plantear las técnicas de investigación radica en la orientación pragmática del proceso de investigación planteado. La relevancia de la técnica utilizada estará en función de su pertinencia en relación a los sujetos para los que se realiza la investigación, y los fines transformadores del proceso. Los niveles tecnológico y metodológico quedan subordinados de esta forma a los fines perseguidos, permitiendo una mayor flexibilidad en la naturaleza de la técnica y en el modo en que se lleva a cabo, siempre que produzca un conocimiento de tipo pragmático en los sujetos. Se muestra, pues, en esta perspectiva extremadamente importante tener presente en todo momento el "para qué" del uso de estos instrumentos, con el fin de no estar empleando rutinariamente secuencias de acciones que, como afirma Pedro Martín (2001) llevarían al investigador a ejercer de oficiante de liturgias sin sentido, de las que no se obtendrán sino resultados estereotipados, carentes de utilidad para los sujetos. Por ello, en numerosas ocasiones vamos a encontrar dentro de esta perspectiva el uso conjunto de varias técnicas que potencian su efecto, en la búsqueda de un resultado más ajustado a las necesidades de la investigación o la intervención.

De acuerdo con estos parámetros, en la perspectiva dialéctica se producen importantes cambios respecto a las demás. Estos cambios hacen referencia a la función del investigador en el proceso de construcción de conocimiento. Dado que en esta perspectiva se reconoce autonomía cognitiva y práxica al objeto para producir información y actuar a partir de ella, el investigador se convierte en un facilitador, o en todo caso un sistematizador de la información que se va gestando, desestimando en la práctica la dicotomía sujetos investigador/objeto investigado. Como afirmaba Jesús Ibáñez, "los objetos investigados devienen sujetos que se autoinvestigan. Los supuestos sujetos del saber actúan solo como asesores técnicos" (Ibáñez, 1985).

En relación a ello, otra característica propia de esta perspectiva, en relación a las anteriores, es el uso de la información. En las técnicas utilizadas dentro de la perspectiva dialéctica no existe, al menos en términos sustanti-

vos, una enajenación de la información producida a partir de los dispositivos técnicos por parte de investigadores en relación a los posibles usos que de ella pueden hacer los sujetos. Sí se tercian, normalmente, operaciones de sistematización y estructuración de la información por parte del investigador, pero ésta es devuelta a los sujetos con el fin de que la validen y determinen su uso. Nos hallamos pues desde esta perspectiva en un contexto práxico que, en palabras de este autor, propone una experiencia liminar en la que lo instituido (las condiciones de la realidad existente) se relaja al máximo, para permitir una mayor manifestación de lo instituyente (las condiciones potenciales de la realidad).

En concordancia con todo lo introducido en referencia a las distintas perspectivas de la investigación social, en la figura 1.3 ubicamos de forma sintética las fracturas identificables entre unas y otras, que como hemos comentado, dirimen no solamente estrategias investigadoras sino, más allá, posicionamientos epistemológicos para la construcción de información en el marco de una investigación social.

Figura 1.3 Resumen comparativo de las principales características de las perspectivas de investigación social

	Perspectiva distributiva	Perspectiva estructural	Perspectiva dialéctica
<i>Concepción investigadora de la realidad</i>	Objetiva. Estática o dinámica secuencial	Subjetiva Estática o dinámica secuencial	Intersubjetiva Dinámica procesual
<i>Principal objetivo de la investigación</i>	Descripción y explicación de relaciones entre variables	Comprensión de claves y determinantes subyacentes al comportamiento social	Transformación de la realidad a través del proceso investigador
<i>Lógica de la investigación</i>	Deductiva	Inductiva	Transductiva
<i>Relación sujeto-objeto</i>	El investigador como productor de conocimiento. El sujeto como “objeto” de conocimiento con mínima reflexividad	El investigador como productor de conocimiento. El sujeto como “objeto” de conocimiento con moderada reflexividad	El investigador como facilitador de conocimiento. El sujeto como productor de conocimiento con máxima reflexividad
<i>Relación conocimiento-acción</i>	Desligada y separada en el tiempo. La acción no es condición para la construcción de conocimiento	Desligada y separada en el tiempo. La acción no es condición para la construcción de conocimiento	Continua en el tiempo. La acción es fuente y producto de la investigación

	Perspectiva distributiva	Perspectiva estructural	Perspectiva dialéctica
<i>Principal reto en el proceso de investigación</i>	Validez y fiabilidad en el diseño de los instrumentos de medición	Capacidad interpretativa del investigador sobre el material de análisis	Construcción de información con capacidad transformadora y hetero-reflexiva en la aplicación de las técnicas
<i>Criterios de éxito</i>	Validez y fiabilidad de la medición y el análisis de los resultados	Generalización interpretativa de los resultados	Programación consensuada a partir de los resultados

Fuente: Elaboración propia

Abordada ya la cuestión del lugar que ocupa la perspectiva dialéctica dentro de la investigación social, en términos generales podemos afirmar que esta perspectiva hace referencia a un enfoque investigador que asume como premisa el reconocimiento de la complejidad en la investigación social, entendida a partir de la mediación del sujeto-actor y sus intereses o preferencias de actuación en la labor de diseño, análisis y producción del contenido de la investigación. En palabras de Manuel Canales, la investigación social a partir de la perspectiva dialéctica “produce esencialmente conocimiento social, pero de un carácter epistemológicamente diverso al del conocimiento clásico, así cuantitativo o cualitativo. La investigación que realizan los participantes lo es respecto de su propia realidad, a la que analizan y no sólo ‘reproducen’ para el investigador o como su vida cotidiana. En cambio, son situados como observadores reflexivos, que vuelven sobre sus esquemas observadores y los amplían o modifican. Lo que así se conoce es la capacidad de transformación de la realidad por los participantes. Por ello cabe su noción como dialéctica, en cuanto que el conocimiento aludido es uno que no afirma la realidad, sino que se sostiene en su cambio a partir de sus contradicciones y posibilidades” (Canales, 2006). El objetivo del investigador no vendría configurado ni por su voluntad de captar los hechos objetivos ni por los hechos subjetivos a observar, sino por las relaciones dialécticas que se establecen entre actores sociales con necesidades concretas a solventar, que se traducen en una interacción continua entre reflexión y acción. Tal y como afirma De Miguel (1993), “la polémica clásica entre explicación y comprensión, entre conocimiento nomotético e ideográfico, quedaría de alguna forma aparcada frente a la visión pragmática del mundo social, donde lo prioritario es el diálogo constante con la realidad para intervenir en su transformación”.

En ese sentido, la perspectiva dialéctica concibe su actividad investigadora como resultado de un proceso autorreflexivo de conocimiento, en el que el sujeto de conocimiento está formado por todos los sujetos o miembros de la sociedad, y en el que la actividad del investigador, en tanto inclinada a conocer el sistema social, se orienta a la producción de un conocimiento con fines adaptativos y/o transformadores de este sistema social (Valero, 2005). Por ello en el marco de este enfoque investigador no serán los datos los que infieran qué información es relevante dentro de la investigación, sino que deben ser, como afirma Montañés (2009), los sujetos los que determinen lo que es o no relevante en el proceso de construcción de conocimiento. No se trataría, según Rodríguez Villasante (2001) de tener todos los datos como si éstos por sí mismos dijieran algo, sino de construir aquellos datos que sean significativos para los fines de la investigación y para los sujetos que se hallan implicados en ella, lo que aportará a los datos una verdadera complejidad creativa.

El resultado, como se puede apreciar en la síntesis de la figura 1.4, es un proceso encabalgado de investigación que asume una concepción interrelacionada de los aspectos que afectan a la vida comunitaria, y donde el elemento motriz de la actividad investigadora son los ciclos de acción-reflexión-acción, que le otorgan la naturaleza dialéctica. Se trata de un proceso de investigación que también asume un diseño investigador integrador, por cuanto persigue involucrar a los sujetos de la comunidad en el análisis de su propia situación problemática, cuya interpretación queda ligada a los fines transformadores de la realidad de partida con vista a una implementación estratégica y pragmática de los resultados.

Figura 1.4. El proceso de la investigación dialéctica



2. EL SUJETO EN LA INVESTIGACIÓN DIALÉCTICA

La concepción de la relación entre sujeto y objeto en el marco de la investigación social constituye una de las principales premisas que diferencian los distintos paradigmas de investigación social. Dicha relación determina en gran medida el modo de conocer e interpretar la realidad social. Aunque nuestra ocupación en este texto se centra en los contextos investigadores, conviene recordar y resaltar que la fractura objeto/sujeto trasciende en mucho este ámbito y constituye una dicotomía presente en la mayoría de los ámbitos de la vida social, y no únicamente en el de la ciencia social. La familia, el trabajo, la educación, las relaciones de género, la política, la cultura... son todas estas esferas en las que podemos encontrar una separación externa entre actores-sujetos actuantes y actores-objetos pasivos en relación a la acción de los primeros. La trascendencia pues de la fractura sujeto-objeto hay que inscribirla en las formas de organización social, y por ende, también en el campo de la investigación científica, donde se traduce en el binomio investigador-investigado.

La ciencia occidental se fundó sobre la eliminación positivista del sujeto a partir de la idea de que los objetos, al existir independientemente del sujeto, podían ser observados y explicados en tanto tales (Morin, 1995). En coherencia con ello, el conocimiento y su validez dependería básicamente de la fiabilidad y refinamiento de los instrumentos diseñados para captar esa realidad externa al sujeto investigador. Desafortunadamente, la complejidad y fractalidad del supuesto "objeto investigado" son lo suficientemente relevantes como para asumir una separación aséptica entre este último y el sujeto investigador. En este sentido, el purismo positivista se ha mostrado una estrategia poco útil para afrontar los retos del conocimiento en una sociedad compleja como la que habitamos. Dentro de este contexto de complejidad e incertidumbre, cuando tratamos de analizar la realidad de una forma participada, cualquiera que sea el objetivo, lo más práctico, legítimo y honesto es reducir la distancia entre el observador y lo observado, optando por una posición donde ambas partes nos encontramos co-implicadas en un mismo proceso. Hemos de

desterrar la dicotomización que implica la expresión escindida del análisis sociológico. Ésta es similar a la distancia que introducen las diferenciaciones del tipo administradores/administrados, representantes/representados, gobernantes/gobernados, expertos/ciudadanos de a pie. El tipo de oposición que la dicotomía propone se fija en los planteamientos, obstruye y empobrece la diversidad de los esquemas cognitivos, y obstaculiza con frecuencia la visualización intelectual de alternativas que pudieran escapar a esa interacción cerrada entre dos elementos. Para ello es necesario adoptar una posición metodológica en la que el sujeto deje de ser absoluto o relativo con el fin de configurarse como sujeto reflexivo.

Desde los posicionamientos clásicos, el sujeto investigador participa de una concepción tradicional del conocimiento, situándose en una posición excluyente de su objeto (la sociedad que intenta conocer). No se siente involucrado, ni se siente deformado por las relaciones que investiga, pero de la misma forma los objetos investigados tampoco se sienten en muchas ocasiones afectados o involucrados por lo que pueda traer el proceso investigador. Cristaliza en la consideración de un objeto que, como afirma Boaventura de Sousa (2002), se despliega sin creatividad ni responsabilidad en el proceso investigador. Pero en palabras de Manuel Montañés, aunque las realidades construidas por los científicos sociales son compatibilizadas con la comunidad científica, “no hay nada que garantice que estas realidades sean así mismo compatibles con las realidades construidas por los sujetos objeto de estudio.” (Montañés, 2009).

Un posicionamiento alternativo al clásico sería el relativista, donde el paradigma científico articula una posición del sujeto que, como afirma Alfonso Valero (2005), está conformada por un conjunto de posiciones relativas, por cuanto el sujeto es deformado por el objeto, y el acceso a la verdad exige que se alcance un acuerdo entre todos los observadores posibles, que se sitúan en los lugares de la intersubjetividad situacional.

Y todavía cabe al menos un tercer posicionamiento: el reflexivo. Si en nuestro paradigma sustituimos el presupuesto de objetividad (aparejada con la escisión entre sujeto investigador y objeto investigado, y la visión de un sujeto absoluto) por el de reflexividad (Navarro, 1990), acontecen una serie de cambios. Según el primer posicionamiento, sujeto y objeto son independientes y anteriores a la relación investigadora sujeto-objeto. Según el segundo, sujeto y objeto son funciones de su relación, y el objeto es producto de la actividad objetivadora del sujeto. Lo que investiga el investigador es una realidad compuesta por unos sujetos y la realidad que esos sujetos intentan objetivar. El investigador (sujeto) y los investigados (objetos) son sujetos que ejercen una actividad objetivadora. Pero no podemos obviar que cualquier observación

o intervención en la realidad social por parte de un sujeto está determinada por la sociedad en la que vive (Massé, 2006), que resulta tintada por el sistema de valores del investigador o por su sistema referencial teórico, inseparables de una referencia al orden de sus valores, de las normas y de las significaciones que infiere el propio investigador (De Schutter y Yopo, 1983). En palabras de Gurdíán-Fernández (2007), “En la investigación del objeto siempre quedan las huellas del sujeto.” El investigador social es interior a la sociedad y la sociedad es interior al investigador (por cuanto conoce objetos y comprende a sujetos). Y por supuesto, la investigación social deviene en actor social. Es por eso que apunta Rodríguez Villasante (1993) que los sujetos no se dejan “objetivar”. Todos formamos parte del sistema social, de modo que al intentar observarlo no podemos obviar el hecho de que estamos al mismo tiempo modificándolo; somos parte interior e inseparable de una sociedad que trata de observarse a sí misma. No podemos definir los procesos sociales sin evitar incidir en ellos, ya que acontecen en los sujetos y las personas –los investigadores también son personas– son a la vez sujetos en proceso. Y la supuesta objetividad que siempre se pretende alcanzar habitualmente es ciega a las reflexividades de los procesos en marcha, incluida la de la propia investigación que realizamos. Carmen García Guadilla refleja estas ideas con las siguientes palabras: “La producción de conocimientos y, en particular de conocimientos científicos, es quizás el campo más sutil e intangible de todos los que constituyen el ‘objeto’ de estudio de las ciencias sociales. Desde la duda inicial si tal ‘objeto’ no es en verdad el ‘sujeto’, hasta la más generalizada discusión de si el proceso histórico social desempeña o no un rol, decisivo o no, en la producción científica, todas las proposiciones relativas a la forma como se produce el conocimiento científico se encuentran envueltas en una densa bruma que no permite distinguir claramente ni tan siquiera el perfil del paisaje” (García, 1995). Estos argumentos nos devuelven continuamente al debate en torno a la objetividad como principio investigador, ahora reformulada por esta visión. En la investigación hay componentes subjetivos (intersubjetivos) y objetivos. Lo objetivo no lo define el investigador: lo deciden por mutuo acuerdo el investigador y los investigados, es la intersección entre los productos de las acciones objetivadoras del sujeto investigador y de los sujetos investigados, a través del proceso de construcción del conocimiento. O como detalla Montañés (2009), “si se admite que no hay ninguna sustantiva realidad externa susceptible de ser conocida, sino que toda realidad sociocultural es función de la actividad objetivadora del sujeto, se ha de sustituir el principio de objetividad por el de reflexividad compatibilizadora”. La relación sujeto-objeto en este proceso sería, por lo tanto, una relación dialéctica (Córdova y Cucco, 1999).

Pero la elección de uno de estos tres posicionamientos (clásico, relativista o reflexivo) responde a una cuestión esencialmente de orden epistemológico. Ello nos conduce a su vez en la investigación participativa al problema metodológico en torno a cómo construir una batería de técnicas que permita, en primer lugar, captar de la mejor forma posible la complejidad presente en la realidad social; que facilite, en segundo lugar, diseñar un entramado de relaciones comunicativas que conduzcan a la generación de un espacio participativo instituyente, definido en torno a la evaluación que los sujetos hacen de la realidad; y finalmente que permita dotar de valor pragmático las acciones de los actores implicados dentro de los procesos investigadores.

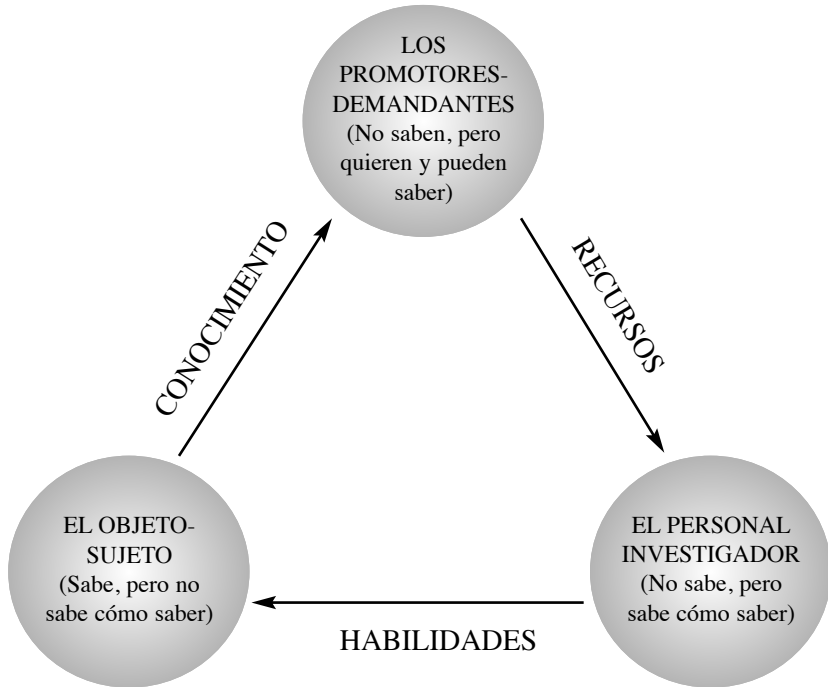
Aquí, el investigador, por cuanto ocupa la posición de sujeto en proceso, se concibe como un sujeto implicado en la actividad reflexiva junto al resto de los sujetos sociales, con efectos pragmáticos y semióticos sobre la realidad (Valero, 2005). En esta labor, los sujetos construyen de manera práxica la realidad infiriendo sentidos particulares y grupales a sus prácticas en la realidad social (Montañés, 2009), de manera que se transforman por el modo en que conocen y transforman a su vez lo que les rodea, construyendo la realidad de una manera transductiva. No cabrá hablar, en consecuencia de una realidad externa, independiente a los sujetos y objetiva, sino que ésta será resultado de la actividad objetivadora que las propias personas desarrollan al interactuar. Así, en la investigación dialéctica desaparece definitivamente la asimetría entre sujeto y objeto en la orientación del proceso investigador. Ello en cualquier caso no obvia el reconocimiento de la prevalencia de una asimetría táctica al margen del espacio construido para el despliegue de la investigación participativa, y el hecho de que éste se genera a partir de una asimetría inicial en la que los actores demandantes de la investigación acostumbran a ser externos a la comunidad, lo que sitúa a los investigadores al comienzo de los procesos en una posición privilegiada de información. Pero de todas formas como afirma Martín (2001), “El reto de la conquista de una perspectiva reflexiva [...] es la provocación que supone el salto de la relación (estratégica o táctica) de subordinación del objeto al sujeto, a la relación de sujeto a sujeto, la presencia emergente del sujeto activo”. El sujeto no subordina ni se subordina al objeto, porque está en su interior y ambos son inseparables. En la perspectiva dialéctica, siguiendo a este autor, “el observador, comprendido en el objeto observado, realiza una observación reflexiva, del propio sistema de observación, para incorporar dicha observación, de manera recursiva, en un nuevo proceso de observación del sistema observador... y así sucesivamente en la persecución de la verdad inalcanzable”

Puesto que la perspectiva dialéctica engloba técnicas que pretenden intervenir en la realidad social modificándola, además de considerar los sujetos

y las relaciones que mantienen, fija su atención especial en el cambio que se produce a partir de la activación del analizador que supone en este caso el proceso participativo de la investigación. Así, pues, esta perspectiva es estratégicamente promotora de cambio social. No son los individuos el objeto de conocimiento, sino los acontecimientos (la población se involucra para conocer su medio, no tanto para estudiarse a sí misma), y cómo los sujetos se insertan en ellos. Si pretendemos medir a los sujetos o a los objetos nuestra intención siempre va a estar mediatizada por las distorsiones que generan las mediciones (de naturaleza indirecta casi siempre en investigación social), puesto que además, aquí cada objeto también es sujeto. Por lo tanto, el interés no radica tanto en la descripción exacta de las características del sujeto-objeto, sino en las dinámicas y los acontecimientos en que está inmerso. Desde la implicación en los procesos es desde donde surgiría el conocimiento práxico, y no simplemente desde la autorreflexión del sujeto (Rodríguez Villasanté, 2002). En definitiva se persigue averiguar cómo se articulan las relaciones sociales en el medio instituido para, a partir de una dialéctica instituyente orientada por los deseos y necesidades de los sujetos, alcanzar la transformación social. Parece pertinente por lo tanto disponer de perspectivas investigadoras que superen la falsa dicotomía sujeto investigador/objeto investigado, y además generen espacios de construcción colectiva de información. De la misma forma, más allá del usual modelo hipotético-deductivo como vía para acceder al conocimiento, cabe la posibilidad de plantear enfoques alternativos de investigación orientados a la utilidad y aplicación de los resultados que se generen. El conocimiento adquirido a través de la investigación social solo toma verdadero sentido en la medida en que llega a ser utilizado por la población para su propia mejora, lo cual en definitiva debería ser el objetivo último del desarrollo científico.

Y ello se traduce pragmáticamente en el posicionamiento de los actores sociales y sus relaciones de saber al inicio de una investigación (Figura 2.1). Nos enfrentamos a procesos que integran objetividades y subjetividades de forma compleja, multidimensional y dinámica. Ante este escenario, si deseamos afrontar esa amalgama sin propiciar la dicotomía sujeto-objeto, es necesario abordar la actividad investigadora prioritariamente desde el componente sociocultural de la comunidad (Gurdián-Fernández, 2007), que representa el ámbito que integra lo subjetivo y lo objetivo de la población.

Figura 2.1. Relaciones de saber entre los distintos actores al inicio de una investigación social



Fuente: elaboración propia a partir de Montañés (1993)

3. EL MÉTODO. RELACIÓN ENTRE TEORÍA Y PRÁCTICA

Teoría y práctica constituyen dos partes indivisibles en investigación social. En este contexto, entendemos por práctica “la actividad transformadora mediante la cual el ser humano se adapta creativamente al medio que lo rodea, transformándolo y transformándose a sí mismo”, (Córdova y Cucco, 1999).

La sociedad contemporánea ha ido incrementando progresivamente su nivel de incertidumbre, debido a la creciente complejidad en sus sistemas y estructuras. Y uno de los grandes problemas que presentan los paradigmas de la complejidad, como comenta Rodríguez Villasante (1998), es su capacidad para ser operativos y pasar desde un discurso teórico desbordante frente a esquemas anteriores de pensamiento hacia esquemas operativos y estratégicos de impacto práxico sobre la realidad. Este tránsito hacia la complejidad y las dificultades que lo acompañan también se ha producido en la investigación social, lo que ha exigido la aparición y consolidación de técnicas de investigación y perspectivas no sólo diferentes, sino también más adaptativas.

Pero las técnicas, por sí solas, no dan razón de la realidad. En muchos contextos analíticos y ámbitos de investigación parece que existe cierta confusión entre las técnicas sociológicas, que se utilizan como instrumentos de la investigación social, y el proceso mismo de conocimiento, de tal forma que hay quienes creen que es la técnica la que produce el conocimiento, e incluso que el resultado de la aplicación de una técnica específica es ya un conocimiento “objetivo” (Valero, 2005). Se soslayaría, desde esta visión tecnicista, la necesaria reflexión en torno a la relación que existe entre las técnicas de investigación social y la lógica que preside la estructura investigadora. Las técnicas de investigación social, como afirma Jesús Ibáñez (1985), son artefactos contruidos, cuyo uso, como cualquier otra máquina, no puede ser ciego a los que las utilizan.

Cualquier técnica, por lo tanto, es incompleta por su propia naturaleza; la operación técnica solo produce un elemento de prueba en el momento empíri-

co que posteriormente debemos articular en el momento teórico de la investigación. Pero además, al ser artefactos contruidos, las realidades presuntamente detectadas o medidas a través de la técnica son, en cierta manera, función del dispositivo elegido para capturar la realidad. De ello se deriva que, como mínimo habrá que reflexionar sobre qué técnicas se seleccionan, dentro del repertorio posible, y cómo se adaptan a los fines y circunstancias del proceso de investigación.

Y el proceso de investigación es un proceso de producción de conocimiento, de saber (que articula práctica y teoría a través de la técnica). Por ello, cuando intentamos acercarnos al conocimiento a través del uso de las técnicas que creamos más acertadas en cada caso, debemos tener bien claro qué tipo de saber pretendemos alcanzar.

Podemos intentar saber sobre la reproducción de la realidad social, describiendo, en ocasiones con extrema minuciosidad, qué es lo que está ocurriendo. Seremos, en el mejor de los casos avispados y adiestrados observadores de esa realidad. Podemos, también como investigadores, no solo dar cuenta de las relaciones sociales, sino intervenir (abriendo o incorporándonos) en procesos de producción de nuevas relaciones sociales, de transformación, de cambio social en definitiva. Si concebimos estas dos opciones como un continuo con extremos, en el primero de ellos nos hallaríamos en la posición del escrupuloso analista que niega cualquier sentido de incidencia de la investigación en el curso de los procesos sociales. En el otro extremo encontraríamos el activismo irreflexivo, que soslaya el análisis de los condicionantes propios de la realidad para imbuirse en una suerte de libertador de las constricciones de ésta.

Parece que, sea una u otra la opción personal escogida, obviar la realidad circundante no es la mejor opción para proceder en una estrategia investigadora. Siendo conscientes de ello, bien vale la pena hacer una consideración de principios orientadores. La exposición de un diseño metodológico pretende proporcionar ciertas claves para ejercitarse reflexivamente en la interrogación sobre los esquemas de extracción, clasificación de conocimiento y actuación que suelen formar parte de la cultura profesional y, en este caso particular, de la cultura académica nucleada en torno a la producción investigadora. Pero en el hilo conductor de estas líneas subyace una idea que debe dar coherencia a cualquier planteamiento formulado en torno a las estrategias de aprehensión de la realidad social. Esa idea, articuladora de posicionamientos teóricos y metodológicos, viene a decir en grandes palabras que no tiene mucho sentido separar el proceso del conocimiento del proceso de actuación, sobre todo si asumimos una visión transformadora de la investigación social a partir de la reflexividad de los sujetos.

Teniendo en cuenta esta premisa, quizás valdría consensuar a qué hacemos referencia cuando hablamos de métodos. O por lo menos aludir a qué no hacemos referencia, puesto que en un contexto donde las llamadas ciencias duras se hallan en un continuo ejercicio de autocritica respecto al método científico parece hartamente ambicioso, desde este texto, realizar aseveraciones rotundas en torno a la cientificidad del conocimiento que intentamos construir. No es el objetivo cuestionar o relativizar la consistencia de los métodos utilizados habitualmente en ciencias sociales, pero al menos sí pretendemos ejercer algo de autocritica, y por supuesto, dejar abierta la crítica del lector.

En torno al método, podemos partir de una definición al uso, y decir que el método “es una sucesión normada de pasos tales que cualquier profesional competente los puede repetir en el mismo orden y en el mismo resultado” (Sacristán, 1987). Esos pasos, normalmente comportan: detectar la existencia de un problema; elaborar hipótesis más o menos provisionales sobre dicha realidad; reunir todos los datos posibles que incidan sobre el tema; elaborar generalizaciones a partir de ellos; comprobar la validez de las hipótesis; y finalmente realimentar la teoría inicialmente considerada. Es evidente que esta forma de aplicación del método existe, y que se suele utilizar con mayor o menor éxito en el conocimiento científico.

Pero en el campo de las ciencias sociales la aplicación clásica del método puede tener sus dificultades. Parece que es innegable que se puedan formular cuestiones o problemas referentes a la realidad social, anticipar soluciones a ellos y tratar de verificarlas mediante la observación, clasificación y análisis de los fenómenos tratados. A pesar de ello, la sociedad es una realidad constituida en último término por relaciones sociales, que aunque cristalicen de modo muy distinto, son en su raíz inmateriales. Además, estas manifestaciones materiales son diversas, complejas, dinámicas y sometidas a la incertidumbre (Sierra Bravo, 1985). De lo cual se deduce que en muchas ocasiones medir los fenómenos sociales y establecer generalizaciones en torno a ellos no es tarea fácil. Podemos unir a estos condicionantes la ausencia de instrumentos de medición tan potentes como los de las ciencias duras, y la imposibilidad práctica de aplicar técnicas de observación experimentales.

Pero aún más allá de disquisiciones que únicamente afectan al planteamiento del investigador, el desarrollo del método no es factible sin una condición previa: que los sujetos, grupos o poblaciones estudiadas se adapten al marco de investigación que pretende realizar operaciones en torno a su realidad. Ello implica el conducir a los sujetos a unos determinados espacios, los espacios artificiales delimitados sobre la realidad que el investigador identifica unilateralmente como el espacio de estudio (fraccionamiento y parcelación

de la realidad social); y amoldar a estos sujetos en torno a unos dispositivos de captación y análisis de la realidad (los instrumentos que miden la realidad). Todas estas cuestiones hacen difícil en ocasiones que el método elegido cumpla las especificaciones de la definición que al principio nos proponíamos. No debe esto escandalizarnos o desanimarnos, puesto que el trabajo del científico social tampoco consiste en proporcionar una copia exacta o precisa de la realidad.

Conviene, pues, llevarnos el tema de la objetividad hacia discusiones más productivas, y situarla en torno a las capacidades efectivas de la investigación en relación a la realidad con la que opera. Esto supone que las hipótesis sean capaces de combinar las proposiciones especulativas con proposiciones pragmáticas y performativas. La eficacia de un enunciado performativo depende de su correspondencia con ciertas características objetivas del espacio social sobre el que se formula, que así destacan frente a otras, se potencian y se convierten en la esencia diferencial de la realidad (Moreno, 1997). Una hipótesis no deja de ser una forma de sostenimiento de nuestra lógica de recepción y clasificación social, y define no únicamente nuestra posición, sino además nuestro posicionamiento en torno a la realidad. Y estas predisposiciones poseen también incidencia en la forma en que procedemos a actuar como investigadores, en la manera en que desarrollamos acciones para adquirir información, en el camino que escogemos para llegar a la meta propuesta, en definitiva en el método que adoptamos. En cualquier caso nada más lejos de nuestra intención que caer en un relativismo metodológico. La lógica operacional de la ciencia continúa siendo, si no un garante, al menos un marco idóneo para la producción y construcción de conocimiento, sea cual sea el objeto propuesto.

De la elección del método se derivarán las metodologías a utilizar, y cuando hablamos de metodologías nos referimos a los modos (las elecciones) de abordaje de los problemas, no solo a las operaciones meramente técnicas en torno a la producción de conocimiento. Las metodologías disponen una serie de técnicas y procedimientos para el desarrollo de la investigación y, como hemos comentado, se hallan en función de los intereses y propósitos del investigador, y por qué no, de la población investigada. No están desprovistas de sesgo, tal y como apuntan Ganuza, Olivari, Paño, Buitrago y Lorenzana (2010), “como si las metodologías estuvieran vacías y nada nos dijeran sobre la manera que tienen de ver el mundo, de imaginarlo. Pero cualquier metodología nos ofrece un camino para representar los hechos que vemos, poniendo aquellos en una relación específica”. Es necesario por ello conocer y analizar los marcos conceptuales que las engloban, ya que éstos van a condicionar los procedimientos de estudio. En este sentido, cada marco conceptual

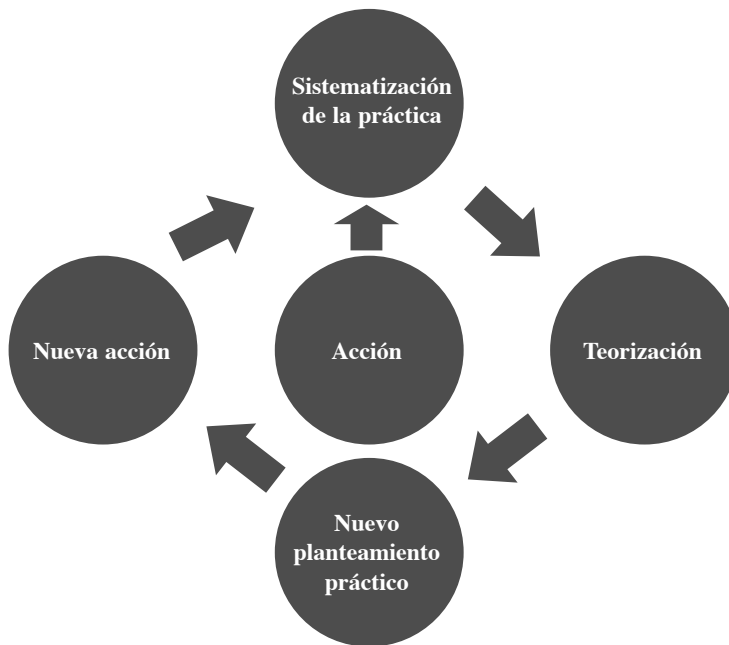
y cada perspectiva investigadora, mantienen una concepción diferente de lo que es la investigación, de cómo investigar, de qué investigar y de para qué o para quién sirve la investigación. En pocas palabras, se trata de decidir cómo se posiciona el sujeto frente a su objeto de estudio y frente a la información que se genera en el proceso investigador; información en este caso en el doble significado etimológico del término: “informarse de” y “dar forma a”.

Las prácticas de un diseño metodológico están ligadas al quehacer efectivo del investigador en el proceso de investigación, y la utilización del verbo diseñar está haciendo referencia directa a la dimensión estratégica del proceso de investigación. El diseño metodológico, por tanto, está inscrito dentro del diseño general de la investigación como componente estratégico de la acción investigadora. Como afirma Juan Besse, “no solo persigo un objetivo, sino que armo los instrumentos que permitan perseguirlo”. Se genera así una estrategia teórico-metodológica que describe la puesta en relación entre la teoría, el método y la técnica en el proceso de captura de lo real.

En ciencias sociales se construye lo que se está explicando a partir de un paradigma determinado. Vaya por delante, aunque posteriormente nos ocuparemos en detalle, que si intentamos configurar un paradigma investigador que busca modos de otorgar un mayor protagonismo a los sujetos en la producción de información, análisis de la realidad, e implementación de acciones, o en otras palabras un método que busca ser participativo, se requiere la disposición de técnicas de investigación que faciliten tal fin. No podemos concebir un proceso de investigación participativa a partir del uso de técnicas esencialmente expositivas, verticales y de mera entrega de un conocimiento. Se requieren herramientas que por su propia naturaleza, su diseño, sus estrategias, y su desarrollo, catalicen de forma activa y participativa el análisis, y la apropiación crítica del contenido (Núñez, 1997). El planteamiento metodológico debe otorgar primacía a los resultados, que son los que, como afirma Rodríguez Villasante (1984) proporcionan las claves necesarias para la transformación social a partir de temas concretos a resolver, y no a partir de estudios que duren varios años. En muchas ocasiones los estudios e investigaciones comunitarias han actuado como “colchones” o “amortiguadores” de la acción, y no es extraño que sean percibidos con recelo por parte de los colectivos sociales y la ciudadanía. En investigación básica, por principio, la acción no existe. Pero se ha demostrado en muchos contextos que no es necesaria una larga investigación para comenzar a actuar, sobre todo en programas que se realizan a escala micro social y con la participación los distintos actores implicados (Ander-Egg, 1990).

Según estas premisas, no parece tener mucho sentido presentar el análisis escindido de la acción, la práctica. En este alineamiento coincidimos con Martín al afirma que “la presencia del analista como observador y actor, y de los objetos de la observación como sujetos actuantes, hace que el inicio del proceso (o incluso desde antes, desde el requerimiento del análisis de la institución) sea ya el inicio de la intervención, porque ya comienza la transformación de los sujetos” (Martín, 2010). Y ello implica partir siempre de las prácticas concretas y contradictorias de la gente, porque no se trata, como comenta Rodríguez Villasante (1993) de que el espejo-experto sea quien juzgue nada, sino que sean los juegos cruzados desde las bases sociales los que construyan el proceso en su conjunto.

Figura 3.1. Relación entre teoría y práctica en la perspectiva dialéctica



En resumen, por lo visto hasta ahora y sintetizado en la figura 3.1, la teoría y la práctica no van separadas como dos etapas o dos momentos aislados, distintos, sino como un proceso encabalgado, pero siempre “priorizando la práctica y poniendo el conocimiento teórico al servicio del mejoramiento de la práctica” (Ortiz y Borjas, 2008). En este sentido, como afirman De Schutter y Yopo

(1983), conviene “concebir el conocimiento en forma tal que se hace posible su instrumentalización en el diseño de la acción transformadora y que esta acción transformadora determina la problemática del quehacer teórico. Esta concepción del conocimiento rompe la antinomia entre teoría y práctica. El conocimiento ya no es considerado como aquello que nos permite alcanzar la verdad absoluta y, por ello, un fin en sí mismo, sino como un medio para la consecución de ciertos fines sobre la base de la transformación consciente y planificada de la realidad. Lo importante no solamente es llegar a tener una concepción de la realidad, sino estar en condiciones de transformarla”

A ello contribuye según el esquema propuesto, la sistematización participativa de las prácticas, que ejerce la función de constituirse como una reflexión de los sujetos sobre las acciones desarrolladas, deliberando en torno a los modos de actuación y los resultados de las prácticas colectivas. Supone en este sentido un proceso pedagógico de análisis colectivo, en el que el investigador ocupa un rol de registro y organización de los insumos comunitarios para posteriormente devolverlos a la colectividad de una manera estructurada, con el fin de validar la información o modificarla en lo que se considere oportuno.

El regreso de nuevo a la acción no significa retornar de una manera mecánica a la práctica, como si volviésemos al punto de partida, sino que supone un retorno crítico, alimentado del aprendizaje y la sistematización superadora del inicio del proceso, lo que conduce a avanzar de forma dinámica y creativa en el afrontamiento dialéctico de los problemas considerados inicialmente.

El resultado, por lo tanto, no adopta tanto la forma de un ciclo como de una espiral creativa. Cada paso investigador, como afirma De Miguel (1993), “se realiza partiendo de una teoría que orienta a la práctica y, a su vez la acción práctica sobre una realidad reclama la reflexión como estrategia que nos lleve al conocimiento. [...] Así, el conocimiento es elaborado y validado de forma permanente”, alcanzando el reconocimiento de que “la práctica no es solo una opción, sino una necesidad de la teoría que pretende ser real” (Elizalde, 1993). Aun así, y planteado el telón de fondo que orienta la experiencia investigadora en este aspecto, reconocemos que resolver con relativa efectividad las cuestiones en torno a la relación entre teoría y práctica no es tarea sencilla. En primer lugar, porque la producción teórica, con respecto a su orientación práctica, habitualmente no se halla muy desarrollada, y mucho menos sistematizada. Y en segundo lugar, porque, como ya comentaron hace tiempo De Schutter y Yopo (1983), “traducir las formulaciones teóricas en directivas prácticas que orienten la acción de modo eficiente requiere del desarrollo de una teoría sobre la estructura lógica de la acción”, lo cual representa un reto enorme en este tipo de experiencias investigadoras, que no se ha solventado más allá de soluciones ad hoc en cada contexto histórico, poblacional o territorial.

4. EL PUNTO DE PARTIDA DE LA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA: LA SOCIO-PRAXIS Y LOS PROCESOS PARTICIPATIVOS DE CREATIVIDAD SOCIAL

Todo conocimiento orientado a la acción, como afirma De Miguel (1993), tiene un interés claramente praxeológico. La acción final derivada del proceso de construcción del conocimiento debe tener en este caso como base la praxis. En este sentido, si hay que quedarse con alguna de las múltiples definiciones, nos quedamos con la de Carlos Núñez (1989), para el que praxis viene a significar “la concepción que integra en una unidad dinámica y dialéctica a la práctica social y su pertinente análisis y comprensión teórica, a la relación entre la práctica, la acción y la teoría que ayuda y orienta a conducir la acción”.

La praxis en la investigación busca pues aunar la acción concreta con el análisis y la comprensión teórica, de forma que determina y orienta las posteriores acciones (Acción-Reflexión-Acción). Conocer para implicar, implicar para actuar, actuar para transformar y reflexionar la acción, es un itinerario recurrente que presenta la potencialidad permanente de incorporar a nuevos sujetos capaces de reconstruir redes, de activar procesos (Alguacil et al. 2000). Para que la praxis adquiera sentido, a lo largo de la investigación debe existir una devolución constante de información entre equipo investigador y población implicada en el problema-tema a tratar (de otra forma se estaría negando la posibilidad del principio de acción-reflexión-acción). El marco de esta devolución debe ser por lo tanto el de un contexto investigador amplio, de modo que los propios resultados se reintroduzcan en el mismo proceso de conocimiento de la realidad para profundizar cada vez más. En cierta forma se trata de un proceso de toma de conciencia de la realidad por parte de la población, ya que aunque existan necesidades sentidas, a menos que seamos capaces de concretarlas en problemas prácticos es muy difícil enfrentarse a ellas.

La socio-praxis hace uso de los dispositivos y técnicas de investigación propias de distintas perspectivas. En ese sentido, no supone un atributo exclusivo de la perspectiva dialéctica de la investigación social. Pero desde esta última, su uso radica en el hecho de que no articula las técnicas desde un enfoque de uso tradicional, sino más bien desde una posición implicativa y participativa. En este sentido las técnicas son más una excusa para profundizar en el proceso de acción-reflexión que un elemento central en la producción de conocimiento para el investigador.

El reto, por lo tanto, es desarrollar procesos donde, a partir de un tema detectado y abordado en la práctica, se produzcan teorías emancipadoras que incidan en la transformación de la acción generando una práctica consciente y reflexiva (Ortiz y Borjas, 2008). De acuerdo con ello, la dialéctica práctica introduce el proceso el método científico no como teoría absoluta e inamovible, sino como mecanismo de reflexión y referente racional para forjar de manera adecuada la posibilidad o viabilidad de los proyectos.

A partir de los principios prácticos de la investigación social, los procesos participativos de creatividad social suponen la clave metodológica en el planteamiento de mecanismos de investigación participativa, y generan las pautas operacionales y estratégicas a seguir en la disposición de un espacio participativo para la construcción colectiva de conocimiento. Este tipo de procesos articulan la dimensión analítica y pragmática del hecho participativo dentro de la secuencia investigadora, configurando así un marco investigador distinto y complementario al que se propone en las perspectivas distributiva y estructural. En la práctica, los procesos participativos de creatividad social constituyen un contexto propio de investigación-acción. Dicho contexto asume la concreción de un objetivo identificable que actúa como marco de fondo para el análisis dialéctico (una toma de decisión colectiva, la definición de una planificación comunitaria, el establecimiento de un foro de debate sobre algún tema de interés, una actuación sobre el territorio, etc.). Y bajo la lógica procesual de su desarrollo, permite desplegar para su consecución una serie de técnicas que articulan sujetos, relaciones y saberes, posibilitando la transformación inicial de preferencias e intereses y el alcance de consensos colectivos, producto de la generación a lo largo de la investigación de nuevos conjuntos de acción entre sujetos, nuevas relaciones, y nuevos saberes.

Nelson Polsby decía que “los científicos sociales no están más capacitados para juzgar los intereses de los ciudadanos de lo que lo están ellos mismos” (Polsby, 1980). Pero eso no quiere decir que no sea posible analizar la realidad e incidir en ella conjuntamente. El objetivo del conjunto de las metodologías que forman los procesos de creatividad social es incidir sobre una red de suje-

tos y de relaciones preexistentes al proceso investigador, activando o reforzando interacciones entre los distintos niveles de actores implicados con el fin de generar intermediaciones de carácter puntual o estable que permitan alcanzar una serie de objetivos definidos de manera participativa. Como afirman Chrislip y Larson, (1994) “La premisa fundamental que subyace a estos esfuerzos, es justamente la creencia en que se puede atraer a las personas afectadas e interesadas por un mismo problema a trabajar juntas, ofreciéndoles metodologías para cooperar y asegurando que obtengan y comprendan la información necesaria para tomar decisiones consensuadas.”

De ello se desprende que el aporte de este posicionamiento metodológico no pretende solamente desarrollar finalidades estratégicas o un marco de objetivos a lograr en los procesos sociales, sino también asume como componente central la activación de relaciones antes ausentes, el fortalecimiento de relaciones débiles o esporádicas, y el desvelamiento y posterior desbloqueo de conflictos presentes en la red, todo ello desde una perspectiva transversal de la red social, tanto vertical (entre los distintos niveles) como horizontal (entre distintos actores de un mismo nivel). Utilizando las ideas que elabora Salvador Martí (2002) para la gestión pública de redes, desde el punto de vista de la dinamización de la red social, en los procesos de creatividad social se perseguiría un triple objetivo:

- a) Incidir sobre la configuración básica de la red a través de la inclusión activa de nuevos actores anteriormente ausentes u obviados (cuestión clave en el caso de la población no asociada o no organizada formalmente), aumentando de esta manera la densidad, la pluralidad y la heterogeneidad de la red social implicada en los procesos.
- b) Incidir sobre las distribuciones de poder, cuestionando y revirtiendo los patrones de asimetría en la distribución de recursos normativos, económicos, simbólicos o cognitivos, “inoculando” deliberadamente una lógica democratizadora en los procesos de toma de decisiones.
- c) Incidir sobre los valores y las percepciones, a través de la incitación al replanteamiento de los discursos, la autocrítica de los mismos y la deliberación conjunta.

Pero identificar a los actores dentro de un proceso e investigación participativa no suele resultar sencillo. La red social no es estática, y tanto dentro, como alrededor o también fuera del proceso los actores siguen su propia dinámica que determina en ocasiones que no se den las condiciones para participar, o que la participación de éstos pueda darse en distintos momentos, o que actores que quisieran estar involucrados no estén lo suficientemente identificados y organizados como para que sean considerados como una de las partes

del proceso investigador, o simplemente que existan actores que desestiman participar. Tampoco los actores son inmutables, no son los mismos en todo momento y lugar, sino que en función del objetivo de investigación que se establezca articularán unas u otras relaciones grupales que darán forma a la red social. Definir condiciones inclusivas en los procesos constituye una de las primeras tareas del investigador en este tipo de planteamiento metodológico, y en ese sentido “nos exige no tanto conocer las redes como propiciar la puesta en escena de todas las redes posibles” (Rodríguez Villasante, 2003).

Desde este punto de vista de la dinamización de la red social, el investigador asume a lo largo del proceso de investigación un papel como elemento articulador de la reflexión, devolución e intercambio de información dentro de los contextos o niveles de los propios actores y entre ellos, de forma que se pongan en relieve las interdependencias y se genere un espacio de reflexión y debate que actúe como posición mediadora a través de la cual se fortalezca la densidad relacional. En este sentido a las necesarias habilidades metodológicas con que el investigador debe afrontar el trabajo en comunidad, es necesario que se añada cierto manejo de competencias comunicativas, así como posturas colaborativas que generen el espacio discursivo adecuado para la deseada interacción entre los distintos actores. La percepción por parte de los participantes de la imparcialidad del facilitador genera confianza en el proceso y disminuye las resistencias en la posible implicación de los presentes (Tapia, 2004).

La perspectiva dialógica (la construcción de conocimiento a través del intercambio constante de información entre los distintos actores) constituye uno de los principios básicos de la estrategia propia de los procesos de creatividad social. Y el intercambio de información no significa solamente proveer de canales o espacios de acceso a la información, sino generar contextos, oportunidades, en definitiva artefactos técnicos, que posibiliten la conversación y la comprensión efectiva de la información por parte de todos los sujetos involucrados, teniendo en cuenta las desigualdades iniciales de capacitación y conocimiento de los distintos niveles de actores. Así mismo los procesos participativos de creatividad social deben favorecer la reflexión, puesto que no es suficiente con la conversación sin más para que surjan propuestas diferentes a las que, sin que haya habido un proceso participativo, se presentan habitualmente (Rodríguez Villasante, 2003). En este sentido, el desarrollo de este posicionamiento metodológico está orientado más a la sistematización de la información que se va generando a lo largo de los procesos que a producir nueva información desde la ubicación del investigador como experto externo que extrae o recoge los datos del objeto investigado, los analiza y vierte nueva información modulada en forma de conclusiones, recomendaciones o estrategias, generalmente orientadas a las élites con capacidad de decisión.

Por ello, los procesos participativos de creatividad social constituyen un analizador, entendiendo en sentido amplio la idea de analizador como todo elemento que produce materiales para el análisis. Así es como lo conciben autores como Lapassade o Villasante. El analizador siempre posee un carácter social (y sociológico), y actúa como mecanismo de percepción de una situación por parte de los actores sociales, generando una elevada potencia informacional. En un sentido estricto, sería el analizador y no el analista quien hace el análisis (Rodríguez Villasante, 1993), catalizando reacciones del conjunto de elementos del proceso para generar reflexiones de segundo orden y desbordar los posicionamientos iniciales. En palabras de Rodríguez Villasante (1998) será pues “el proceso concreto quien empuja las relaciones y a los sujetos que se ven en ellas, y el experto solo tiene que evidenciar, dejar salir, lo que ya se están construyendo en los procesos. Por lo mismo, no nos interesa demasiado el individuo, su identidad y su mismidad, sino las relaciones concretas que en tal situación le están construyendo sus identificaciones, sus cargas subjetivas, sus discursos”. En la misma línea, Lourau (1975) define al analizador como lo que permite revelar la estructura de lo instituido, provocándolo, obligándolo a hablar y reflexionar. Para ello, comenta Alfonso Valero, es necesario que el analizador contenga una carga significativa que provoque en los actores sociales involucrados un deseo de conocimiento y reconocimiento, que se muestra con capacidad transformadora a partir de las representaciones discursivas y pragmáticas que acontecen a partir de la información transferida por el analizador. En palabras de este último autor “el analizador y por los objetivos que se le asignan en las técnicas dialécticas debe producir un proceso de conocimiento que articula una capacidad de sujeto, (...) y una relación simbólica que apunta directamente a roles, funciones y posiciones sociales que el sistema ensaya cumplir en los miembros de la sociedad”.

Los procesos participativos de creatividad social se inspiran, al igual que el resto de lógicas analíticas, en intervenciones y análisis de campo, articulando en este caso un contexto de presencia física y activa del analista en cuanto que queda fijado como un actor más de la situación social que pretende investigar. Pero lo importante de estos procesos como analizadores es su capacidad para activar secuencias de reflexión y heterorreflexión, que son la base a partir de la cual se genera la información que producen.

Si asumimos, como ya hemos ido comentando a lo largo las páginas anteriores, una visión transformadora de la investigación social, se muestra conveniente pertrecharnos de procesos que aúnen la construcción de conocimiento, la generación de material para el análisis, y la capacidad pragmática de las herramientas implementadas. En este sentido, los procesos de creativi-

dad social cumplen los requisitos planteados. Los procesos participativos de creatividad social comunican a los sujetos entre ellos mismos, y comunican a los sujetos con los mecanismos de gestión, con las instituciones, con los medios de comunicación, con los actores responsables de la transformación, hilvanando en el proceso una especie de cuestionario de preguntas permanente que sustituye o cuando menos completa y otorga sentido a los enfoques investigadores.

Por todo lo visto hasta ahora, los procesos de participativos de creatividad social constituyen un conjunto de posicionamientos, una serie de métodos (entendiendo aquí método como “lo que enseña a aprender”) aplicados que tienen como fin primordial la transformación social a través de la acción y la reflexividad. Para ello, a lo largo de la investigación y el análisis debe existir una devolución constante de información entre investigador y población implicada en el problema-tema a tratar. El marco de esta devolución debe ser pues el de un contexto investigador amplio, de modo que los propios resultados se reintroduzcan en el mismo proceso de conocimiento de la realidad para profundizar cada vez más. En cierta forma se trata de un proceso de toma de conciencia de la realidad por parte de los sujetos, ya que aunque existan necesidades sentidas, a menos que seamos capaces de articularse en objetivos prácticos es muy difícil enfrentarse a ellos con ciertas posibilidades de satisfacción.

Se entiende, a través de todo lo anterior, que la información derivada de estos procesos investigadores no pretende realizar una mera descripción de los dilemas que afectan a la población. Existe (al menos en origen y en objetivos) una voluntad transformadora de lo social que viene habitualmente fijada en contexto micro, local, porque en ocasiones las conclusiones generalistas y rotundas son fáciles de entender pero ayudan poco a la transformación del entorno inmediato. La teoría social más fructífera es aquella que puede ser comprobada no mediante una verificación estadística, sino mediante la resolución práctica y cotidiana de asuntos de la vida real. O en palabras de Fals Borda (1999), “la validación social del conocimiento se obtiene no sólo por la confrontación de ideas previas o de las hipótesis, sino también por mecanismos populares de verificación”. Si las preguntas o iniciativas que se plantean en el marco de una investigación, como dice Rodríguez Villasante (1998), tienen que interactuar y forjarse en las redes sociales, en las que se mueven los diferentes sujetos implicados en el proceso de conocimiento, y esto se hace dentro de una praxis reflexiva, la capacidad creativa y de validación de la información aumenta enormemente. Es por eso que el objetivo a alcanzar a través de este tipo de procesos debe pasar por obtener conocimientos válidos que respondan a los intereses de los grupos investigados, y que se

puedan sumar a la acción directa para contribuir al alcance de las metas de esos grupos, en una perspectiva temporal amplia y abierta.

Para ello es necesario diseñar rituales (como es el caso de los procesos de creatividad social) que abran construcciones reflexivas y prácticas. Estos ritos (talleres, jornadas, encuentros, reuniones, etc.), que constituyen el centro de un proceso participativo de creatividad social y en el que se aplican las técnicas propias de la investigación participativa, permiten cargar los procesos de tal manera que abran más allá de lo instituido procesos instituyentes, y que salgan de lo endogámico hacia nuevos espacios. Es decir, que no se consuman en los asuntos internos de los grupos, sino que se sepan propiciar procesos creativos, tomando de las redes en donde se mueven las energías y las informaciones pertinentes, para actualizar conocimientos hacia lo que realmente se está moviendo.

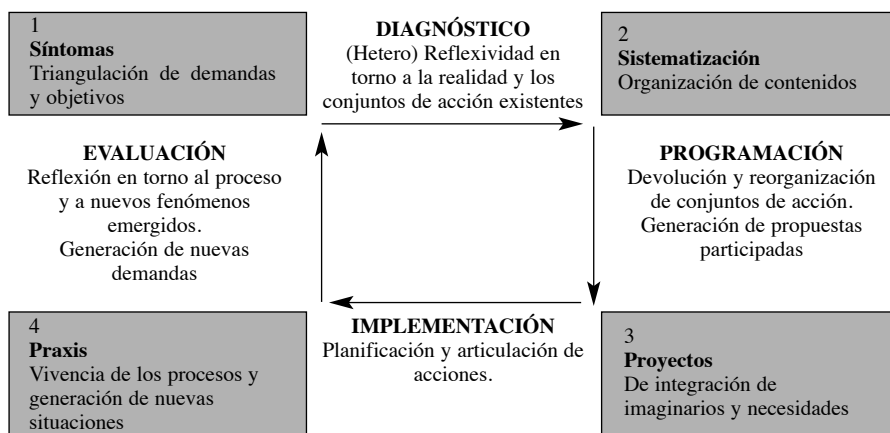
Los procesos participativos de creatividad social, al margen de la implementación de técnicas participativas, tienen generalmente en común cuatro tareas que forman parte de un mismo proceso indisoluble de investigación-acción (Rodríguez Villasante, 1998):

- *Información / Difusión*: para que un proceso de este tipo pueda tener éxito es necesario en primer lugar que existan acciones de difusión a toda la población para que pueda involucrarse en lo proyectado.
- *(Auto) Formación*: Es necesario iniciar procesos sistemáticos que permitan el empoderamiento de la información por parte de la población, que debe facilitar que los propios sujetos sean capaces de diagnosticar su propia realidad para desvelar demandas y posteriormente puedan incorporarse como agentes activos en el desarrollo del proceso investigador.
- *Consultas / Recogida de información*: La información que va generando el proceso debe retroalimentarlo de forma que no deje al margen a quienes se están formando y tomando decisiones, lo que sin duda provocará la aparición de nuevas iniciativas por parte de la población que no estaban en los objetivos iniciales.
- *(Co) Decisión / (Co) Gestión*: La toma de decisiones es el punto clave del proceso. Participar es tomar parte de algo, y tomar parte también implica tener la capacidad de decidir, pero para ello deben haberse cumplido las anteriores tareas, ya que sin la información y la implicación de las redes populares las decisiones van a ver comprometida su aplicación en la realidad.

Tampoco es objeto de este texto la revisión de las distintas formas de programación participativa, pero como hemos comentado anteriormente, todas ellas pasan por la construcción de conocimiento colectivo, que posibilita a

los ciudadanos diagnosticar y aportar soluciones a sus problemas sentidos. Las características descritas nos reenvían rápidamente a la idea de procesos participativos de creatividad social. En este sentido sí parece pertinente en el presente texto organizar la información que se ha ido introduciendo de acuerdo con un esquema metodológico que describa los pasos a seguir en un proceso de construcción sociopráxico de conocimiento. Tomás Rodríguez Villasante resume estas secuencias en un esquema que hemos reinterpretado, pero que creemos interesante por su capacidad sintética y pedagógica. En la figura 4.1 se representan en cuadros sombreados los distintos momentos de un proceso de investigación sociopráxico, que coinciden con las fases que generalmente integran los procesos participativos de creatividad social. Entre dichos momentos el esquema ubica las principales operaciones de análisis en las que se despliegan las distintas técnicas propias de la investigación participativa.

Figura 4.1 Pasos de un proceso de construcción sociopráxico de conocimiento



Fuente: Elaborado a partir de Rodríguez Villasante (1998)

Estos procedimientos, al margen del tema o asunto elegido, aumentan significativamente las probabilidades de generar procesos instituyentes, por su componente pedagógico en su dimensión participativa y de creatividad social. El ámbito en que se mueven puede ser muy inmediato y grupal, o puede ser más general y ciudadano. Pero lo que interesa es su resonancia, su extensión, sus repercusiones y su capacidad estratégica.

De estos aspectos se deduce que los procesos participativos de creatividad social se desarrollan en parte en el espacio conceptual, y en parte en los ámbitos

metodológico y prospectivo de la planificación estratégica. Por eso cuando nos referimos a este tipo de iniciativas pensamos en procesos dialécticos, multifacéticos, abiertos y plurales, que se refieren a la toma de decisiones en problemas concretos de la comunidad y que constituyen un escenario continuo de decisiones regido por el principio de complejidad e indeterminación en el planteamiento del discurrir del propio proceso. En este sentido abarcan la generación y socialización de información, la disposición de metodologías participativas en la definición, desarrollo e implementación de los procesos, y en términos generales una redefinición en los lineamientos estratégicos de conocimiento. Dadas estas características, podemos concebir este tipo de estrategias como procesos transversalizados por la concepción abierta de la participación de todos los actores involucrados por un lado, y por otro lado como procesos que atraviesan la estructura de la investigación social. Estos dos ámbitos de actividad (el proceso participativo propiamente dicho y las fases que componen la investigación) caminan de forma articulada y estrechamente vinculada, en unos momentos de forma fásica, en otros de forma paralela, y finalmente en otros de manera conjunta.

Partiendo de categorías propias de la planificación estratégica, es posible reformular los conceptos hasta llegar a una tipología de los componentes en el planteamiento metodológico de procesos participativos de creatividad social, para lo cual son de mucha ayuda los trabajos desarrollados por autores como el equipo DAM de la Universidad Nacional de la Plata, Carlos Matus y su Planteamiento Estratégico situacional (Matus, 1987), o Tomás Rodríguez Villasante y su conjunto de metodologías establecidas para la puesta en marcha Programaciones Integrales (Rodríguez Villasante, 1998; 2001; 2002).

El lector podrá apreciar que la disposición de componentes no hace referencia a una concepción restrictiva y parcelada de diseño metodológico como parte o fase de una investigación social tradicional, sino que estos componentes se imbrican de una forma procesual, combinando elementos propios del quehacer investigador con elementos pertenecientes al propio proceso participativo. En este sentido el planteamiento metodológico queda subordinado y al servicio de todo el juego de articulación de momentos y situaciones que se van generando en el devenir del proceso participativo, actuando a modo de armazón sobre el que se asientan los distintos elementos que dan forma al proceso. Veamos cuáles son los cuatro tipos principales de componentes en un planteamiento metodológico de este tipo:

- **Componentes político-institucionales:** hacen referencia a los factores y los espacios de articulación orgánica entre los representantes comunitarios por un lado, y la ciudadanía por otro. Implican un planteamiento

político-ideológico y un grado de compromiso institucional en la búsqueda de legitimidad a través de los procesos.

- **Componentes contextuales:** incorporan elementos destinados a contemplar la incertidumbre introducida por factores externos al proceso (externalidades favorables y desfavorables). La consideración de estos factores permite contextualizar y “situacionalizar” las estrategias metodológicas.
- **Componentes operacionales:** en este componente situamos el conjunto de herramientas, técnicas, medios y mecanismos considerados para una conducción o coordinación lo más eficaz posible del proceso participativo con el fin de alcanzar logros lo más extensos posibles. Aunque este componente posee una especial preocupación por el control metodológico, es necesario entender que este control metodológico se extiende al resto de componentes.
- **Componentes actitudinales:** Da cuenta de los planteamientos y las conductas en el posicionamiento individual y colectivo de los actores que participan en el proceso, evaluando la disposición comunitaria para la mediación de intereses, la construcción de acuerdos y la sostenibilidad ciudadana del proceso.

Partiendo de estos cuatro componentes podemos realizar un ejercicio de categorización y establecer dos ejes que nos permiten establecer diferencias (Figura 4.2). Como en cualquier esfuerzo de construcción de categorías a partir de una realidad, éstas poseen una finalidad meramente analítica o de contribución en este caso para el esclarecimiento del diseño metodológico en el marco restringido de una investigación social, pero operativamente en la práctica es mucho más complicado escindir unas de otras, siendo lo más común el solapamiento y las interrelaciones constantes y multidireccionales entre las parcelas que definimos. Los dos ejes que establecen el sistema de categorías son por un lado la mayor o menor capacidad que tiene el investigador para controlar los distintos componentes del proceso de creatividad social, y por otro lado el momento en que estos componentes adoptan un mayor peso en el proceso de participación llevado a cabo en el seno de los procesos de creatividad social. Al hablar de control del investigador no se hace referencia a la potestad del investigador para establecer las condiciones y los contenidos sobre los que operan los componentes, sino más bien a la capacidad de incidir a través de estrategias metodológicas en el planteamiento y posterior desarrollo de cada uno de esos componentes. Esta premisa condiciona el papel del investigador dentro de los procesos, que pasa a centrar su actividad investigadora en los roles de facilitador, analista y comunicador de la información que se va gene-

Figura 4.2. Componentes en el planteamiento metodológico de procesos participativos de creatividad social

	Pertencientes al diseño y planificación metodológica	Pertencientes a la dinámica del proceso de participación
No controlados por el investigador	<p>COMPONENTES POLÍTICO-INSTITUCIONALES (control en los mecanismos de legitimidad institucional)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Gobernanza: capacidad de gestión de las interacciones, articulaciones y negociación de intereses entre representantes y sociedad civil. • Socialización de la información: grado de apertura y transparencia en las acciones comunicativas. • Sustentabilidad económica: viabilidad financiera y económica del proceso y sus resultados. • Institucionalización de los procesos: garantías institucionales para la formalización de los acuerdos. • Implicación intrainstitucional: mecanismos de consenso e implicación interna. 	<p>COMPONENTES CONTEXTUALES (control de los elementos externos al proceso)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Afrontamiento de elementos externos: incidencia de los condicionantes estructurales y existencia de otros actores y variables externas al que resignifican el proceso. • Tiempos: ritmos y ciclos de los distintos actores involucrados o afectados por el proceso. • Experiencias previas: existencia de eventos o procesos pasados que catalicen o inhiban el proceso. • Posibilidades y límites regulativos: restricciones jurídicas y legales para el desbordamiento de lo instituido o para la realización práctica de los resultados.
Controlados por el investigador	<p>COMPONENTES OPERACIONALES (control metodológico)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Grado de participación: capacidad de apertura y convocatoria cuantitativa y cualitativa • Construcción de consensos: búsqueda de acuerdos entre los diversos actores. • Grado de deliberación: establecimiento de tiempos para la reflexión y el debate. • Representación de los ausentes: estrategias de incorporación de los actores que no se hallan involucrados en el proceso. • Reflexión-acción: capacidad para transformar los debates y los discursos en acción práxica. • Evaluación: mecanismos de control interno y externo del proceso. • Medición del impacto: valoración de la transformación comunitaria durante y con posterioridad al proceso. • Transferencia: capacidad de aplicabilidad de los resultados a otras realidades. 	<p>COMPONENTES ACTITUDINALES (control en los procesos de participación)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Convicción y credibilidad: nivel de aceptación de las bases del proceso. • Implicación: capacidad y voluntad de los sujetos para acompañar el proceso. • Apropiación: capacidad de empoderamiento del proceso por parte de los sujetos. • Facilitamiento: capacidad de conducción y coordinación del proceso por parte del investigador. • Apreciación situacional: percepciones y definiciones de los elementos y las relaciones en el proceso por parte de los actores. • Relaciones entre actores: disposición al consenso, a la articulación de intereses y a la creación de conjuntos de acción.

rando y sistematizando a lo largo de las distintas acciones que componen el proceso. El otro eje hace referencia a la ubicación temporal de los distintos componentes dentro del proceso, de forma que podemos encontrar elementos que forman parte o inciden en mayor medida en la fase de diseño previa al arranque, y elementos que hallan su mayor sentido ya en el desarrollo o la dinámica del propio proceso.

El producto resultante del desarrollo y las conjunciones de estos componentes conforman el planteamiento metodológico y estratégico relativo a los procesos participativos de creatividad social. Y en este marco toman sentido los enfoques investigadores afines y las técnicas de investigación integrados en ellos, como es el caso de la investigación participativa, que nos ocupa el siguiente capítulo.

5. LA IAP COMO ENFOQUE Y MÉTODO PARA LA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA¹

La IAP (Investigación-Acción-Participativa) cabe enmarcarla dentro de lo que podríamos denominar metodologías implicativas, esto es, procesos investigadores que incluyen negociaciones y participación plural en procesos complejos de diagnóstico, análisis y acción social (Alberich, 2008). Su puesta en práctica se cristaliza a partir de la conjugación de una crítica teórica epistemológica por un lado (De Schutter y Yopo, 1983), y por otro del resultado de una reestructuración de elementos innovadores provenientes de diversas experiencias prácticas y de los avances teóricos recientes en investigación social. Como se puede intuir desde un principio, estamos hablando de un enfoque investigador muy ambicioso, tanto en términos procesuales como instrumentales. Ligado a todo lo abordado hasta el momento en relación con la perspectiva dialéctica de la investigación, la IAP supone, en palabras de Palazón (1993), “una teoría del conocimiento (epistemología) y de la acción (metodología). Su mayor aportación, a nuestro juicio, ha sido volver a soldar las dos grandes rupturas del conocimiento científico [...]: sujeto cognoscente-objeto cognoscible y análisis-intervención”.

Su origen lo podemos encontrar en la década de los 60 del siglo XX, donde en América Latina se fue conformando una corriente de pensamiento fundada sobre todo en aportaciones de las experiencias de la Educación Popular y la pedagogía liberadora a partir de las teorías de Paulo Freire. En el marco de esta corriente, se buscaban mecanismos para que los segmentos de población que sufrían una amplia situación de desigualdad social comenzaran a reflexionar sobre la complejidad de su realidad y la forma de encontrar alternativas y salidas para el desarrollo comunitario. Los propios cimientos históricos y contextuales en que hunde sus raíces la IAP han provocado con frecuencia que,

1. La parte inicial del presente capítulo supone una reelaboración del texto “La Investigación-Acción-Participativa como propuesta metodológica para el desarrollo comunitario”, escrito por uno de los autores en el libro *La construcción de la paz. Propuestas interdisciplinares*, editado por la Universidad de Alicante en el año 2008.

desde sus inicios, algunas voces perciban esta modalidad de investigación como una corriente ligada a la acción política, privilegiando una visión emancipadora y liberadora de determinados segmentos sociales, y asumiendo la condición activista y militante de los actores involucrados en un proceso de este tipo. Pero desde otros acercamientos, la IAP es y ha sido considerada, como cualquier método de investigación, como una opción de conocimiento investigador capaz de generar nuevas teorías y metodologías en el acervo de las ciencias sociales, primando en este caso la elección de este enfoque por su potencialidad diferencial para afrontar el análisis complejo de la realidad social.

En relación a su desarrollo la IAP, más que un método consolidado y pautado, ha ido desplegándose en las experiencias prácticas como un enfoque que se nutre de diferentes disciplinas de conocimiento, con esfuerzos teóricos y metodológicos relativamente comunes, aunque también con diferencias importantes. Ya en la década de los 80 del siglo pasado se podía comprobar el amplio abanico de influencias que confluían en la IAP. De Schutter y Yopo (1983), en su repaso histórico a la génesis de la IAP, comentaban que “es asombroso ver que en todas las ciencias sociales existen esfuerzos para lograr una participación de los sujetos de investigación en el análisis de su propia realidad; la búsqueda de un diálogo para mejorar el nivel de profundización, de la confiabilidad y de la comprensión de los problemas reales; y la vinculación a la acción y la socialización de la información”. Desde el campo de la antropología, estos autores destacan los trabajos iniciales en la década de los 60 por parte de Levi Straus y su contribución a las ideas del conocimiento popular, así como Margaret Mead con sus trabajos sobre la cultura popular y la educación informal. En el campo de la psicología social conviene rescatar la figura de Kurt Lewin en los años 40, que fue el primero en utilizar la etiqueta de la investigación-acción. Desde la sociología encontramos también importantes influencias tanto en América Latina (además del citado Paulo Freire, Fals Borda sobre todos) como en Europa (especialmente los trabajos sobre movimientos de base y organización social en la escuela de Frankfurt con Marcuse y Dahrendorf a la cabeza). Desde la politología cabe resaltar por ejemplo los trabajos de Gramsci por su relevancia para la investigación participativa. La sistematización de las corrientes afines y fundantes de la IAP podría integrar por sí sola un libro, pero únicamente queríamos dejar constancia al menos de que las influencias y el sustrato teórico de los enfoques ligados a la IAP poseen un peso sustancial en las ciencias sociales.

Quizás uno de los denominadores comunes elementales a todas las teorías vinculadas con la IAP coincide en que cualquier enfoque investigador que focalice sus objetivos en el desarrollo comunitario debe profundizar en las causas de los fenómenos, y no únicamente centrar sus esfuerzos en documentar síntomas. Y ambas, causas y síntomas, se conceptualizan en gran medida a

partir de la definición que los actores sociales realizan en torno a las necesidades expresadas y los satisfactores imaginados. Para resolver esta cuestión, como investigadores podemos escoger entre varias posibilidades, que con frecuencia basculan entre la asepsia relativista y la planificación tecnocrática, proveniente de los expertos. La IAP, desde sus premisas busca, en cambio, articular con la gente tanto las necesidades como los satisfactores, incidiendo en las relaciones cotidianas que pueden mediar entre lo individual y lo colectivo. Estas premisas fundamentan uno de los principios propios de la IAP: todo conocimiento producido es útil en tanto en cuanto sirva para aportar soluciones a los asuntos con los que la población vinculada a la investigación se enfrenta (Montañés, 2009). Por eso la IAP es al mismo tiempo un método de investigación y un proceso de intervención social, que persigue expresamente proporcionar a la comunidad medios para llevar a cabo acciones que ayuden a resolver temas definidos por la propia población como relevantes. A lo largo de este proceso se articulan procedimientos consensuados y participativos que permiten a la gente alcanzar tres metas principales: investigar sobre sus problemas, formular interpretaciones y análisis sobre su situación, y finalmente elaborar planes para resolverlos. Por ello, si hubiera que quedarse con una definición inicial de la naturaleza de la IAP como proceso de investigación social, podemos quedarnos con la expresada por Basagoiti, Bru y Lorenzana (2001), la IAP “es al mismo tiempo una metodología de investigación y un proceso de intervención social; propone el análisis de la realidad como una forma de conocimiento y sensibilización de la propia población, que pasa a ser, a través de este proceso, sujeto activo y protagonista de un proyecto de desarrollo y transformación de su entorno y realidad más inmediatos”.

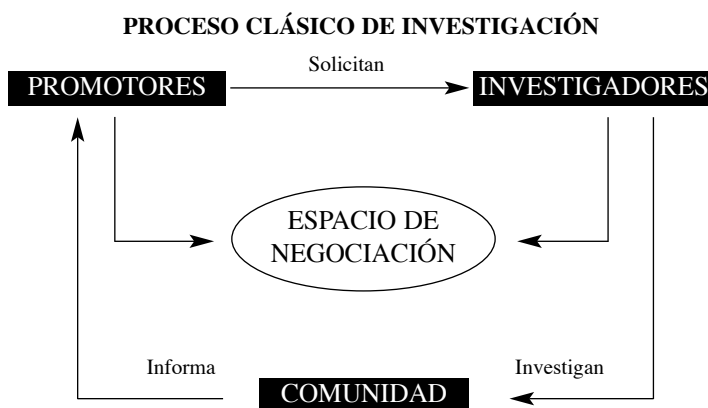
Siendo conscientes de las limitaciones a la hora de acercarse a la investigación con población, en el contexto de lo social-comunitario parece entonces adecuado la elección de un método orientado a la transformación y potenciación de la realidad cotidiana que nos rodea –lo micro–, alejándonos en un primer momento de modelos explicativos de carácter general –lo macro–. Es por ello que se entiende como marco de orientación de las acciones propias de la perspectiva dialéctica la IAP como método a seguir para la creación de un cambio social positivo (Seymour y Hughes, 2000). Esta elección se debe a dos razones básicas.

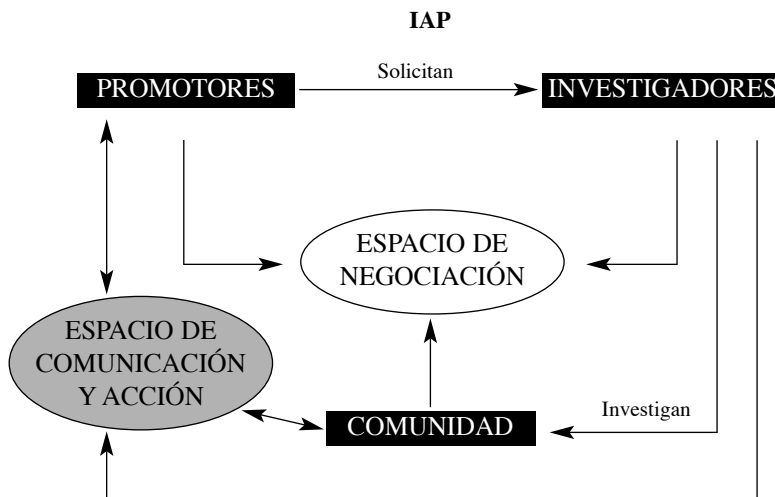
La primera reside en el hecho de que sería ilusorio, como ya hemos comentado, pretender “objetivar” una realidad en la que el investigador se halla inmerso de lleno. No es posible asumir el requisito en la investigación clásica de afrontar el estudio considerando a la comunidad como un objeto externo a analizar. Si el enfoque investigador se orienta a la aplicación de enfoques tradicionales se terminará por alcanzar un conocimiento instrumental que exige

separación, externalización y asimetría entre el sujeto investigador y el objeto investigado, obviando el enriquecimiento que supone la vinculación y la inclusión que conduce a la producción de conocimiento interactivo, o incluso más, a la generación de conocimiento crítico a través de la reflexión y la acción (ciclos de reflexión-acción reflexión).

En segundo lugar y como razón esencial de ser de la propuesta operativa, el aspecto más obvio de la IAP que le distingue de otros enfoques lo constituye la participación activa de la comunidad en el proceso investigador. A nuestro juicio, y por lo descrito ya en anteriores apartados de este texto, dentro de la perspectiva dialéctica la población es la verdadera protagonista en el marco investigador, y como tal debe tener capacidad y voz para decidir sobre cómo formular sus cuestiones, la información que debe obtenerse, la forma de analizar los datos, qué hacer con los resultados, y finalmente qué proyectos de acción concreta se desarrollarán para transformar la situación de partida. Dicho de otro modo en palabras de Villasante “Para acabar con el divorcio entre quienes son sujeto de y quienes son objeto de conocimiento, así como entre quienes planifican y actúan y quienes disfrutan o padecen las actuaciones emprendidas, para que, en definitiva, la comunidad en su conjunto tenga tanto capacidad para formular los problemas como pueda proponer las soluciones a los mismos, se ha de propiciar que la ciudadanía, de manera participada, produzca conocimiento, formule propuestas, adopte decisiones, planifique, ejecute acciones, gestione y evalúe lo realizado” (Rodríguez Villasante, 2003). O como concluye Manuel Montañés (2009) de forma más simple, para que una investigación sea participativa “todos han de contar y todos los cuentos han de ser tenidos en cuenta”.

Figura 5.1. Diferencias entre el proceso clásico de investigación social y la IAP





La centralidad de la comunidad en el proceso investigador supone una clara ruptura con los enfoques tradicionales de investigación (Figura 5.1). En un proceso clásico, el establecimiento de la demanda de información y los objetivos de la investigación se desarrollan en un espacio negociador entre los agentes demandantes y los investigadores que determina qué ámbito de la realidad debe ser sometido a análisis y cuál es la finalidad o los outputs que el propio proceso investigador debe generar. A partir de ello, el investigador lleva a cabo todas las acciones de diseño metodológico hasta aplicar los instrumentos de medición juzgados como más adecuados sobre la población, la cual, en este caso, únicamente lleva a cabo un rol de generador de información ante los reactivos que el investigador propone con su malla de medición. Tras recabar de la comunidad la información considerada como necesaria, el análisis vuelve de nuevo al ámbito investigador, que procesa los contenidos y los sistematiza en forma de resultados y conclusiones, los cuales son entregados a los agentes demandantes de la investigación. El papel de la comunidad aquí queda subordinado a las intenciones de los promotores de la investigación y a las acciones de los investigadores, sin más margen de acción que responder a los requerimientos que le son solicitados y, eventualmente, ser objeto de las actuaciones que de las conclusiones investigadoras se deriven. En coherencia con ello, la información queda concentrada o monopolizada normalmente en manos de los expertos. En los procesos clásicos de investigación, en palabras de Ander-Egg (1990) "todo está planteado como si hubiese unos que saben y otros que no saben y hay que decirles qué les pasa, asesorarlos y guiarlos".

El proceso que integra la IAP, por el contrario, establece distancias respecto a un enfoque clásico desde el mismo momento del planteamiento de la investigación. Bajo un método de IAP, el establecimiento de la demanda y los objetivos investigadores son fruto de un proceso de triangulación de actores, donde la comunidad está habilitada para formular sus propias demandas a cubrir con la investigación, abriendo un espacio de negociación en el que promotores, investigadores y sujetos de la comunidad acuerdan los objetivos y el alcance que debe tener el proceso de construcción de conocimiento que se inicia. A partir de ese momento, la población se convierte, con la ayuda de los investigadores, en analista de su propia realidad, identificando aspectos considerados como clave en torno al tema-problema de la investigación, determinando las fórmulas de superación de esos asuntos y desplegando acciones concretas en cuya implementación se establecen consensos con los agentes promotores del proceso.

En términos no ya de estructura del proceso investigador, sino de elecciones que se toman en su curso, también podemos encontrar sensibles diferencias entre los enfoques clásicos de investigación y la investigación participativa. Kenneth Fernandes (1993) nos aproxima a estas diferencias a partir de los distintos tipos de acercamientos investigadores (Figura 5.2).

Se entiende por lo tanto la IAP como un enfoque de investigación e intervención social, que persigue recoger las demandas de los actores implicados en un proceso de acción social con el fin de transformar la realidad existente, facilitando en el proceso la apropiación de recursos organizativos (redes, propuestas, acciones) y de conocimiento (herramientas para el análisis y el autodiagnóstico) por parte de la comunidad.

La IAP comienza por un tema sentido, y la definición de este problema ha de partir de la población implicada en él; de otro modo no existe la participación en el proceso. El papel del investigador aquí no es tanto el de experto como el de problematizador y facilitador de conocimiento, ayudando a convertir unas necesidades sentidas pero no articuladas en un tema identificable para mejorar los condicionantes presentes.

La iniciativa es pertinente desde el momento en el que es la propia comunidad la que trabaja e investiga acerca de sus problemas, su relación con las instituciones y otros agentes sociales, sus metas, y en general su carácter de convivencia. En este sentido lo ideal sería que una investigación de este tipo se constituyera como un elemento dinamizador en las prácticas de los distintos segmentos de la población, ya que debe reforzar los lazos horizontales de información y comunicación. La perspectiva dialógica (la construcción de conocimiento a través del intercambio constante de información entre los distintos actores) va a ser por lo tanto uno de los principios que rigen este enfoque.

Figura 5.2. Elecciones desde los distintos acercamientos investigadores

	Investigación académica	Investigación profesional	Investigación participativa
Elecciones en torno al problema			
¿Qué?	Elección orientada por el interés y la disciplina del investigador	Elección basada en las necesidades del promotor / cliente	Elección basada en la situación inmediata del problema
¿Quién?	El investigador	El promotor / cliente	Articulación entre los actores involucrados en el problema y el investigador
Elecciones en torno a la metodología			
¿Qué?	Elección basada en la fiabilidad de los instrumentos y las características del trabajo de campo. Primacía de un método de análisis	Elección basada en la fiabilidad de los instrumentos, las características del trabajo de campo y los recursos disponibles	Elección basada en la validez consensuada de los instrumentos. Múltiples métodos de análisis
¿Quién?	El investigador	El investigador	Articulación entre los actores y el investigador
Elecciones en torno a los resultados			
¿Qué?	Publicaciones. Presentaciones en seminarios y congresos	Informes (para el cliente)	Cambios en la situación de partida. Empoderamiento de la acción por parte de los actores. Adquisición de conocimiento por parte de los actores y el investigador
¿Quién?	El investigador	El cliente / promotor	Articulación entre todos los actores

Fuente: Elaborado a partir de Fernandes (1993)

Todo este proceso de generación de conocimiento de forma colectiva en el marco de la acción comunitaria no se produce de forma espontánea, sino que debe ser el fruto del juego de triangulación establecido normalmente entre tres actores: promotores, investigadores y comunidad. Y aquí reside otra de las ven-

tajas de la IAP, la incorporación como sujetos con voz propia de las bases de segmentos sociales habitualmente ausentes en la esfera pública, los cuales no van a ser consultados como meros usuarios de servicios o como elementos de opinión pasivos, sino que van a ser involucrados en el mayor grado posible a través de los ciclos continuos de devolución de información para que planteen sus posturas y propongan iniciativas.

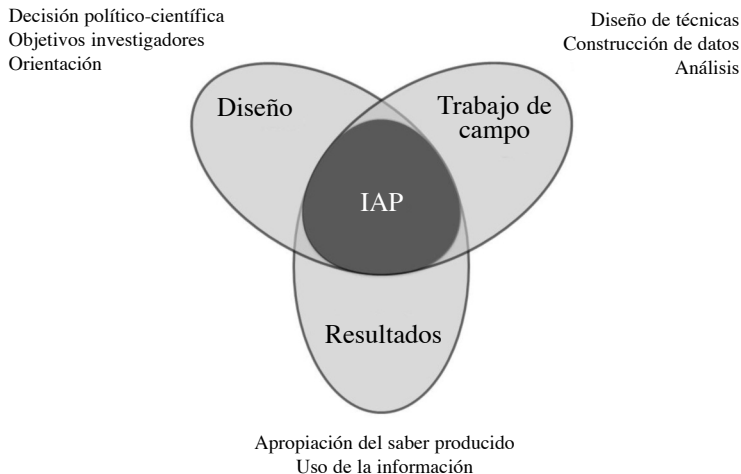
Por todo lo visto anteriormente, la Investigación-Acción-Participativa no es tanto una metodología como un conjunto de posicionamientos, una serie de métodos aplicados que tienen como fin primordial la transformación social a través de la acción. La IAP, como viene a expresar el Colectivo IOE (2003) no es una técnica que se pueda incorporar en una investigación, sino un enfoque o estrategia general de análisis e intervención que se puede plasmar en muchas prácticas concretas que dependerán de la creatividad de los protagonistas y de las circunstancias presentes en cada caso. No ofrece un listado de soluciones o recetas metodológicas “mágicas” a aplicar, pero sí propicia los espacios conversacionales adecuados con los que abrir procesos instituyentes en los que la comunidad aporta, tras procesos reflexivos, soluciones a sus dificultades (Rodríguez Villasante y Montañés, 2000). Se trata en definitiva de construir las respuestas con la comunidad, y no para la comunidad, mediante un proceso de planificación y análisis participado, a través del cual se alcancen conjuntos de acción lo más amplios posibles, que consigan aunar a los afines con los diferentes e incluso con los ajenos en la formulación de temas y el modo de resolverlos (Rodríguez Villasante, 2003).

Queda claro pues que este enfoque no pretende realizar una mera descripción de los problemas que afectan a la comunidad. Existe una voluntad de **Acción**, transformadora de lo social. El objetivo a alcanzar en una investigación de este tipo debe pasar por obtener conocimientos válidos que respondan a los intereses de los grupos investigados, y que se puedan sumar a la acción directa para contribuir al alcance de las metas de esos grupos. Todo conocimiento es acción y parte de la acción, o dicho en otras palabras, “si no hay cambio no hay IAP” (De la Riva, 1993).

Como hemos comentado en la introducción a este enfoque, los procesos sociales no se dejan atrapar en tipologías o definiciones, pero sí se puede intervenir en ellos a través de un correcto análisis de la situación, y para que este análisis sea efectivo es necesaria la **Participación**. La participación es un concepto usado con tal frecuencia que en muchos casos ha quedado desvirtuado o minusvalorado. Todos estamos acostumbrados a “ser participados” de las decisiones que toman otros, en un contexto de participación estructurado en el que el poder de decisión fluye con más facilidad hacia abajo que

hacia arriba. Pero la participación debe adoptar aquí otro significado. En términos generales, podemos asumir que una buena definición de participación es la que hace uso Naciones Unidas, que la conceptualiza como “la influencia sobre el proceso de toma de decisiones a todos los niveles de la actividad social y de las instituciones sociales”. Más concretamente, y dentro de un contexto investigador como el tratado en este texto, para que la acción tenga sentido y sea coherente debe partir de la implicación y la participación en la investigación. Pero como plantea Manuel Montañés “¿qué se entiende por participar en una investigación? Conviene aquí rescatar la idea de que participar en la producción de conocimiento no tiene por qué ser lo mismo que producir conocimiento de una manera participada. Si así fuera, por ejemplo la celebración de elecciones (que al fin y al cabo supone una investigación en el sentido estricto del término), sería el más puro ejemplo de investigación participativa, puesto que una inmensa mayoría de la población, al menos la población adulta, toma parte en el proceso de producción de conocimiento. Pero aunque sean millones las personas que participan en este proceso investigador otorgando respuestas a las preguntas que les son formuladas, la mayoría de la población no se implica en la definición de los objetivos, ni en las técnicas, ni en la formulación de cuestiones a registrar dentro del proceso. Un censo poblacional, como ejemplifica Montañés (2009), sería todavía un caso aún más paradigmático de este modo de proceder. En realidad participar en una investigación puede suponer desde prestarse a responder a un cuestionario (el caso de las elecciones o el censo constituirían ejemplos de ello), hasta contribuir en todos y cada uno de los pasos de la investigación: en el diseño, en la ejecución, en el análisis, en la difusión y en la toma de decisiones (Montañés, 1992). En este sentido, Rodríguez Brandao (1986) distingue dos tipos de situaciones que son potencial y diferencialmente participativas dentro de la IAP, las cuales de hecho podríamos ampliarlas a tres opciones (Figura 5.3). En primer lugar estaría aquella en la que la población participa tanto en el momento de la decisión vinculada a la promoción de la investigación, como en el proceso de construcción de información y también coparticipa en las decisiones en torno al uso final de la información generada. En segundo lugar, aquella en la que la comunidad participa en la definición del proyecto investigador, en términos de objetivos y orientaciones de ésta, pero posteriormente no queda implicada (por voluntad propia o ajena) en el proceso de construcción, análisis y usos de la información generada por la investigación. Una última opción vendría representada por la situación en la que la población permanece ausente de todo el proceso investigador pero es llamada para decidir en torno a los resultados y al uso de la información construida.

Figura 5.3. Momentos susceptibles de incluir la participación de la población en una investigación participativa



Fuente: Elaboración propia

En términos generales, entendemos que una IAP consiste en participar, si no en todas, al menos en gran parte de estas tareas. La clave por lo tanto radicará en construir técnicas apropiadas para que efectivamente se produzca la participación de la comunidad. Si se logra, las personas involucradas aportarán todo su conocimiento vivencial de los problemas y será posible llegar colectivamente a una nueva solución con la ayuda del investigador-facilitador. De otra forma los resultados de la investigación corren el peligro de sentirse como ajenos a quien de verdad debe protagonizar el proceso: la comunidad.

Dado que cuando hablamos de IAP hablamos de un conjunto de posicionamientos metodológicos más que de un método unificado, el enfoque ha dado lugar en la literatura investigadora a puntos de vista muy diversos. Sin embargo, sí es posible sintetizar una serie de elementos comunes a la mayoría de prácticas que se despliegan bajo la etiqueta de IAP. Optamos aquí por resaltar aquellos rasgos que nos parecen más importantes:

- *Une la reflexión y la acción*, o dicho de otro modo la teoría y la praxis, evitando tanto el verbalismo –teorizar sin llevar a la práctica– como el activismo –actuar sin reflexionar sobre lo que se está haciendo– (IOE, 2004). Desestima por lo tanto la dicotomía artificial entre teoría y práctica que contribuye a la falsa separación entre investigación y acción

(Friedlander, 2001). Este flujo de reflexión y acción alimenta el proceso en todas sus etapas, de forma que la acción es fuente de conocimiento y a su vez resultado de los nuevos conocimientos generados.

- *Trasciende la dicotomía objeto (investigado)-sujeto (investigador)* y la sustituye por una relación sujeto-sujeto. Son los propios actores y colectivos los que autoanalizan su propia realidad en colaboración con los investigadores, estableciéndose en los dispositivos de investigación relaciones de simetría no solo táctica (caso de la técnica de la entrevista o el grupo de discusión) sino real, tomando decisiones en forma conjunta. El objeto investigado se convierte por lo tanto en sujeto investigador, que construye conocimiento a través de su participación directa en el proceso, incorporando además un importante componente de autoformación.
- *Rompe la asimetría presente entre los actores de la comunidad.* Habitualmente, entre los agentes institucionales (públicos o privados), los mediadores (técnicos y profesionales) y los ciudadanos se establecen relaciones asimétricas dentro de los procesos de acción social, de forma que en las instituciones recae normalmente una función directiva, en los mediadores una función instrumental y en los ciudadanos normalmente una función clientelar y dependiente (IOE, 1993). La IAP permite replantear y reflexionar acerca de las relaciones entre los actores implicados, facilitando la incorporación de colectivos y sectores comunitarios que normalmente permanecen opacos (cuando no ocultos) en el planteamiento de otros enfoques de investigación.
- *Interviene en la génesis social de los fenómenos, y no solo en sus síntomas o en sus efectos.* La IAP debe posibilitar no solo el conocimiento de la realidad social de los procesos y los actores, sino también la transformación de las condiciones que determinan sus preocupaciones.
- *Los objetivos de la investigación parten de las demandas o necesidades sentidas por los afectados.* La definición de los objetivos se establece a partir de un espacio de negociación en el que intervienen todos los actores implicados en el problema, concretándose no solo las demandas del promotor o de los investigadores. Si la población no siente o entiende como importantes los objetivos de partida, será muy complicada su posterior implicación y participación.
- *La finalidad última del estudio (el para qué) es siempre la transformación de la situación-problema* que afecta a la gente involucrada, entendiéndose que la comunidad es el principal agente de cambio social.

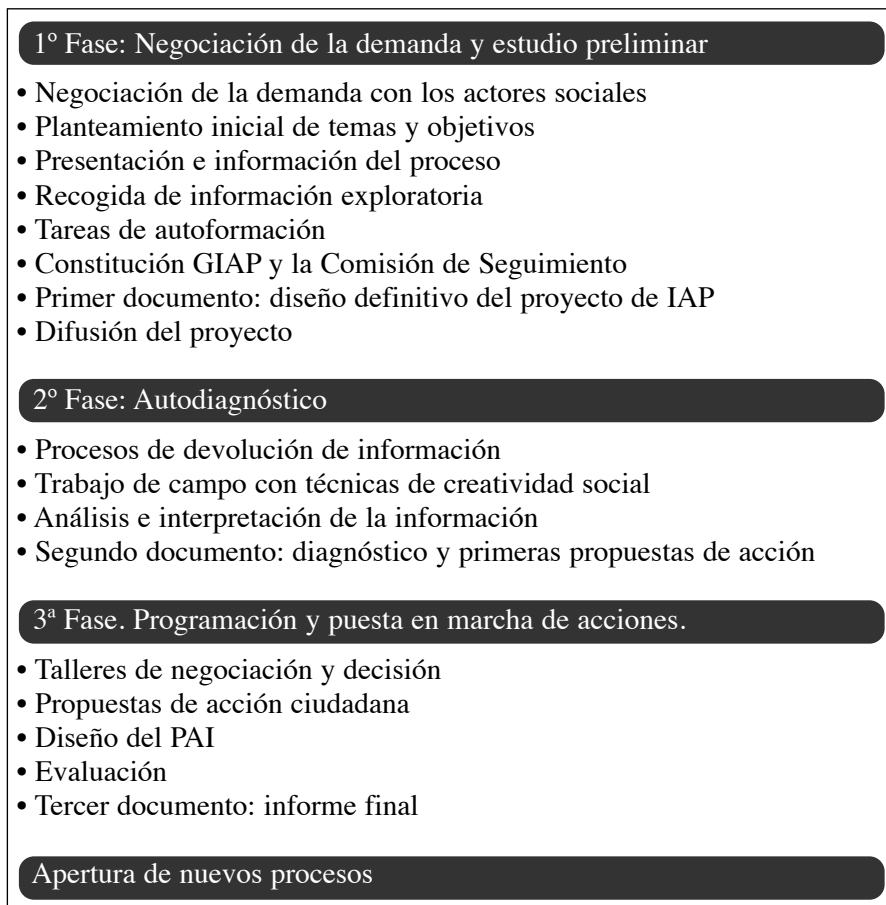
Podría parecer por lo descrito hasta ahora que al hablar de la IAP como enfoque investigador estaríamos asistiendo al despliegue de un diseño de investigación excesivamente flexible o líquido, en el que todas las acciones investigadoras se supeditan al proceso implicative de la comunidad y en el que el rigor metodológico únicamente se valida por la utilidad de los resultados. Si nos quedamos con esa idea estaríamos a buen seguro asumiendo una visión empobrecida de las capacidades metodológicas de la IAP. Un buen diseño de investigación no debe presentarse cristalizado y predeterminado hasta tal punto que todo el proceso de conocimiento quede plegado a las pautas de las directrices metodológicas en cada fase. Pero tampoco puede ser tan emergente y provisional como para que no sea posible construir una arquitectura interna en el devenir de la investigación. Escapando de estos extremos, lo que la IAP propone es un diseño planificado, con un conjunto de secuencias que se vehiculan de acuerdo a los momentos básicos de construcción de conocimiento. Pero a su vez propone un ejercicio donde los contenidos y ritmos de la guía investigadora son consensuados, o cuando menos negociados entre los actores implicados, con la apertura suficiente como para permitir una continua revisión pero con la planificación necesaria como para estructurar adecuadamente el proceso investigador. Estos estilos para construir complejidades creativas, como afirma Villasante (2002), “no se pueden basar en la certeza de los fines a conseguir, sobre los que no hay mucha claridad, pues más bien se sabe lo que no se quiere, más que lo que se quiere concretamente. Se han de basar estos estilos preferentemente en la satisfacción que da meterse a hacer algo con la propia creatividad colectiva, aún cuando ésta sea costosa o difícil de practicar”.

5.1. FASES Y ESTRUCTURA DE LA IAP

Con el fin de adquirir una visión global de las acciones que comprende un proceso de IAP, a continuación aportamos una propuesta de programación que establece una guía general de las fases o momentos que habitualmente se abordan en una investigación de este tipo. Aunque se presentan de forma secuencial, en realidad se trata de un proceso encabalgado y retroactivo, no fásico (Ander-Egg, 1997). Como hemos comentado ya anteriormente uno de los principales rasgos que definen este enfoque es la flexibilidad del proceso investigador, que necesariamente debe adaptarse a los tiempos y ritmos de la población protagonista. Es por lo tanto no solo admisible sino incluso deseable en ocasiones avanzar o retroceder en las acciones que se van desarrollando, si con ello logramos construir o reintroducir información que alimente el proceso. Así mismo, la investigación puede comenzar en cualquiera de los momentos, aunque deba con posterioridad volver sobre algunos pasos previos.

Pero ello no quiere decir que no sea posible seguir un orden lógico. En la figura 5.4 representamos un esquema de lo que vendría a ser un ciclo de IAP, en el que insertamos las principales acciones (aunque no necesariamente las únicas) que forman parte de un proceso investigador como éste, para posteriormente ir aclarando el sentido de los diferentes contenidos.

Figura 5.4. Esquema orientativo de fases y acciones de un ciclo de IAP



Este esquema, como ya hemos ido comentando, se despliega sobre un eje práctico (materialización de acciones sobre reflexiones a lo largo de un cronograma que sigue secuencias de aperturas de la investigación hacia la acción colectiva y momentos de cierre que sistematizan información para posteriormente

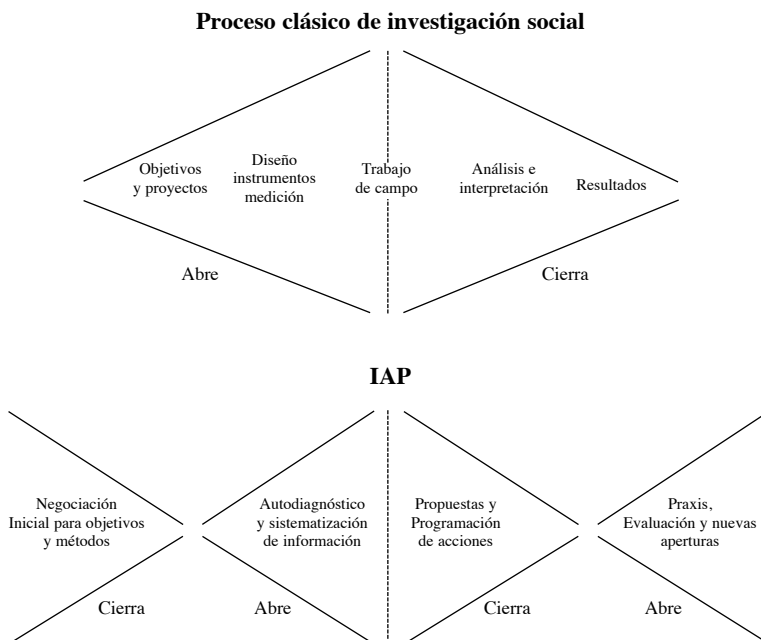
volver a abrir la reflexión. La lógica del este enfoque se enfrenta a la imperante en un proceso clásico de investigación, donde básicamente se genera un único ciclo de apertura y cierre (Figura 5.5).

Un esquema tradicional de investigación comienza por un momento en que la circulación de la información se halla circunscrita únicamente al ámbito del equipo de investigación y los promotores. En este espacio es en el que se forja el proyecto, y la responsabilidad de su desarrollo a partir de ese momento queda en manos del equipo investigador, que comienza un proceso de apertura a la realidad con el diseño de la investigación y la selección de técnicas e instrumentos de medición de la realidad objeto de estudio. El momento de máxima apertura de la investigación en un proceso clásico se alcanzará con el trabajo de campo, instante en el que se produce la única interacción entre los investigadores y la comunidad o la población, a la cual se le requiere que provea de información para nutrir el análisis de los datos. A partir de la finalización del trabajo de campo la investigación vuelve a cerrarse en torno al equipo investigador, que acometerá en solitario y en su calidad de expertos las tareas de análisis e interpretación de los datos, dando como fruto generalmente un informe de resultados en el que se recogen las apreciaciones más significativas de los investigaciones en relación con los objetivos previstos para la investigación.

Una IAP, en confrontación con los esquemas clásicos de investigación, viene a proponernos un cronograma que, a modo de acordeón, va produciendo sucesivas aperturas y cierres en términos de circulación de la información ligada al proyecto investigador. En su inicio, al igual que en los enfoques tradicionales, acontece un momento de circulación limitada de la información, en el que se gesta por parte de promotores e investigadores la decisión de proponer a la comunidad la investigación. A partir de esa decisión la información que integrará el proyecto quedará abierta a la comunidad con el fin de negociar colectivamente las demandas y objetivos que finalmente pondrán el planteamiento investigador y los fines a alcanzar por éste. Aquí acontecerá el primer momento de cierre y sistematización en el que quedarán cristalizados los contenidos y orientaciones básicas del proyecto investigador, fruto del debate y la negociación colectiva. Desde el momento en que se alcanza un proyecto consensuado, se inicia de nuevo una fase expansiva o de apertura en términos de intercambio de información, en el que se desarrolla el autodiagnóstico orientado a captar los posicionamientos, planteamientos y visiones de todos los sujetos implicados en la investigación, ya sean estos actores individuales, colectivos, grupos dinamizadores o grupos formalizados. El momento de máxima apertura en esta fase se alcanza con la con-

creción del diagnóstico provisional, que recoge estas cuestiones y además algunas líneas ya identificadas por la comunidad para transformar la situación o problema de partida que da origen al proyecto. Con toda esa información de nuevo se inicia una fase de cierre y sistematización cuyo principal cometido es convertir los ítems juzgados por los actores como significativos dentro del diagnóstico en propuestas colectivas y programaciones que contemplen acciones concretas para la transformación, componiendo lo que en el marco de la IAP se conoce como PAI. Establecidas las directrices que deben contener dichas acciones (presupuestos, recursos, actores responsables, etc.) volveremos nuevamente a una fase de apertura. En ella asistiremos a la puesta en marcha, de una manera práxica, de todas las actuaciones previstas, monitoreando de manera participada su implementación y desarrollando acciones evaluadoras que permitan valorar tanto el proceso como los logros alcanzados. Ello facilitará la reintroducción de nuevas problemáticas detectadas en las prácticas, que supondrán el sustrato reflexivo para el inicio de un nuevo ciclo de IAP.

Figura 5.5. Diferencias entre el cronograma investigador en un proceso clásico de investigación social y la IAP



1º fase. Negociación de la demanda y Estudio preliminar

El proceso de la IAP comienza por la detección de síntomas, la implicación de todos los actores posibles y el establecimiento de los objetivos a conseguir con el proceso. A diferencia de otros enfoques de investigación, los objetivos iniciales no son fijados por los promotores o el equipo investigador (el sujeto promotor de la investigación, en palabras de Montañés, ha de ser considerado tanto sujeto como también unidad de análisis dentro de la investigación), sino que es la propia comunidad, en conjunción con el resto de actores, la que debe establecer cuáles son los temas o cuestiones que requieren mayor atención o sobre los que es necesario actuar prioritariamente. De ello se deriva que la primera acción será la de configurar un anteproyecto de investigación que progresivamente irá adquiriendo una naturaleza participada. En principio cualquier temática es susceptible de integrar una IAP, pero por la experiencia de trabajos realizados, existen tres ejes temáticos sobre los que este enfoque se ha mostrado particularmente efectivo y que suscita interés en la comunidad: economía y empleo, territorio y medio ambiente, y comunicación y participación. Estos ejes, por supuesto, son susceptibles de ser tratados transversalmente en los contenidos u objetivos de la investigación, y catalizan con frecuencia la implicación de la población. Pero ello no tiene por qué querer decir que el investigador anuncie sin más que la investigación vaya a ser compartida con lo sujetos de la comunidad en pie de igualdad. De hecho, las capacidades, informaciones y competencias de unos y otros son muy diferentes en el inicio de los procesos de investigación. Más bien, como afirma Villasante (2002), “conviene dejar claro cuáles son las diferencias de entrada, cómo va a ser el proceso para irse colocando cada cual en lo que puede aportar y ser valorado, para que las desigualdades se puedan ir superando”.

El punto de partida es siempre complicado. Frecuentemente nos encontramos ante demandas difusas, escasamente articuladas, o bien centradas en temas sensibles pero que se agotan en sí mismos por su excesiva complejidad (la droga, el desempleo, la violencia, etc.). El principal objetivo de este primer momento será la identificación de temas concretos (temas generadores) que permitan abordar las demandas que se planteen y las motivaciones expresadas en torno a ellos. Para este fin con frecuencia se inician una serie de reuniones preliminares entre el equipo de investigación y los distintos agentes del tejido social, esencialmente asociaciones y colectivos ciudadanos, con los que se comienza a perfilar el hilo conductor del proyecto, para progresivamente ir incorporando redes informales de la comunidad en este debate inicial. Aquí, el principal reto será “extender la demanda hasta llegar a constituir un sujeto colectivo lo más amplio y representativo posible, donde los afectados por los problemas tengan el mayor protagonismo.” (Colectivo IOE, 2003).

El equipo investigador debe ayudar a definir y formular el problema/tema de una forma precisa y operativa, de manera que quede bien enmarcado el objetivo principal a desarrollar no solo para los promotores y técnicos, sino también para la población. Por ello la participación en el proceso, que ya debe estar presente en el diseño del proyecto inicial, ha de ser lo más amplia posible en su convocatoria. Ello permitirá generar demandas que no sean aisladas y excluyentes, sino articuladas en torno a acuerdos iniciales sobre problemáticas concretas, acuerdos que aunque sean mínimos permitan comenzar a “crear lo común” entre los distintos actores implicados. Para ello una premisa de partida esencial será la voluntad de construir información articulada entre cuatro niveles o esferas de actores que estarán presentes a lo largo del proceso: representantes institucionales (ya sean públicos o privados), técnicos y expertos, organizaciones sociales, y finalmente las redes informales de ciudadanos. Además, en estas primeras tomas de contacto se muestra conveniente indagar acerca de lo que en este tipo de metodologías se denomina analizadores históricos. Los analizadores históricos son, como comentan Basagoiti, Bru y Lorenzana (2001) hechos históricos, acontecimientos, que hayan tenido lugar en el territorio donde investigamos, que condensaron por su importancia posicionamientos en la mayoría de la población y que movilizaron a gran parte de ésta (generando bien consensos, bien conflictos, etc.), de manera que proporcionan pautas para intuir cuáles son los elementos de motivación, interés y movilización de la población.

En esta primera fase exploratoria es recomendable la utilización de técnicas abiertas que permitan una primera sistematización de información a la vez que la reflexión inicial desde los distintos actores en torno al tema a tratar, lo que permitirá ir emergiendo los posicionamientos existentes y los conflictos esenciales presentes en las redes sociales de la comunidad. A este fin, herramientas como los grupos focales (que permiten perfilar los temas y establecer consensos en torno a ellos), los sociogramas (que permiten desvelar la complejidad de las redes relacionales de actores en torno al problema), o las derivas (paseos colectivos por el territorio para profundizar en el cocimiento vivencial del espacio) pueden ser de gran utilidad.

En el uso de estas técnicas con frecuencia se crea un grupo motor, el GIAP (Grupo de Investigación Acción Participativa), integrado por personas que constituyen elementos centrales de la red social: líderes comunitarios, vecinos especialmente implicados, etc., que desempeñan funciones esenciales en el curso del proceso participativo. En primer lugar constituyen un núcleo de informantes clave, por su especial conocimiento del terreno. Facilitan, además, el acceso multitud de redes sociales que los investigadores, por sí solos, difícilmente podrían identificar y recabar información de ellas. Y por último,

pero no menos importante, conforman un grupo de personas con las que poder comenzar a trabajar la autoformación y la transmisión de herramientas de análisis que deben posibilitar en el curso de la investigación la construcción participada de la información a tratar. También desde el inicio de la investigación es de mucha utilidad crear otro grupo de actores vinculados a la investigación que conforman la Comisión de Seguimiento del proceso. Dicha Comisión de Seguimiento suele estar integrada por promotores de la investigación, personal técnico, el equipo investigador y representantes de la comunidad, y constituye el órgano de negociación y resolución en las distintas partes del proceso. Su función básica es la comprobación periódica de los resultados de las distintas fases de la investigación, así como la reflexión colectiva en torno a las potencialidades o las dificultades que éstos presentan. En la figura 5.6 sintetizamos las características y roles de estos grupos dentro del proceso de una IAP.

Figura 5.6. Características y funciones de los grupos de interlocución en la primera fase de una IAP

	Composición	Características	Funciones en el proceso
GIAP (Grupo de Investigación-Acción-Participativa)	Investigadores. Vecinos voluntarios. Personal técnico.	Equipo estable y permanente de trabajo. Trabajo intenso aunque no periódico. Condensación de la actividad sobre todo en las primeras fases de la IAP.	Fuente de información y apertura de redes. Detección de síntomas. Análisis y diagnóstico. Elaboración de propuestas.
Comisión de Seguimiento	Representantes de los promotores de la investigación. Equipo investigador. Personal técnico. Representantes de la comunidad.	Equipo estable de trabajo aunque con baja periodicidad de actividad. Condensación de la actividad sobre todo en las últimas fases de la IAP.	Supervisión y seguimiento del proceso. Sesiones informativas al final de cada fase. Discusión de diagnóstico y negociación de propuestas.

Paralelamente a las tareas descritas se muestra conveniente también realizar un estudio preliminar y provisional (haciendo énfasis en la idea de provisionalidad) tanto de la zona como de la población protagonista del estudio, con el fin de contextualizar a través de datos secundarios la situación de la comunidad (datos demográficos, económicos, urbanísticos, estructura social, etc.). La infor-

mación que proporciona este estudio nos permitirá ya dejar de tratar el término “comunidad” como un abstracto, para analizar los grupos y las relaciones inmersas en ella (Palazón, 1993). Le Boterf (1986) concreta el tipo de información que al menos debería contener un estudio de este tipo: en primer lugar una descripción de la estructura social de la población en estudio; en segundo lugar el registro de percepciones por parte de los sujetos en torno a la geografía y la estructura social de la comunidad; y en tercer lugar datos de carácter socioeconómico, utilizando para ello indicadores secundarios.

Una vez realizada esta exploración, se hace necesario comenzar a devolver a los actores hasta ahora implicados toda la información sistematizada y relacionada. Esta devolución sistemática de información, que estará presente en todas las fases de la investigación, es un modo de ir avanzando por aproximaciones sucesivas, hasta establecer un listado de cuestiones a estudiar respecto a las cuales las personas involucradas (sobre todo aquellas pertenecientes a redes ciudadanas) consideran significativas. Si no se incide en este proceso seguramente nos enfrentaremos a una aplicación mecánica de técnicas aplicadas por agentes externos en la que en el mejor de los casos presenciaremos a una población “arrastrada” por el equipo técnico pero sin sentirse implicada y sin compartir la intencionalidad de la investigación.

Esta primera fase termina con la redacción y presentación del proyecto definitivo. Entre sus contenidos, al menos debería integrar los siguientes apartados ya trabajados en el proceso: Nombre del proyecto, antecedentes, objetivos, contexto sociodemográfico y socioeconómico del territorio, recursos que se movilizarán en el proceso, diseño de la estrategia de participación, y cronograma. Nos permitimos detenernos en este último aspecto ya que el cronograma desempeña un papel fundamental en una IAP. Aquí el cronograma no solo tiene por objeto establecer la secuencia temporal de acciones investigadoras, sino que va mucho más allá. Supone un documento de referencia para todos los actores involucrados en el proceso de investigación, permitiendo saber qué se estará desarrollando en cada instante y facilitando a aquellos sujetos o actores que se incorporen de forma gradual conocer qué actividades se han llevado a cabo y cuáles faltan por desplegar, identificando en qué momento o fase pueden hacer oír su voz y tomar protagonismo. Ubicamos en la figura 5.7 un ejemplo de lo que podría ser un cronograma orientativo en un proceso de IAP.

Finalmente, cabe incluir en esta primera fase acciones vinculadas a la difusión del proyecto alcanzado de forma participada. Dicha difusión es esencial, puesto que persigue dar a conocer de forma ampliada a la población el proceso que comienza, suscitar su interés, animar a la participación, y recoger las últimas demandas y sugerencias a incluir en el proceso.

Figura 5.7. Cronograma orientativo de la Investigación-Acción-Participativa

TAREAS		MESES												
		1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	
"Abrimos la red"	Negociación de la demanda con los actores sociales	■												
	Planteamiento inicial de temas y objetivos	■												
	Presentación e información del proceso		■											
	Recogida de información exploratoria	■												
	Tareas de autoformación	■	■											
	Constitución GIAP y reuniones	■		■		■		■		■		■		
	Constitución Comisión de Seguimiento y reuniones	■						■						■
	Primer documento: diseño definitivo del proyecto de IAP			■										
"Tocamos fondo"	Procesos de devolución de información				■			■			■		■	
	Trabajo de campo			■	■	■								
	Análisis e interpretación de la información			■	■	■								
	Segundo documento: diagnóstico y primeras propuestas de acción							■						
"Concretamos"	Talleres de negociación y participación									■	■			
	Propuestas de acción ciudadana										■			
	Diseño del PAI											■	■	
	Evaluación												■	
	Tercer documento: informe final												■	
	Evaluación y Apertura de nuevos procesos												■	

2ª fase. Autodiagnóstico

Esta es la fase donde la IAP resulta más abierta, ya que es el momento de la reflexión colectiva. Aquí es donde cobran especial importancia la interpretación, el análisis y la explicación de los diferentes aspectos relevantes de la situación comunitaria en relación con las cuestiones que protagonizan la investigación. Es el momento por lo tanto en el que se despliega todo el abanico de herramientas metodológicas necesarias para llevar a cabo un diagnóstico de la situación respecto al problema-tema en el que esté trabajando. La elección de unas técnicas u otras estará en función del tipo de información que se desea

obtener y de los actores con los que se trabaje. El objetivo principal del diagnóstico, desarrollado por los propios actores con la ayuda del investigador, es el análisis crítico de los asuntos considerados como prioritarios por los sujetos de la comunidad. Normalmente comienza por un primer momento reflexión dentro de los propios contextos, en el que los distintos actores manifiestan cómo perciben el fenómeno, cómo lo explican y cómo analizan la situación, de forma que se van desvelando contradicciones, conflictos, limitaciones, pero también consensos y potencialidades sobre las que será necesario trabajar en el futuro. Esta primera fase del autodiagnóstico debe propiciar por lo tanto la expresión de la representación del tema dentro de cada segmento o grupo social. Palazón (1993) incide también en la necesidad en este momento de alcanzar un grado adecuado de cuestionamiento de la representación del problema, facilitándose la discusión grupal para analizar críticamente el conocimiento cotidiano, descubriendo los vacíos, las contradicciones y las limitaciones del mismo. El autodiagnóstico, además del análisis conceptual en torno a los problemas, debe abordar también el análisis de las redes sociales existentes, que constituirán los espacios desde donde posteriormente se gestionará el desarrollo de las propuestas de transformación que incorpore la investigación. Así, será necesario explorar cómo se produce la construcción de las distintas redes sociales que habitan el territorio, sus conexiones, sus dependencias, sus conflictos con otras redes, o sus grados de compatibilidad y sustentabilidad.

Una vez finalizada la fase de construcción de información y análisis dentro del propio ámbito de cada uno de los actores, ya es posible facilitar la discusión grupal inter-actores para buscar un replanteamiento colectivo del problema con la ayuda de la síntesis y devolución de información del investigador, orientada ya a que la gente reflexione sobre lo que ha dicho y sobre las críticas que plantean y les plantean. De esta manera será posible una ruptura progresiva de los discursos preestablecidos, y como afirman Montse Rosa y Javier Encina (2003), permitirá poner en cuestionamiento los sistemas individuales de significación. De este replanteamiento tiene que surgir un trabajo de objetivación, que conlleve una descripción del problema, una explicación del mismo, y la identificación de las líneas estratégicas posibles de acción (Palazón, 1993). Para ello puede ser de mucha utilidad la elaboración de informes provisionales de diagnóstico que sean difundidos en diferentes formatos a la población. En el diseño de estos informes suelen figurar al menos los siguientes contenidos (Basagoiti, Bru y Lorenzana, 2001): la definición de la situación, la contextualización realizada en la fase de arranque (exposición de factores y causas que intervienen en dicha situación, así como de consecuencias o efectos que conlleva), las conclusiones extraídas del análisis de la información producida y un avance de propuestas de acción.

Figura 5.8. Dimensiones y contenidos básicos de un autodiagnóstico en una IAP

Dimensiones	Contenidos a trabajar
Explicativa	<ul style="list-style-type: none"> • Percepciones diferenciales de los actores en relación al problema • Características más relevantes del problema • Causas o cadenas causales en torno al problema • Consecuencias del problema sobre la realidad comunitaria
Contextualizadora	<ul style="list-style-type: none"> • Redes, conflictos, bloqueos y vínculos comunicativos presentes en la comunidad • Recursos endógenos y exógenos a la comunidad para la transformación social
Estratégica	<ul style="list-style-type: none"> • Proyecciones acerca de la evolución futura de los problemas detectados • Propuestas o vías de solución a los problemas detectados

Esta fase finaliza normalmente con la celebración de talleres o asambleas, donde se sintetiza la investigación, y se proponen a través de la reflexión colectiva los proyectos o acciones a desarrollar en el futuro. En estas reuniones, que ya cabría calificar como encuentros de creatividad social, cada vez es más asiduo el uso de flujogramas para la articulación entre el análisis y la planificación participativa. A partir de esta técnica, en la que destacaríamos los planteamientos acerca de ella desarrollados por Tomás Rodríguez Villasanté (2001), se establecen a través de la discusión grupal relaciones entre los principales temas detectados y sus causas, teniendo en cuenta los actores presentes y la capacidad de éstos en la toma de decisiones en la resolución de las diferentes cuestiones en torno a las que gira el proceso participativo.

3ª fase. Programación y puesta en marcha de acciones.

La última fase centra sus esfuerzos en la programación y ejecución de un plan de acción. En ella vamos pasando del diagnóstico a la generación de propuestas. El trabajo realizado a lo largo de la investigación y concretamente la información obtenida a través de talleres e informes puede concretarse en lo que se conoce como PAI (Programa de Acción Integral). Se trata de una *Programación* que desarrolla una serie de tareas concretas a realizar, partiendo del cronograma, el presupuesto previsto y los grupos de acción (cristaliza-

dos a lo largo de la investigación) que han de actuar como dinamizadores de las actividades a ejecutar. Se halla orientado a la *acción*, porque pretende articular y hacer cooperar diversos grupos en un conjunto, el más ciudadanista posible, de forma que puedan sugerir nuevas formas de diseño y gestión con voluntad de permanencia en el tiempo. Finalmente, también es *Integral*, porque persigue enlazar los temas generadores con temas integrales a desarrollar, buscando sinergias y no únicamente la suma de cuestiones que han emergido a lo largo del proceso, que apenas tendrían significación tratados por separado. Lo integral además viene a significar, como comenta Villasante (1998), que se trata de construir integrando varias perspectivas, evitando constituirse como un proyecto sectorial que atienda determinadas necesidades o sectores de población dejando a otros al margen.

El PAI, que debe contar con la implicación de los cuatro niveles de actores con los que se ha trabajado a lo largo del proceso participativo, es lo que realmente da sentido a la IAP. En la figura 5.9 mencionemos algunos de sus contenidos esenciales.

Figura 5.9. Contenidos básicos de un PAI en una IAP

• Orienta los aspectos claves de la planificación para el futuro
• Asigna responsabilidades y compromisos de los distintos actores
• Determina recursos a utilizar, tanto institucionales como comunitarios
• Establece cronogramas operativos que fijan en el tiempo las distintas acciones, y permiten el monitoreo y la evaluación, con el fin de establecer los ajustes necesarios

El objetivo final es la formación de plataformas estables dinamizadoras de la comunidad, que sean capaces de asumir la realización, evaluación y retroalimentación de los proyectos elaborados y puestos en marcha.

Llegado a este momento de desarrollo del proceso se habrá alcanzado un grado de madurez de acciones y reflexiones lo suficientemente significativo como para iniciar un proceso de evaluación. Como afirma Paulo Freire (1993), “ Toda práctica exige, de un lado, su programación, del otro, su evaluación. La práctica tiene que ser pensada constantemente. La planificación de la práctica tiene que ser permanentemente rehecha y es rehecha en la medida en que permanentemente es evaluada”. Parece además que dicho proceso, en consonancia con las premisas de la IAP, debe poseer también un carácter participativo y no detenerse únicamente en evaluar los logros conseguidos sino también el propio proceso comunitario que articula la investigación.

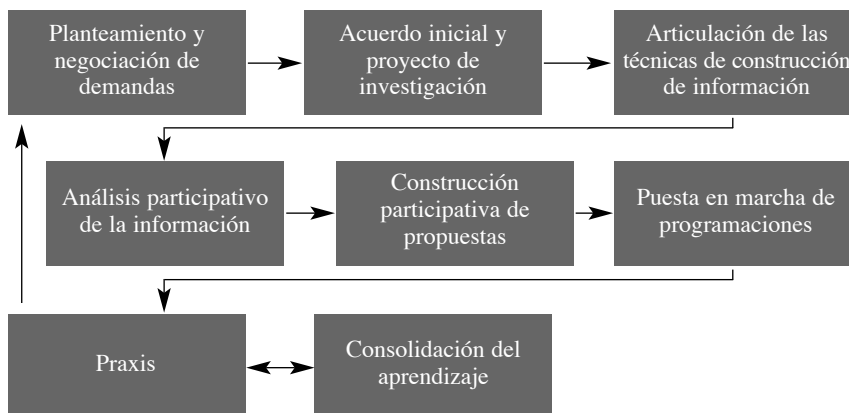
Así, entre algunos de los elementos a considerar en la fase de evaluación, podemos destacar los siguientes:

Figura 5.10. Contenidos básicos de la evaluación en una IAP

• Los resultados, en términos de consecución de objetivos inicialmente planteados en la IAP
• Los mecanismos de construcción de información desarrollados (adecuación de las técnicas a los objetivos)
• La utilidad pragmática del conocimiento generado para la comunidad en términos de impacto social de la IAP
• El grado de implicación de la población en el proceso de estudio y en la programación de las acciones
• La determinación de sectores de población que hayan podido quedar ausentes en el proceso
• Las formas en que se han tomado decisiones y alcanzado acuerdos
• El grado de deliberación previo antes de la toma de decisiones

Tras el momento de reflexión colectiva que supone la evaluación de las acciones transformadoras, es posible alcanzar un replanteamiento del problema y la situación de partida, permitiendo iniciar una nueva espiral donde el tema tratado u otros temas que se hayan identificado como importantes a lo largo del proceso abran un nuevo ciclo de reflexión – acción – reflexión.

Figura 5.11. Ciclo de la Investigación-Acción-Participativa



De acuerdo con los parámetros que guían un ciclo de IAP, estamos hablando de un enfoque de investigación esencialmente creativo e innovador que intenta alejarse, aunque con rigor, de las formas clásicas de análisis social. Como ya hemos comentado, repetir estas formas tradicionales supone mantener una estructura estratégica y analítica que hasta ahora no se ha mostrado excesivamente pragmática para resolver los problemas de una comunidad. Por ello una de las principales características de la IAP es su flexibilidad y apertura, que determina la subordinación del método al principio de la participación. Gracias a ello la IAP posibilita los medios para alcanzar acuerdos colectivos sustanciales para la solución de asuntos comunes, perfilando estrategias consensuadas de actuación sobre la realidad de partida que tienen en cuenta los posicionamientos de los distintos actores.

Otro de los elementos que hemos podido apreciar y que define el posicionamiento analítico de la IAP es la articulación de los argumentos a través de la reflexión sobre el principio de complejización de las preguntas y las respuestas, eludiendo así soluciones simplistas, que en poco ayudan a la superación de las dicotomías con las que frecuentemente se enfrenta la planificación comunitaria y el afrontamiento de problemas sociales. Comprender la realidad social como una múltiple articulación de procesos microsociales con estructuras macrosociales, tal como lo concibe Julio Alguacil (2000), permite desarrollar la articulación entre los procesos estructurales y las praxis cotidiana de los sujetos sociales, reconociendo la mutua dependencia entre ellos.

Todo lo anterior no viene a decir ni mucho menos que una estrategia de desarrollo comunitario como la propuesta de la IAP sea garantía de solución a los condicionantes de la población. Muy al contrario, enfoques como el que nos ocupa desvelan a lo largo del proceso de implementación multitud de conflictos y nudos de tensión difíciles de resolver. Pero situar el anclaje de las posibles soluciones en la reflexión colectiva y en los actores que forman parte de las distintas redes sociales comunitarias posibilita, cuando menos, la elaboración de programaciones consensuadas que incidan en los problemas definidos como importantes por los propios protagonistas a la hora de intervenir. De ello se derivan otros dos elementos propios de los resultados que deben estar presentes tras la aplicación de una IAP: el cambio en las formas de comunicación y relación entre los distintos actores, y el abandono de soluciones individuales o singulares a fenómenos sociales.

En definitiva, se presenta un enfoque investigador que avanza en tres dimensiones que a nuestro juicio consideramos clave en cualquier estrategia propia de la perspectiva dialéctica: la inclusividad, la intensidad y la influencia, términos todos asumidos a partir de los trabajos desarrollados por Archon Fung (2001, 2004).

La primera dimensión, la **inclusividad**, opera sobre la capacidad de una investigación para disponer de una apertura suficiente como para permitir que todos los actores sociales de la comunidad puedan implicarse y tener voz en la definición de las preguntas y las respuestas que se plantean de cara a la resolución de cuestiones colectivas. Viene a responder básicamente al interrogante de “quién participa en la investigación”, quién en definitiva formula tanto las preguntas como las explicaciones a las respuestas. Esta dimensión es susceptible de diversos grados, desde modelos restrictivos o de escasa apertura donde únicamente los investigadores o “expertos” están habilitados para introducir enunciados, hasta modelos de máxima apertura que generan posibilidades para que las redes informales de ciudadanía tengan capacidad efectiva para incidir en los objetivos y en las programaciones que se derivan del esfuerzo investigador.

Una segunda dimensión es la que cabría calificar como de **intensidad** de la participación en el proceso de construcción de conocimiento. Esta dimensión aporta el eje vinculado a los tipos de procedimientos, de instrumentos, dispositivos, puestos en marcha en el curso de la investigación. Responde básicamente a la pregunta de “cómo se investiga”, y de acuerdo con este eje también es posible situar una escala de grados, o incluso de naturaleza de instrumentos. Dentro de esta escala en un extremo hallamos modelos de construcción de conocimiento que activan dispositivos de análisis restrictivos tanto en la manera en que circula la información (en términos de direccionalidad de la misma, de asimetría en la disposición de los analistas, o de apropiación de las tareas de análisis), como en el tipo de información que se elabora (dispositivos en los que únicamente se extrae la información programada por el investigador, definición de la agenda de temas a tratar, o existencia de contenidos vedados o velados para el debate). Del otro lado, existen enfoques como el aquí presentado que persiguen expresamente desplegar todo un abanico de instrumentos de análisis participado, posibilitando a los distintos actores sociales no solo expresar necesidades o demandas en un espacio adecuado, sino además establecer procesos comunicativos de interacción para desarrollarlas e incidir sobre las soluciones, adquiriendo además en el curso progresivo de la investigación, herramientas que les permitan afrontar el análisis de su realidad social. Esta dimensión de la intensidad hace referencia por lo tanto a la capacidad pedagógica que en nuestra opinión debe estar presente cualquier esfuerzo o estrategia que combine la investigación con el desarrollo comunitario.

Finalmente la tercera dimensión que entendemos esencial en la perspectiva dialéctica, es la de la **influencia**. La dimensión de la influencia responde fundamentalmente a la pregunta de “qué se hace con la investigación”, y

permite establecer modelos de investigación en los que de nuevo podemos identificar extremos opuestos. En un extremo hallaríamos modelos en los que la acción derivada de los resultados de la investigación se halla gerenciada exclusivamente por los expertos o los promotores del proceso, donde las decisiones relativas a la mejora de los problemas de la comunidad descansan únicamente en el nivel tecnocrático o en los representantes institucionales, y donde la comunidad no tiene capacidad de influencia sobre las decisiones que se toman a raíz de los resultados del proceso investigador. En el otro extremo, en el que podemos localizar la posición defendida por los enfoques de IAP, identificaríamos estrategias investigadoras en las que, a diferencia de los modelos anteriores, la comunidad posee una elevada capacidad de influencia en la toma de decisiones respecto a los ámbitos de gestión colectiva objeto del análisis, participando no sólo en el diseño de la planificación de la investigación, sino además en las acciones que de ella se derivan.

El desarrollo práctico de estas cuestiones excede, en mucho, las intenciones de este texto, pero sirve de excusa para hablar de estilos, de prácticas, de elementos para la reflexión que sin duda han de considerarse en el planteamiento de enfoques investigadores vinculados al desarrollo comunitario; en definitiva de las razones últimas en las que descansan, o quizás debieran descansar, las motivaciones de los profesionales de lo social para el ejercicio de su oficio investigador.

6. TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA PARA LA CREATIVIDAD SOCIAL

Las técnicas en el ámbito de la investigación participativa, al igual que en otras estrategias investigadoras, tienen como finalidad la captación de información útil para la comprensión de los procesos sociales. En este sentido el uso de técnicas posee una orientación instrumental. Lo característico de las técnicas en la investigación participativa radica en el hecho de que tanto su diseño como su aplicación se fundamentan en la capacidad de construir colectivamente una información con naturaleza transformadora, desbordando la mera recogida de datos al servicio del informe investigador. Las técnicas, pues, se hallarán subordinadas al proceso de transformación social que articula la investigación. La consecuencia metodológica de este posicionamiento es clara. En el marco de la investigación, el “cómo” (diseño de la técnica e implementación) minimiza su importancia hacia otras dimensiones de la construcción de conocimiento: el “para qué” y el “para quién”. De esta forma, el diseño metodológico apenas tendrá utilidad si no queda claro qué sentido va a tener su aplicación. Es la orientación de la investigación, sus objetivos y usos concretos, los que vertebran los procedimientos relativos al diseño de instrumentos de medición. Por lo tanto las técnicas no se hallan aisladas del investigador ni de la comunidad, sino que son usadas dentro del proceso de reflexión-acción como herramientas que provocan la deliberación colectiva y permiten la sistematización de la información que grupalmente se va construyendo.

Como ya anticipamos en capítulos anteriores, en el caso de la perspectiva dialéctica la atención sobre las técnicas utilizadas recae en el nivel epistemológico. Lo importante a la hora de plantear los dispositivos radica en la orientación del proceso de investigación/participación planteado. La relevancia de la técnica utilizada estará en función de su pertinencia en relación a los sujetos para los que se realiza la investigación, así como los fines de ésta. El nivel tecnológico y metodológico quedan subordinados de esta forma a los

fines perseguidos, permitiendo una mayor flexibilidad en el diseño de la técnica y en el modo en que se lleva a cabo, siempre que produzca un conocimiento de tipo pragmático en los sujetos. Se muestra por lo tanto en esta perspectiva extremadamente importante tener referenciado el nivel epistemológico del planteamiento investigador y del uso de estos instrumentos, con el fin de no estar empleando rutinariamente secuencias de acciones carentes de sentido. Por ello, en numerosas ocasiones nos vamos a encontrar dentro de esta perspectiva con que el uso conjunto de varias técnicas potencia su efecto en la búsqueda de un resultado más ajustado a las necesidades de la investigación o la intervención. Ello no impide en absoluto el recurso a la utilización de técnicas propias de otras perspectivas, pero aquí asumirán un valor de complementación a la información pragmática que se va generando. Su uso por lo tanto adquirirá el rol de documentación o precisión sobre aspectos en los cuales las técnicas participativas de creatividad social muestran debilidades, pero nunca ocuparán el carácter central en la producción de información que se les otorga en otras perspectivas.

Otra característica propia de esta perspectiva en relación a las anteriores, podemos establecerla en el uso de la información. En las técnicas utilizadas dentro de la perspectiva dialéctica, no existe, al menos en términos sustantivos, una enajenación de la información producida a partir de los dispositivos técnicos por parte de investigadores, expertos o cualquier otro agente en relación a los posibles usos que de ella pueden hacer los sujetos. Sí se tercian, normalmente, operaciones de sistematización y estructuración de la información por parte del investigador, pero ésta es devuelta a los sujetos con el fin de que la validen y determinen su uso, reduciendo así también la distorsión jerárquica entre los de arriba (las élites académicas, políticas, técnicas, etc.) y los de abajo (las bases sociales, la comunidad).

Es cierto en cambio, como comenta José Ángel Bergua, que estas técnicas están también incluidas, como otras técnicas de investigación, en dispositivos de control, pues suelen ser frecuentemente las entidades promotoras las que demandan realizar investigaciones de esta clase. La autonomía de los sujetos en este sentido no es absoluta, pues aún desde esta lógica las élites tutelarán y conducirán el proceso de autoorganización sistémico ensayado desde abajo. Sin embargo, aunque ése sea el contexto, la investigación ensaya un estilo de acción contrario.

Cabe destacar, desde este posicionamiento de la construcción de conocimiento, la importancia que adquiere la propia técnica de investigación como analizador social, porque aquí se revela la verdadera naturaleza del instrumento de análisis. Los procesos de creatividad social en los que se insertan estas técnicas constituyen un analizador. De ahí que con frecuencia para este tipo

de técnicas se utilice la etiqueta de “técnicas de creatividad social”, puesto que persiguen a través de su implementación generar las bases conceptuales y operativas para generar una realidad instituyente a partir de las aportaciones de la población participante. Del resultado de su aplicación para extraer ítems válidos para el análisis no se obtiene la simple yuxtaposición de posiciones singulares o aisladas que mantienen las iniciales categorías (Montañés, 2009), sino que propiciarán la construcción de nuevas categorías. Para ello es necesario la introducción de reflexiones de segundo orden, esto es, que se reflexione sobre lo ya dicho y sobre lo que no se ha dicho, puesto que el mero encuentro y conversación no es condición suficiente sin más para que emerjan propuestas diferentes a las que se enuncian habitualmente (Montañés, 2009)

Tomadas en consideración o implementadas de forma aislada, este conjunto de técnicas no pasarían de constituir pequeñas innovaciones para las estrategias de comunicación grupal o de intervención comunitaria. La utilización de forma aislada o puntual de un DAFO, un sociograma o un flujograma tiene valor en sí mismo, pero desprovisto de su inserción estratégica dentro de un proceso de construcción de conocimiento práxico este tipo de técnicas pierden gran parte de su potencialidad. En cambio, puestas en contexto dentro del marco de una investigación participativa, constituyen una herramienta lógica y potente en el desarrollo de una investigación que asuma como principio la perspectiva dialéctica.

El abanico de técnicas susceptibles de ser utilizadas dentro de una investigación participativa es verdaderamente amplio y diverso. Ni todas las técnicas sirven para el mismo fin, ni producen el mismo tipo de información con su aplicación.

Resulta por lo tanto conveniente tomar en consideración el conjunto de recursos técnicos que se ofrecen en la investigación participativa como una caja de herramientas, y no como un una serie organizada y sistematizada de técnicas de investigación. Pero a pesar de todas las diferencias que podamos identificar entre unas y otras, las técnicas de investigación participativa para la creatividad social comparten una serie de principios o características comunes que otorgan razón a su uso en el marco de una investigación dialéctica. Veamos algunas de estas características:

- a) *Son técnicas abiertas a información no programada.* Precisamente uno de los objetivos que persigue la implementación de este tipo de técnicas es generar un diseño que permita la introducción de información no programa por el investigador. Bajo otras perspectivas investigadoras, uno de los principios elementales en el diseño de los instrumentos de medición es que por parte del investigador queden previstos los inte-

rrogantes, los temas, las cuestiones a tratar que se consideran claves para la comprensión del fenómeno social estudiado. Ello exige en ocasiones, como por ejemplo en el diseño de encuestas, que no solo queden fijadas a priori las cuestiones a capturar, sino también las posibles respuestas que éstas ofrecen en la realidad investigada. En estos casos, cualquier clave explicativa que quede ajena al planteamiento investigador quedará opaca y ausente en el registro de la información. De ello se deriva que los datos recogidos a través de estos diseños metodológicos producirán un registro limitado únicamente al ámbito de interés investigador. Pero ello con frecuencia genera que importantes determinantes explicativos no puedan ser enunciados por la población, dado que se les pregunta únicamente por aquellos temas conceptualizados en los objetivos elaborados por los investigadores o los promotores. Las técnicas de creatividad social persiguen esencialmente lo contrario. El diseño de la técnica en este caso únicamente proporciona una matriz, o diferentes tipos de matriz según las técnicas aplicadas, que permiten la sistematización de la información que la comunidad va enunciando y reflexionando a lo largo de la aplicación de la técnica. En este sentido generalmente el único condicionante que se establece a priori es el espacio o tema de debate, pero a partir de ahí el investigador asume la función esencial de facilitar la reflexividad colectiva en torno a la temática trabajada. Ello posibilita la emergencia en todos los casos de información juzgada de interés por la población en una posición de reflexividad máxima, puesto que no es el investigador el que va inquiriendo en relación a las distintas cuestiones sino que éstas van aflorando en el debate suscitado por los participantes.

- b) *Asumen en su planteamiento una simetría táctica y horizontalidad.* El posicionamiento epistemológico que exige la aplicación de este tipo de técnicas en el marco de una investigación participativa diluye la dicotomía entre sujeto investigador y objetos investigados. La única habilidad diferencial del investigador se traduce en el conocimiento metodológico sobre el uso y aplicación de la técnica, pero una vez puesta en marcha no ejerce un rol directivo, sino de coordinación, rompiendo así la asimetría táctica tanto en lo relativo a la naturaleza de la información tratada como en la posterior manipulación de los datos generados. Pero la premisa de horizontalidad no se limita únicamente a la relación entre investigador y comunidad, sino también a la relación entre los distintos actores y agentes de la propia comunidad, que concurren al espacio habilitado para la aplicación de la técnica en condiciones de igualdad, quedando legitimados todos los sujetos a desarrollar las mismas acciones en el marco de la investigación.

- c) *Funcionan a partir de elecciones de segundo orden.* La lógica imperante de elecciones de primer orden (se solicita respuestas del sujeto entre opciones dadas por el investigador), propias de otros enfoques investigadores, gira en la aplicación de estas técnicas hacia elecciones de segundo orden (capacidad del sujeto para preguntar a la pregunta, o de introducir nuevas preguntas, o de introducir nuevas respuestas). Ello responde precisamente a la orientación de las técnicas de creatividad social hacia la construcción colectiva de realidades instituyentes, lo que supone la generación de distintas alternativas que surgen y se resuelven en el debate comunitario. El objetivo en este sentido no es la agregación de voluntades ante posibles soluciones dadas por un agente externo, sino el consenso en torno a las preguntas que son pertinentes o necesarias para la transformación social. Tal y como revelaba Ibáñez, las conductas pueden ser no únicamente a favor o en contra de lo instituido, quedando capturadas en respuestas (sí/no, bueno/malo) a los estímulos que propone la técnica, sino que también pueden ser instituyentes y formular sus propias preguntas.
- d) *Poseen una vocación estratégica.* Este tipo de técnicas posee una finalidad instrumental cuyo punto fuerte no es la capacidad para describir con exactitud las características propias de los procesos o fenómenos sociales que orientan la investigación. En contrapartida, sí presentan una fuerte orientación hacia la producción de información de carácter estratégico para la transformación de los problemas analizados. La consideración de los ítems analíticos que se generan a través de la aplicación de estas técnicas cobra razón en tanto en cuanto alberguen potencia transformadora, subordinando el resto de componentes propios que inicialmente dotan a un dato de valor (capacidad descriptiva, precisión, etc.). Toda aquella información producida a través de estas técnicas que no incorpora un componente estratégico de acción constituirá información secundaria, que no necesariamente marginal en el proceso investigador.
- e) *Son aplicadas en contextos grupales.* Desde esta perspectiva, tanto la producción de datos como los hallazgos analíticos se producen esencialmente en el marco de la aplicación de la técnica. Este marco, que persigue el debate y la deliberación colectiva, encuentra su máxima expresión cuando las técnicas se implementan en contextos grupales, ya sea con segmentos poblacionales homogéneos o heterogéneos de la comunidad. La reflexividad, que constituye uno de los principios de la investigación participativa, no es posible si las técnicas utilizadas no facilitan un espacio intercomunicativo entre los sujetos. La metodología propia de la asamblea es por lo tanto consustancial a este enfoque

metodológico. Pero, como afirman Ganuza, Olivari, Paño, Buitrago y Lorenzana (2010), aplicar este tipo de técnicas en contextos grupales está lejos de significar simplemente “reunir a la gente y esperar a ver que sale”. La metodología participativa carece de sentido si a la interacción comunicativa pretendida no se le añaden el resto de características que aquí citamos.

- f) *Se hallan vinculadas a procesos de devolución.* Toda la información surgida a partir de la aplicación de las técnicas desde este enfoque es objeto de un proceso de sistematización por parte de los investigadores. Pero los resultados obtenidos no quedan en manos de los expertos, sino que son objeto de un proceso de devolución hacia los propios participantes, en una lógica bidireccional que persigue dos fines. En primer lugar, establecer un recurso de validación de los hallazgos investigadores. Dicho proceso de validación es realizado por la propia comunidad desde el momento en que evalúan la pertinencia y adecuación de los resultados sistematizados en relación con el debate colectivo que los genera. En segundo lugar, los procesos de devolución de información buscan aumentar el grado de implicación de la comunidad en las distintas fases de la investigación, por cuanto se les reconoce el protagonismo tanto en la generación de ítems analíticos sustanciales como en la articulación de posteriores propuestas de transformación social derivados de éstos.

Como es fácil intuir por las características descritas que mantienen en común este tipo de técnicas, el papel del investigador en una investigación que haga uso de éstas es sensiblemente diferente respecto del que se suele asumir en una investigación tradicional. Aquí el investigador asume un rol marcadamente metodológico, pero alejado del papel de experto o analista que representa en otros enfoques. Ya hemos ido comentando en los capítulos introductorios que no es responsabilidad del investigador el análisis de la información construida en el proceso de indagación. Éste se realiza por parte de la propia comunidad, y en coherencia con ello las técnicas deben tener la capacidad de manejar unos códigos apropiables por los sujetos participantes. De hecho, la esencia práctica de una metodología participativa no es otra que “facilitar que las personas compartan el conocimiento que tienen sobre el mundo, con el objetivo de reflexionar sobre posibles alternativas a los problemas que de forma conjunta se hayan identificado previamente” (Ganuza, Olivari, Paño, Buitrago y Lorenzana, 2010). Si el investigador no actúa como experto y tampoco posee una especial relevancia en el análisis de la información registrada, no es de extrañar que la arquitectura de una investigación participativa cause cierta incomodidad en personas que abracen el rol tradicional de

científico social. ¿Cuál es entonces el papel del investigador dentro de un estudio de este tipo? Pues bien, lejos de ser prescindible, su rol resulta fundamental en este tipo de abordajes de construcción de conocimiento.

En primer lugar, y quizás siendo el rol fundamental que se ha de asumir, el investigador dentro de la investigación participativa es esencialmente un facilitador. Dado que esta perspectiva reconoce autonomía cognitiva y práctica al objeto para producir información y actuar a partir de ella, el investigador se convierte en un facilitador, o en todo caso un sistematizador de la información que se va gestando, desestimando en la práctica como ya hemos ido insistiendo la dicotomía sujeto investigador/objeto investigado. Pero no es la única función a desarrollar. Se ha de actuar estimulando el cambio a través de la reflexión colectiva. La intervención del investigador en el desarrollo de las técnicas no busca tanto cuidar los modos y contextos del debate colectivo (que también), sino sobre todo reintroducir en los grupos de trabajo expresiones emergentes que tengan la capacidad de funcionar como analizadores. En este sentido se muestra muy efectivo la introducción de preguntas problematizadoras para las expresiones que los sujetos utilizan. ¿Por qué?, ¿Quién?, ¿Cómo?, ¿Para qué? Todas ellas son preguntas que incitan a la apertura de discursos y a la detección en el debate de elementos con potencialidad transformadora. Por lo tanto no será misión del investigador intervenir con su conocimiento experto o con su acervo analítico, sino más bien ir captando y reintroduciendo expresiones o aportaciones de los propios participantes con el fin de cuestionar lo dicho, de manera que se alcance el mayor grado posible de reflexividad. La cuestión central será por lo tanto vigilar el proceso metodológico más que los resultados que de éste se deriven.

Si la misión del investigador bascula en torno al control metodológico de las técnicas, parece pertinente por lo tanto que en este texto nos centremos esencialmente en la naturaleza, objetivos y procedimientos que permiten desplegar el saber hacer sobre ellas. Técnicas de investigación participativa para la creatividad social existen como ya hemos dicho decenas. Dado que los campos de actuación sobre los que potencialmente puede actuar una investigación participativa son muy numerosos, la comunidad investigadora, alimentada por la experiencia de la intervención sobre el terreno, ha ido ideando un elenco cada vez mayor de recursos técnicos para afrontar la diversidad de situaciones a los que se enfrenta un estudio de este tipo, adaptándolos en muchos casos a la naturaleza de los objetivos perseguidos en cada proceso. Sería imposible conceptualizar todas estas técnicas en el presente texto, y nuestra intención será apuntar aquellas que se utilizan con más frecuencia en el marco de una investigación participativa. Pero creemos conveniente recordar aquí la idea de las técnicas están y deben subordinarse al proceso de construc-

ción de conocimiento y transformación social que incorpora la investigación. Ello se traduce en la necesidad (incluso la conveniencia), en muchos contextos, de variar algunos parámetros propios de las técnicas, que deben adaptarse y particularizarse a las características concretas del contexto social en las que se aplican, a la población que participa en ellas, al objetivo específico que trae a escena la aplicación de la técnica, o simplemente a los recursos y tiempos disponibles para la investigación. Estas modificaciones, lejos de constituir una debilidad, por cuanto podría pensarse que la variación del procedimiento en la aplicación de una técnica reduce su fiabilidad, muy al contrario son vistas desde este enfoque de investigación como una potencialidad por la capacidad de adaptación de los instrumentos de construcción de conocimiento que utilizamos en los diferentes contextos en estudio.

Parece lógico, si hemos dedicado unas cuantas páginas a describir cómo es la arquitectura y los momentos de una investigación participativa, que la introducción de las técnicas las adscribamos en las diferentes fases del proceso investigador. Y aquí nos encontramos también ante cierta ductibilidad en las decisiones a tomar. La adecuación de una técnica a un momento determinado del camino que recorre una investigación participativa, supone más una elección por consenso o por lo que recomienda la experiencia en la mayoría de ocasiones que por la propia naturaleza de la técnica. Aquí expresaremos una propuesta operativa, pero no será extraño que el lector encuentre en otros textos presentaciones de las técnicas que aquí consignamos en fases diferentes de la investigación, o incluso fuera del estricto ámbito investigador (Ganuzo, Olivari, Paño, Buitrago y Lorenzana, 2010). Como ya hemos comentado anteriormente, la investigación participativa constituye un posicionamiento metodológico adaptado a la realidad sobre la que se quiere profundizar, no una receta pautada y rígida de acciones investigadoras. Los momentos de construcción de conocimiento sobre los que operamos se presentarán en muchas ocasiones encabalgados, podremos distinguir secuencias de actuaciones, pero no se configura como un esquema fásico inamovible. Las técnicas participativas de creatividad social son, en ese sentido, contextuales. Ello se explica, entre otras razones, por el hecho de que cuando comienza un proceso investigador de este tipo no se parte de un punto de partida absoluto en el estudio de la realidad. La realidad tienen su propia dinámica, como no podía ser de otra forma. Y en el momento en que una investigación participativa decide incidir sobre ella lo hace sobre procesos y redes en marcha, por lo que en unas ocasiones habrá que comenzar por un aspecto de la investigación, que bien podría etiquetarse como un punto de partida, pero en otras se hará sobre un problema cuya dinámica puede exigir variar la secuencia investigadora planeada sobre el papel. Siendo esto un condicionante, no nos debe impedir en ningún modo pensar el proceso investigador de acuerdo con el hilo conductor que hemos uti-

lizado para exponer las distintas fases de una investigación participativa, esto es: negociación de la demanda y construcción participada del proyecto, auto-diagnóstico, y programación de acciones.

Cabe anticipar también que cuando manejamos en el contexto de este enfoque analítico el término “técnicas”, lo hacemos haciendo alusión únicamente a su concepción como dispositivo o herramienta que facilita la construcción de conocimiento de forma participativa. Si adoptáramos una visión estricta en términos metodológicos, sería posible encontrar en las próximas páginas que dichas herramientas en unas ocasiones adoptarán de forma indistinta la forma de técnicas y en otras de métodos, por cuanto algunos de los recursos abordados incluyen en su propio desarrollo la utilización de diferentes instrumentos de investigación, o bien porque según el momento que nos encontremos de la investigación utilizaremos diversos métodos que cristalizarán en técnicas concretas.

De acuerdo con estos parámetros y con las matizaciones establecidas, la tipología que une a las principales técnicas de investigación participativa para la creatividad social y las distintas fases de la investigación queda representada en la figura 6.1.

Figura 6.1. Principales técnicas de investigación participativa para la creatividad social y fases de la investigación

FASE	TÉCNICAS
Negociación de la demanda y construcción participada del proyecto	Grupo focal Sociograma Mapa cognitivo Observación participante
Autodiagnóstico	Entrevistas y grupos de discusión Técnicas biográficas Photovoice DAFO Encuesta participativa Encuesta deliberativa Jurado ciudadano
Programación e implementación de acciones	Árbol de problemas y soluciones Flujograma situacional Taller de futuro EASW

El esquema básico de presentación y exposición de cada una de las técnicas persigue una vocación eminentemente práctica, a fin de poner a disposición del lector nociones básicas que permitan su utilización dentro de una investigación participativa. Así, para cada una de ellas intentaremos detallar cuáles son los principales objetivos que motivan su uso y cómo se pueden llevar a cabo en el curso de proceso investigador.

6.1. TÉCNICAS PARA LA NEGOCIACIÓN INICIAL DE OBJETIVOS Y CONSTRUCCIÓN PARTICIPADA DEL PROYECTO

La primera fase de una investigación participativa, como hemos ido comentando, persigue varios fines, pero esencialmente debe alcanzar como principal producto la articulación de los objetivos a alcanzar en el proceso entre los diferentes actores implicados. Dichos objetivos conviene que cristalicen en demandas consensuadas y lo más concretas posibles a fin de orientar las acciones dentro de la investigación. A su vez, esta primera fase también se marca como meta ser capaces de desvelar el contexto social en el que se desarrollará el proceso investigador, entendiendo, eso sí, la contextualización como un punto de partida y no de llegada. Por ello la propuesta operativa de técnicas para la fase inicial comprende la aplicación de tres técnicas que vienen a cubrir tres dimensiones esenciales en un planteamiento investigador de este tipo. Así, los grupos focales deben permitir cubrir la dimensión conceptual del proyecto, dando como fruto el conjunto de temas/problemas que configurarían los objetivos a transformar a lo largo de la investigación. El sociograma por su parte aporta la visión relacional, necesaria por cuanto debemos conocer cómo es la red social y los vínculos entre los distintos segmentos y colectivos de la población, con el objeto de identificar desde el principio distintos conjuntos de acción o conflictos en dicha red de relaciones. Por último, los mapas cognitivos incorporan la dimensión socioterritorial del proyecto, que debe considerar los vínculos que los grupos sociales establecen con el territorio, puesto que éste último constituye el sustrato sobre el que se desplegarán las actuaciones de la investigación.

Además de ellos, en esta fase se cita el recurso de la observación participante como un elemento esencial que contribuye a dar sentido y validez a la información construida a partir del resto de técnicas, aunque en realidad este recurso constituye un instrumento que debe estar activo a lo largo de todas las fases de la investigación, y no solo en el momento inicial.

6.1.1. *El grupo focal (Focus Group)*

El grupo focal, conocido en inglés con el término Focus Group, fue conceptualizado operativamente por Robert Merton y desde los años ochenta del

siglo XX constituye una técnica muy utilizada en el campo de las ciencias sociales. Su principal objetivo es el acercamiento colectivo a la conceptualización de los condicionantes presentes en una comunidad, a partir de dinámicas conversacionales en las que se organiza progresivamente la información hasta alcanzar acuerdos consensuados sobre los aspectos críticos que afectan a la población. El uso de grupos focales supone una opción válida para establecer la dimensión conceptual en la configuración de un proyecto de investigación participativa.

En términos operativos, el grupo focal constituye una dinámica grupal en la que un conjunto de personas (entre seis y doce normalmente) debaten sobre una política o intervención social que les afecta. El principal objetivo en un grupo focal es obtener información de los participantes sobre sus opiniones, percepciones, actitudes, experiencias e incluso sus expectativas con respecto a la materia sometida a debate. Supone por lo tanto un recurso rápido de construcción de información, que podemos definir como una combinación entre una entrevista focal y un grupo de discusión.

Su uso es muy frecuente en las etapas de exploración inicial de cuestiones para generar ideas creativas en la acción institucional. También se utiliza a menudo para estudios de análisis de impacto de decisiones públicas.

La fase preparatoria para la realización de un conjunto de grupos focales está determinada por el objetivo a perseguir por parte de los organizadores. Existen dos opciones básicas para el trabajo en grupo. Si el objetivo a conseguir es la profundización en la información sobre la materia a tratar, es preferible diseñar grupos homogéneos internamente. La homogeneidad puede responder a criterios sociodemográficos (edad, sexo, ingresos, ocupación, etc.) o bien a criterios de posición en la estructura del ámbito estudiado (profesionales, representantes públicos, organizaciones, base social, etc.). Un ejemplo de ello podría ser un grupo focal llevado a cabo por padres y madres para establecer los principales problemas presentes en la educación de sus hijos en un centro escolar. Por el contrario, si lo que se pretende es la confrontación de opiniones e ideas, es aconsejable diseñar grupos capaces de presentar heterogeneidad interna, bien sea a partir de la condición sociodemográfica de los sujetos o por la posición en la estructura del espacio conceptual sobre el que se plantea la dinámica grupal. Un ejemplo de esta última opción sería la celebración de un grupo focal con segmentos de población de distintas edades para debatir en torno a los usos que podrían establecerse en un espacio de propiedad pública dentro de un municipio.

Dentro de la lógica participativa en cualquier caso, la elección del tema o propósito de los grupos focales conviene decidirla previamente de manera colectiva entre representantes de los agentes implicados en el problema. Esta

labor previa de búsqueda de consensos contribuirá a revelar los diferentes intereses iniciales de los actores presentes en el momento del diagnóstico en torno al tema estudiado. Además, ayudará a documentar debidamente los guiones que utilizarán los moderadores en las sesiones de los focus groups.

En la selección de los participantes de los grupos, al margen de tener en cuenta los criterios de composición interna ya mencionados, es conveniente cumplir una serie de requisitos a fin de maximizar la construcción de la información en la dinámica grupal. La persona encargada de la moderación no debe conocer previamente a los participantes. Éstos tampoco se deben conocer entre sí. El lugar elegido para la celebración de los focus groups debe ser un espacio que resulte familiar a los participantes, en el que se sientan cómodos y seguros.

La duración habitual de los focus groups se sitúa entre cuarenta y cinco y noventa minutos, pero puede ser necesario en ocasiones dividirlo en varias sesiones si el debate lo exige. Es muy recomendable llevar a cabo un registro de las sesiones, bien sea soportes audiovisuales (ello permite recoger información de carácter no verbal además de las intervenciones) o bien a través de notas tomadas por el investigador, en el caso de que el grupo manifieste algún inconveniente a que el debate sea grabado. Al comienzo, la persona responsable de la moderación debe asegurarse que se lleva a cabo una presentación por parte de los participantes. Dependiendo del tema tratado, en ocasiones es conveniente diseñar una ficha previa en la cual los participantes puedan sistematizar sus ideas iniciales con el fin de que el debate se oriente hacia ellas. Una vez establecido el debate, éste se inicia con preguntas amplias y sencillas para las que sea relativamente fácil alcanzar consensos, y a partir de ahí se profundiza en cuestiones más concretas. En el transcurso del debate, la persona que actúa en la moderación puede utilizar soportes (pizarras, rotafolios, proyectores, etc.) para ir ilustrando las ideas expresadas, aunque es preferible que sean los propios participantes los encargados de estas anotaciones. El objetivo del moderador a lo largo del debate es incitar a generar el máximo número de diferentes ideas posibles, permaneciendo en todo momento neutral ante las opiniones expresadas. Queda claro en este sentido que el grupo focal no constituye un grupo de terapia, ni una sesión para resolver conflictos, ni un debate generalista. La discusión debe fluir abierta, pero en términos ideales las aportaciones de los participantes deben estimular la emergencia de problemas compartidos entre todos, lo que supone el objetivo final de la técnica, así como comenzar a transformar las opiniones iniciales de éstos.

Una vez desarrollado el debate, éste finaliza realizándose una síntesis de las aportaciones y revisando si son correctas o si se ha omitido algún contenido.

Las aportaciones son recogidas por parte de los responsables de los grupos focales y sistematizadas por categorías en un análisis transversal por temas, atendiendo a aquellos que han registrado una mayor presencia en el debate. Con la documentación resultante es posible convocar de nuevo a los participantes de los diferentes grupos, pero esta vez en una sesión conjunta a fin de contrastar la información, establecer un debate ampliado, e identificar las principales ideas fuerza, es decir, aquellas aportaciones sobre las que exista consenso capaces de generar acción social.

Figura 6.2. Esquema general de acciones en el planteamiento de grupos focales

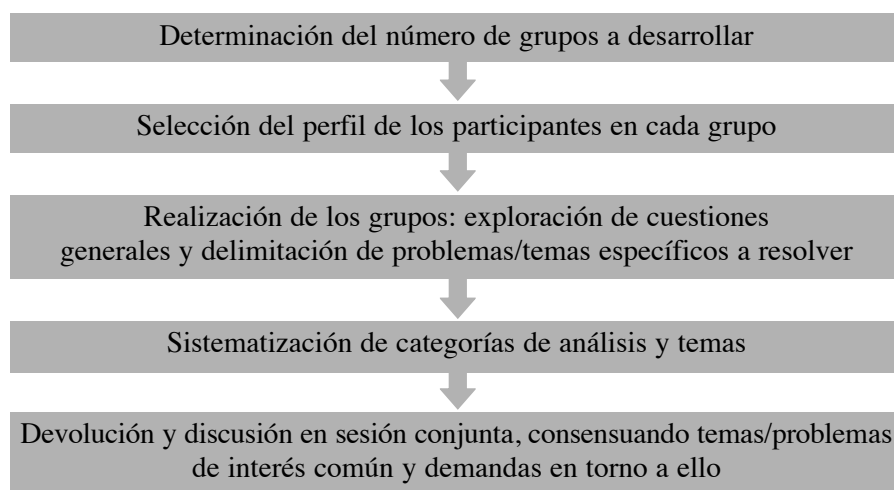


Figura 6.3. Ejemplo de diseño de grupos focales

Orden	Perfil de los participantes	Criterios de participación	Composición interna
1º	Representantes políticos	2 miembros de cada grupo político con representación	Heterogénea
2º	Empresarios/as	Personas empresarias con más de 5 años de experiencia empresarial	Homogénea
3º	Asociaciones de personas adultas	Miembros de juntas directivas de colectivos adultos	Homogénea
4º	Asociaciones de jóvenes	Personas entre 15 y 30 años pertenecientes a asociaciones juveniles	Homogénea

Figura 6.4. Ejemplo de categorías de análisis y temas consensuados en los grupos focales

Categorías de análisis	Temas
Empleo	Dificultad de inserción laboral de los jóvenes Amplio porcentaje de empleo sin contrato Condiciones temporales del empleo
Actividad económica	Concentración de la actividad económica en pocos sectores Temporalidad de la actividad económica Abandono de sectores tradicionales Falta de cultura empresarial
Ordenación del territorio	Existencia de industrias dentro del núcleo urbano Problemas de tránsito provocados por los vehículos industriales Escasez y falta de frecuencia en el transporte público Falta de planificación urbanística para la actividad económica
Política fiscal	Excesivos impuestos a la actividad económica Dificultades administrativas para iniciativas empresariales

Fuente: PREPARACCION (2008) Diagnóstico estratégico participativo de la actividad económica en el Municipio de Novelda

6.1.2. *El sociograma*

El sociograma o mapa de relaciones sociales permite incorporar el componente relacional en la definición participada del proyecto para una investigación participativa. Cuando se inicia una investigación en la que el equipo investigador habitualmente es ajeno o externo a la comunidad con la que se trabaja, conviene en extremo conocer cómo se configuran las redes de relaciones sociales en el territorio.

La premisa de partida de esta técnica radica en el hecho de que nuestros comportamientos como soportes de relaciones sociales dependen en gran medida de cómo funcionan las redes en las que nos encontramos en cada caso (Rodríguez Villasante, 2002), y la producción y reproducción (y en ocasiones la des-producción) social dentro de las redes de actividad constituyen un aspecto clave para conocer los comportamientos de una comunidad. El sociograma aborda un tipo de análisis en el que las tipologías taxonómicas y categoriales quedan aparcadas para centrar el esfuerzo investigador en la identificación de las relaciones que se establecen entre los sujetos, y entre las redes de sujetos. Cualquier actor participa en un sistema social plagado de interacciones (con mayor o menor continuidad en el tiempo, cíclicas, programadas

o espontáneas) que se desarrollan en distintos planos o niveles (con distinta capacidad de expresión y de influencia) generando puntos de referencia positivos o negativos, a seguir, imitar o de los que desmarcarse o evitar. En consecuencia, la naturaleza y cualidad de esas relaciones entre los actores afectan a las percepciones, creencias, actitudes y acciones (comportamientos) en todas las direcciones y en todos ellos. Los procesos sociales y el comportamiento social pueden ser explicados en relación a la red de relaciones que determinan los vínculos entre los actores. Por lo tanto, hay que incluir en el análisis conceptos e información acerca de las relaciones que se producen entre esas unidades.

Para Pedro Martín (1999), el sociograma “tiene por misión representar gráficamente las relaciones de distinto tipo, que están presentes en un momento determinado, entre un conjunto de actores. Aquí el sociograma (lo instituyente) se enfrenta al organigrama (lo instituido, lo cristalizado) de manera que aporta a la investigación una perspectiva de lo que está pasando en el momento presente y por dónde deciden los implicados que han de desarrollarse las propuestas de actuación”. Mientras que el organigrama, como comenta Alberich (2008), “nos representa sólo relaciones de poder jerarquizadas, el sociograma o mapa social nos permitirá ver las relaciones en la red social, en una malla más completa, compleja y próxima a la realidad”. En ese sentido el hecho de que los sujetos elaboren mapas de redes, que representan en realidad mapas de acción, tiene como objetivo descubrir los efectos de las distintas pautas relacionales en el conjunto de acciones, empezando el análisis no por un conjunto de categorías sino de interacciones que derivan en mapeos y tipologías relacionales.

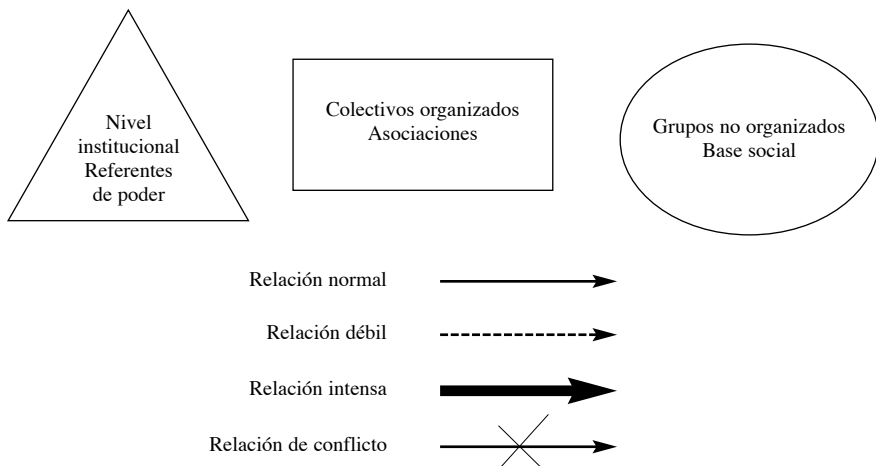
Operativamente el sociograma permite, a través de registros gráficos producidos por los diferentes colectivos, obtener una imagen relacional de las distintas redes sociales presentes en la comunidad, de manera que queden identificados los actores relevantes, los espacios relacionados (o no relacionados), los núcleos cohesionados, y los nudos críticos que a la postre constituyen problemas centrales en las formas de convivencia. Lo ideal es que en el sociograma, como comenta Montañés (2009) “el mapa confeccionado en las redes nos ha de permitir desarrollar el proceso y el proceso nos ha de permitir modificar el mapa”, porque las redes, los vínculos y los conjuntos de acción que articulan, lejos de ser estáticos, suponen un engranaje extremadamente dinámico.

En la práctica, los sociogramas se construyen por parte de los participantes en un soporte gráfico (valdría una hoja, una cartulina, una pizarra, etc.), y podemos comenzar situando en el centro el grupo de pertenencia de los asistentes, para a partir de ahí ir situando el resto de la información disponible.

Entre las reglas del juego ha de indicarse la conveniencia de triangular las relaciones a través de tres niveles: el nivel institucional (entidades públicas o privadas, que constituyen referentes de poder), el nivel de los colectivos sociales (grupos sociales organizados formalmente) y la base social (los grupos de población no organizados formalmente). Una sugerencia en este punto es la representación de estos tres niveles a través de formas geométricas (ej: triángulos para el nivel institucional, rectángulos para el asociativo, círculos para la base social...), situándolos en el papel de forma piramidal (en la parte superior las instituciones, en el centro los colectivos y en la parte inferior la base social).

Otra de las recomendaciones que puede aportar resultados interesantes para la técnica es la caracterización de las relaciones. Si solamente representamos a los actores podremos cuantificar la densidad de la red pero no podremos cualificar cómo son esas relaciones. Conviene pues adjetivar cómo son las relaciones entre los distintos actores no solo involucrados sino además potencialmente afectados por el problema tratado en la investigación participativa en curso.

Figura 6.5. Representación de niveles de actores y caracterización de relaciones en un sociograma



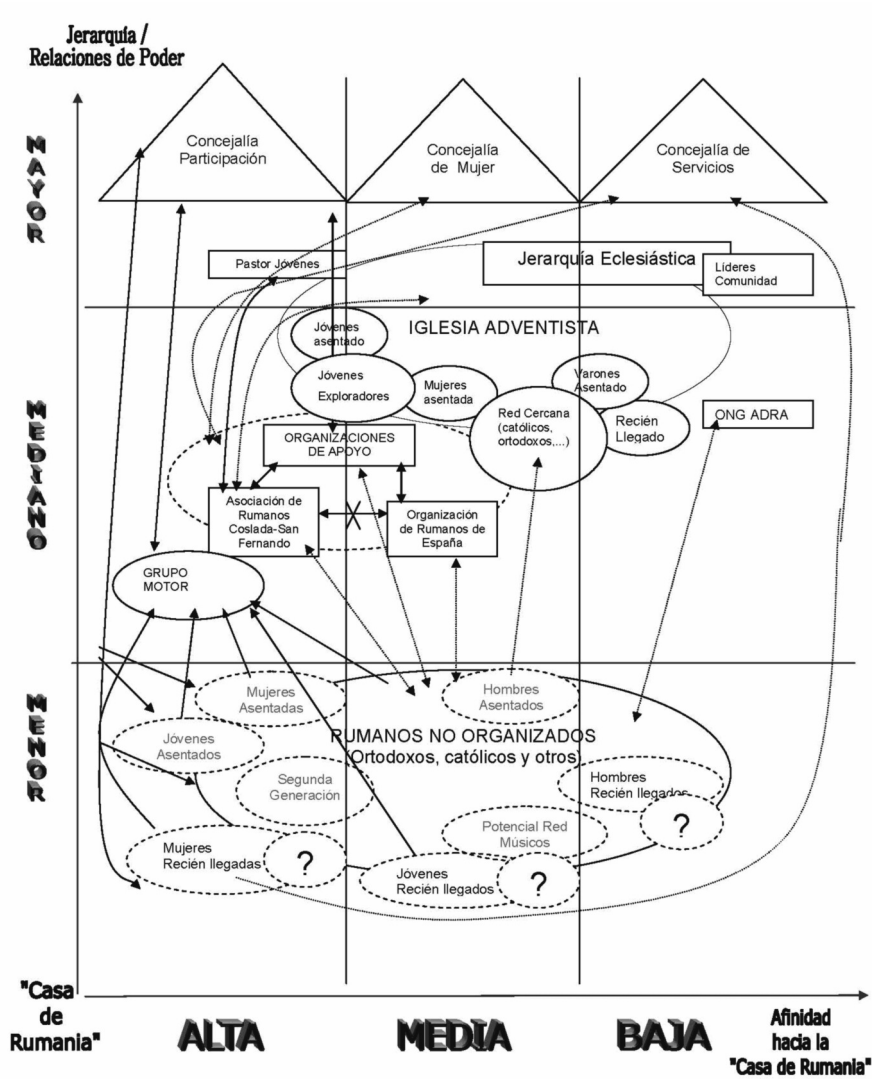
El análisis de redes una vez confeccionado el sociograma articulará dos perspectivas de forma complementaria. En primer lugar el análisis interactivo, donde se señalarán las relaciones, tanto directas como indirectas, entre los actores, las cualidades de dichas relaciones, la intensidad, fortaleza, los conflictos,

qué tipo de relaciones se mantienen (económicas, de intercambio, de solidaridad, clientelares, etc.). Y en segundo lugar el análisis posicional, en el se analizan las formas que adquieren los diferentes conjuntos de actores.

Algunos de los elementos que para Martín (2001) conviene tener en cuenta en el análisis de un sociograma son:

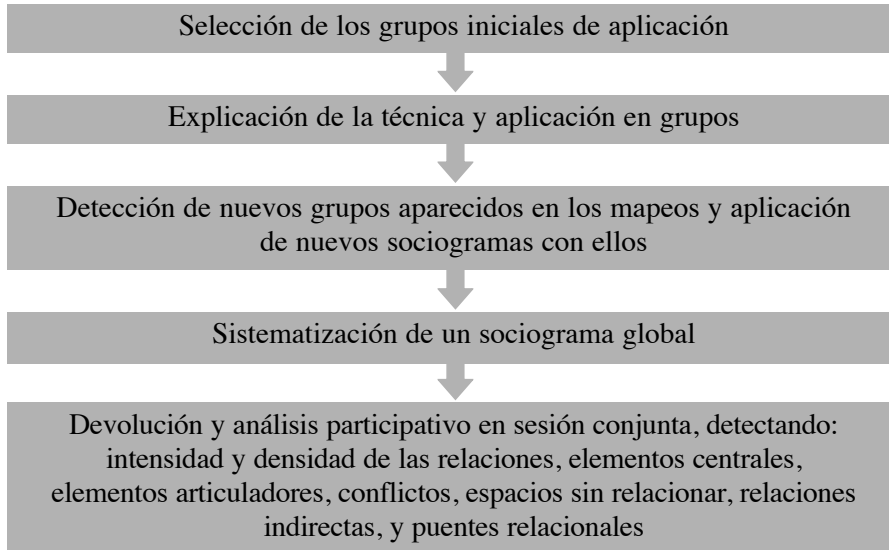
- La intensidad de las relaciones: qué interacciones son dominantes en cada espacio, si las débiles o las fuertes; y esto en una doble dirección, tanto en horizontal como en vertical, entre pares y entre estratos
- La densidad de las relaciones: en un mapa suelen aparecer, como mínimo, un par de zonas diferenciadas y densamente trabadas internamente. Estas zonas de alta densidad han de ser objeto de especial atención, tanto en sus características internas como en la relación que mantienen entre ellas.
- Observación de los elementos centrales: son los que mantienen relación con numerosos actores y el contacto entre éstos se mantiene a través del elemento central; sirve como aglutinador de un espacio densamente relacionado
- Observación de los elementos articuladores: es decir, aquellos que, sin ser necesariamente centrales, sin embargo ocupan una posición estratégica (por su actividad, prestigio, por la coyuntura...) como para unir varios conjuntos o rearticular la red.
- Los conflictos o rupturas de la red: fijándonos dónde se producen interferencias en la relación entre grupos o entre éstos y la base social y el carácter de estos conflictos.
- Los espacios sin relacionar: es decir, aquellos lugares que hipotéticamente habrían de estar relacionados o en los que el establecimiento de relaciones facilitaría una posible actuación comunitaria, y en los que sin embargo no se da ningún contacto entre actores.
- Las relaciones indirectas: que en un momento determinado puedan aclararnos un flujo de contactos entre actores no ligados directamente
- Observación de los puentes: esto tiene que ver con el análisis de las "relaciones débiles". A pesar de lo remoto de las relaciones entre dos actores, no por ello carecen de significado a la hora de ser analizadas. Si estas relaciones débiles unen dos sectores que de otra manera estarían desconectados, los elementos que mantienen este tipo de vínculo reciben el nombre de puentes locales y son de gran importancia.

Figura 6.6. Ejemplo de sociograma



Fuente: Buitrago, L. et al (2006) "Las redes sociales rumanas en Coslada: un espacio de encuentro intercultural", *REDES-Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 11(5)

Figura 6.7. Esquema general de acciones en el planteamiento de sociogramas



6.1.3. *El mapa cognitivo*

Según Hall el espacio, el territorio, no puede limitarse a ser considerado como el mero soporte físico de la interacción entre los sujetos. Existen multitud de factores que condicionan nuestra visión, concepción y uso del espacio, desde elementos cristalizados vinculados a la actividad económica o a la seguridad, hasta factores subjetivos de carácter cultural o afectivo que organizan nuestro uso del espacio de un modo u otro.

Los mapas cognitivos o mapas parlantes nos permiten el acercamiento a la dimensión espacial y territorial de los procesos participativos. El espacio de la ciudad no es neutral para los sujetos que lo habitan. Existen espacios que frecuentamos, espacios que evitamos, espacios que conocemos, espacios que no conocemos de nuestro entorno urbano, etc. En este sentido los mapas cognitivos constituyen representaciones internas del territorio y de sus propiedades espaciales, que los sujetos o los grupos almacenan en la memoria y que influyen en su forma de utilizar el espacio de forma colectiva.

El territorio, cuando se concibe a través de los filtros personales y culturales de los sujetos, deja de ser un espacio objetivo y se convierte en un proceso de construcción mental, de forma que la realidad física de la ciudad es concebida de una manera muy distinta para cada persona. El mapa cognitivo deja por tanto de ser un “duplicado” del plano callejero para convertirse en una

guía mental del espacio que nos rodea. El entorno vivencial no se constituye como un todo, una unidad con el sujeto que se relaciona y se posiciona en términos absolutos, sino que es concebido como un conjunto de espacios fragmentados con los que desarrolla vínculos cognitivos y afectivos. Ahí radica la importancia de conocer los mapas cognitivos, porque los sujetos realizan un trabajo simbólico importante sobre los espacios, infiriéndoles significados que determinan su relación con los distintos lugares de la ciudad.

La técnica del mapa cognitivo nos va a permitir en definitiva conocer cómo utilizan el espacio los distintos colectivos de la comunidad: dónde realizan sus actividades, qué equipamientos públicos conocen, que espacios comparten con otros grupos, o qué itinerarios desarrollan dentro del espacio. Conocer toda esta información va a ser muy recomendable para la programación de acciones, a fin de conectar los contenidos de las actividades con los lugares en que se tienen que llevar a cabo. Nos ayuda a contextualizar (en un pequeño acercamiento) la situación socioespacial, especialmente en relación con equipamientos de consumo colectivo, la satisfacción o insatisfacción de necesidades individuales y/o grupales, y muchos otros aspectos valorativos, simbólicos y expresos.

En términos operativos, para la elaboración de mapas cognitivos habitualmente se utilizan dos estrategias alternativas:

- A partir de un plano del territorio: se trata de una opción que es recomendable si el grupo o colectivo que debe realizarlo desarrolla su actividad en un nivel de ciudad, es decir, abarcando cualquier ámbito del espacio urbano. Nos va a proporcionar esencialmente información sobre itinerarios (rutas) y conocimiento de equipamientos.
- A partir de un papel en blanco: esta opción es recomendable para grupos y colectivos que no desarrollan su actividad en todo el espacio urbano de la ciudad. No se trata tanto de obtener información acerca del conocimiento que los grupos tienen del entorno urbano como de su percepción subjetiva del espacio: lugares donde desarrollan su actividad, relaciones que establecen en esos lugares, vínculos subjetivos con los espacios, etc.

Una vez confeccionados los mapas cognitivos con los diferentes grupos participantes, el análisis se realizará principalmente a partir de la información comparada de los distintos mapas generados en el trabajo de campo.

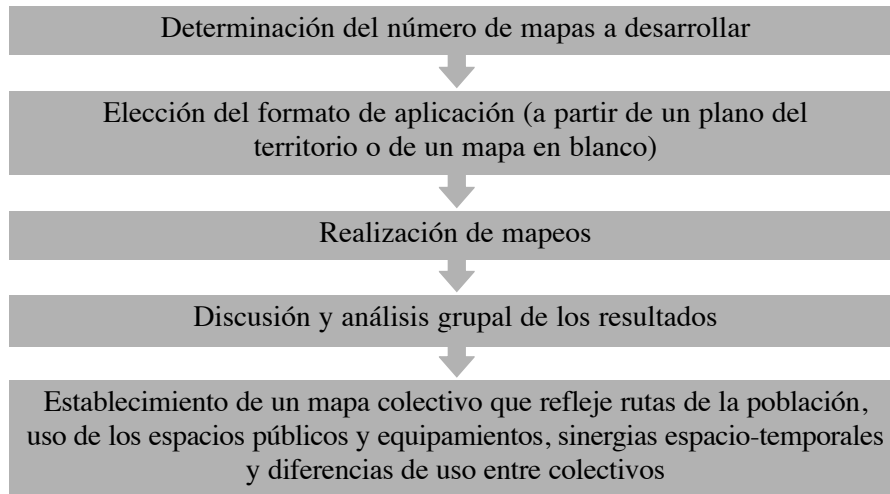
Al margen de otros contenidos, los mapas cognitivos contribuirán a analizar:

- Recorridos urbanos (rutas): Se trata de conocer cuáles son los itinerarios, los recorridos que realizan los sujetos dentro de la ciudad. Esta información tiene especial utilidad para optimizar los procesos de difusión, publicidad, o propaganda de las acciones emprendidas por la investigación.

- **Espacios públicos infrautilizados:** A partir del análisis comparado de los equipamientos reflejados como utilizados en los mapas cognitivos con el mapa real de equipamientos del territorio, podemos identificar cuáles son los espacios públicos idóneos para ubicar actividades vinculadas con la investigación o qué equipamientos quedan infrautilizados o son desconocidos por la población. Para estos espacios se deberán diseñar estrategias que faciliten su explotación o una reorganización de su funcionamiento, con el fin de incorporarlos como un activo adicional en la oferta de posibilidades de la comunidad.
- **Sinergias espacio-temporales:** Es importante conocer cuáles son los tiempos en los que los colectivos o los sujetos hacen uso de los espacios, cuáles son las sinergias espacio-temporales. En otras palabras, conocer en qué momento la comunidad hace uso de un espacio determinado con el fin de tener esta información en cuenta para programar las acciones cuando existan mayores posibilidades de presencia o asistencia de población.
- **Diferencias de uso del espacio entre grupos:** Analizar qué segmentos poblacionales utilizan los distintos espacios de la ciudad ayudará en gran medida para el diseño de actividades, con el fin de elegir el espacio adecuado en función del tipo de colectivos a los que vaya dirigida la programación. De la misma forma nos facilitará el reconocimiento de sinergias poblacionales, es decir, de espacios que son compartidos por diferentes grupos o colectivos.

Ligada a la técnica del mapa cognitivo, en investigación participativa con frecuencia se utiliza una variante de éste denominada “transectos”. Los transectos o derivas ayudan a tomar contacto con segmentos de la población que inicialmente no se han implicado en el proyecto investigador, pero que pueden interesarse en el proceso participativo. Estas técnicas, que se han usado habitualmente como un recurso de información común en el llamado Diagnóstico Rural Participativo (DRP), permiten recoger los primeros sentimientos que tiene la gente sobre el territorio que habita y el problema a tratar. Operativamente los transectos constituyen representaciones gráficas de la ruta de un recorrido de reconocimiento de campo, que suele realizar el equipo investigador junto con los habitantes del territorio implicados en la investigación. Podríamos encuadrar esta técnica dentro del conjunto de recursos de la observación participante, por cuanto a lo largo del recorrido el grupo va realizando paradas allí donde los participantes, que actúan como informantes clave, identifican lugares con una riqueza especial de información (hitos históricos, lugares conflictivos, espacios de encuentro, etc.). En dichas paradas además se entablan conversaciones con la población a fin de recoger experiencias, recuerdos o demandas cuyo contenido nutre la elaboración participada de la

Figura 6.9. Esquema general de acciones en el planteamiento de mapas cognitivos



6.1.4. La observación participante

La observación es un recurso que utilizamos constantemente en nuestra vida cotidiana para adquirir conocimientos. Continuamente observamos, pero rara vez lo hacemos metódica y premeditadamente. Como afirma Ander-Egg, la observación es el procedimiento empírico por excelencia. Todo conocimiento científico proviene de la observación, ya sea directa o indirecta. Podemos decir que la observación en ciencias sociales es un procedimiento de recopilación de datos e información consistente en utilizar los sentidos para observar hechos y realidades presentes, así como a los actores sociales en el contexto real (físico, social, cultural, laboral, etc.) en los contextos en los que desarrollan normalmente sus actividades. Mediante la observación se intentan captar aquellos aspectos que son más significativos de cara al problema a investigar para recopilar los datos que se estiman significativos.

La observación participante, conocida también como interna o activa, es aquella en la que el investigador se involucra con un grupo o colectivo de personas y participa con ellas en su forma de vida y en sus actividades cotidianas con mayor o menor grado de implicación. Su finalidad genérica es obtener información sobre la cultura de ese grupo o población y, en lo concreto, pretende descubrir las pautas de conducta y comportamiento (formas de relación e interacción, actividades, modos de organización, etc.). Permite captar no sólo los fenómenos objetivos y manifiestos, sino también el sentido subjetivo de muchos comportamientos sociales del grupo o actor social con el que se trabaja.

En el marco de una investigación participativa, de hecho, la observación participante no solo es recomendable, sino ineludible. Desde el momento en que el equipo investigador interactúa con la comunidad, convoca o asiste a reuniones y eventos en el territorio, o simplemente conversa informalmente con los sujetos, se están realizando acciones de observación participante, sea esta sistemática o no. En realidad, como afirman Basagoiti, Bru y Lorenzana (2001) “Más que una técnica sistematizada se trata de una actitud que está presente a lo largo de todo el proceso de investigación”.

En la práctica podemos distinguir dos formas de investigación participante. Por un lado observación participante de participación natural, que acontecería cuando los propios investigadores pertenecen al mismo grupo social que se investiga (este es por ejemplo el tipo de observación que realizan los miembros del GIAP a lo largo de la investigación). Por otro lado, puede llevarse a cabo observación participante de participación artificial, que acontece cuando el investigador se integra e interactúa con el grupo estudiado con el objeto de realizar la investigación (es el caso normalmente de los equipos profesionales en una investigación participativa).

Dentro de este tipo de observación es muy importante la interacción entre el observador y el grupo observado. Algunos aspectos a tener muy en cuenta son los siguientes:

- Tener dominio y conocimiento de las situaciones que vivencia la comunidad con la que se trabaja.
- Disponer de capacidad de improvisación y adaptación a los ritmos y tiempos de la población.
- Tener en cuenta los aspectos intraculturales del grupo.
- Negociar el propio rol con el grupo.
- Establecer el grado de participación e implicación.
- Localizar informantes clave que orienten en torno a los acontecimientos, tiempos y lugares que observar

El registro de la información es fundamental en la aplicación de técnicas de observación participante. De hecho este registro complementa, junto con la información recabada a través del resto de técnicas aplicables en esta fase de la investigación participativa, de manera muy enriquecedora, la visión general de la realidad social que estamos conociendo. Habitualmente este registro se realiza a través de tres soportes:

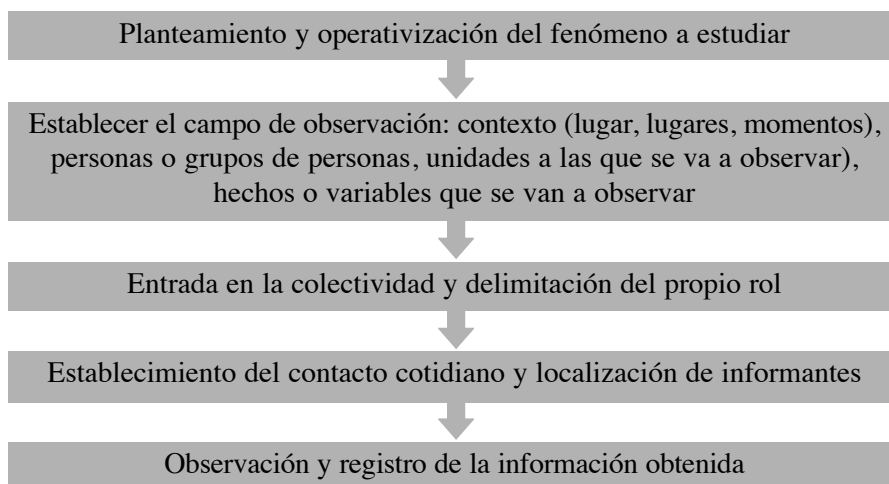
- *El diario de campo*. Es el relato escrito cotidianamente de las experiencias vividas y los hechos observados. Suele ser redactado al final de una jornada o al finalizar una actividad considerada como importante en el trabajo de campo. De él se extrae la mayor parte de la información para

organizar el análisis en las categorías establecidas en la fase del planteamiento de la investigación.

- *El cuaderno de notas.* Es la libreta que el observador lleva siempre encima con el objeto de anotar sobre el terreno todas las informaciones, datos, expresiones, opiniones, etc. que pueden ser de interés para la investigación. Estas anotaciones se incorporan con posterioridad de manera organizada al diario de campo. Por lo general, existen tres tipos de notas: observacionales (descripciones de los hechos y contenidos captados), teóricas (relaciones y nexos de lo observado con el marco teórico construido en el planteamiento de la investigación) y metodológicas (comentarios sobre aspectos técnicos del trabajo de campo).
- *Los mapas o diagramas de escenario.* Cuando la investigación se desarrolla en un territorio o ambiente físico determinado, es útil disponer de mapas o elaborarlos con el fin de registrar los lugares observados, la vinculación de los grupos con las acciones registradas, y los nexos entre la actividad social relevante para el tema estudiado y el espacio en que ésta se desarrolla.

Por otra parte, es recomendable completar todas estas herramientas de registro con información de carácter gráfico o audiovisual. Fotografías, videos, grabaciones de audio de reuniones, etc., constituyen un apoyo importante para el análisis de la información, siempre que estos registros no provoquen excesiva reactividad en la población observada.

Figura 6.10. Esquema general de acciones en el planteamiento de observación participante



6.2. TÉCNICAS PARA EL AUTODIAGNÓSTICO

La segunda fase en el marco de una investigación participativa la protagoniza el autodiagnóstico de los temas-problemas que integran el proyecto. En este sentido el diagnóstico debe producir la información suficientemente relevante como para ligar la formulación de los temas con las programaciones destinadas a transformar la realidad inicial de éstos. Por ello es en esta fase en la que encontramos el despliegue de una serie de técnicas que tienen en común su potencial reflexivo y explicativo, así como su vocación estratégica para el planteamiento de líneas de actuación a partir de la diagnosis establecida de forma participada.

La mayor parte de las técnicas expuestas en esta fase mantienen en común su naturaleza como técnicas conversacionales, puesto que lo que se persigue expresamente es que los sujetos, los grupos sociales, articulen posicionamientos y discursos frente a los retos planteados en el proyecto. Se trata de sistematizar el sentido que los actores aportan a los condicionantes existentes, con el fin de poner en juego una pluralidad de voces con significados distintos para articularlos posteriormente en relación a las acciones transformadoras de la investigación participativa. Ello se realiza, como ya hemos ido comentando, a partir de un primer momento de reflexión y autocrítica dentro de los propios contextos, y un segundo momento en el que se establecen espacios de heterorreflexividad colectiva y se converge en un espacio público a fin de consensuar los elementos clave del análisis y ofrecer una información cualificada a los participantes. Las técnicas vinculadas a esta fase difieren en cambio por la forma en que organizan la información que construyen. Así encontraremos en este texto técnicas cuyo potencial radica en la organización de posiciones discursivas (entrevistas, Photovoice, historias de vida), otras que centran su atención en la consideración de elementos estratégicos positivos y negativos (DAFO), otras cuyo objetivo es la exploración de opiniones de la población en relación a las cuestiones tratadas en la investigación (encuestas participativas), otras cuya finalidad es analizar el posible impacto de la deliberación colectiva sobre los posicionamientos ante el problema (encuesta deliberativa), y finalmente otras orientadas a emitir dictámenes a raíz de la información que compone el diagnóstico (jurados ciudadanos).

6.2.1. *Entrevistas y grupos de discusión*

La técnica de la entrevista se funda esencialmente sobre la lógica de que el lenguaje que utilizan las personas no es solo un código, un medio de comunicación para transmitir un mensaje, sino que el lenguaje también es una vía a través de la cual los sujetos reproducen opiniones, sentimientos, visiones de su

entorno, motivaciones, miedos, etc. En definitiva, permite acercarnos a los contenidos subjetivos que explican los posicionamientos de las personas ante un tema determinado, lo que viene a aportar un conocimiento explicativo de la red social. La premisa fundamental en el análisis de entrevistas descansa en la afirmación de que el sujeto, al hablar, reproduce la visión del mundo cotidiano de los grupos a los que pertenece. A través del uso de la herramienta de la entrevista, por lo tanto, superamos la dimensión referencial del lenguaje (lo dicho designa cosas), que es la que corresponde por ejemplo a las técnicas distributivas para adentrarnos en la dimensión semántica (lo dicho transmite significados), y la dimensión estructural (lo dicho relaciona unas cosas con otras). Con este tipo de técnicas conversacionales por lo tanto buscamos registrar y recoger posicionamientos discursivos, así como profundizar en las argumentaciones y las representaciones colectivas de los actores involucrados en el tema sobre el que se plantea la investigación (Penalva, Alaminos, Francés y Santacreu, 2015).

La amplísima literatura disponible en torno a la naturaleza metodológica y el diseño de técnicas como las entrevistas y los grupos de discusión hace inabordable desde este texto una profundización en este tipo de técnicas, cuestión innecesaria por otra parte ya que esta información se encuentra disponible en multitud de manuales de investigación cualitativa. Pero sí apuntamos aquí algunas cuestiones que pueden ser de utilidad para enmarcar la potencialidad de estos instrumentos dentro de la arquitectura de una investigación participativa.

En investigación participativa es especialmente útil el recurso de las entrevistas grupales dentro de la fase del autodiagnóstico. Frente al planteamiento priorizado de la entrevista individual como técnica extendida dentro de la investigación cualitativa tradicional, aquí la entrevista grupal toma sentido por cuanto lo que se busca explícitamente el registro del discurso de los actores involucrados en el problema a tratar. Dichos actores en la mayoría de ocasiones se revelan con una naturaleza colectiva, grupal (asociaciones, grupos de población, representantes públicos, empresarios, etc.), lo que hace recomendable el diseño de entrevistas grupales a fin de recoger tanto los discursos colectivos como los disensos o las contradicciones en el seno de estos discursos. El número recomendado de sujetos a participar en una entrevista grupal en el caso de desarrollar esta técnica se sitúa entre cuatro y nueve.

Por otro lado, conviene determinar si las entrevistas van a tener un formato semiestructurado o abierto. La elección estará condicionada por el momento de la investigación en que se apliquen las entrevistas y por los objetivos a perseguir. En el caso de que el objetivo sea recoger los discursos y posicionamientos generales de la población ante el tema tratado en una fase ini-

cial del diagnóstico, la opción más recomendable es el planteamiento de entrevistas abiertas. Las entrevistas abiertas se diseñan sin un guión formalizado previo por parte del equipo investigador, puesto que lo que se pretende registrar es el discurso continuo de los sujetos entrevistados en torno al tema de debate. En ese sentido no se suelen preparar preguntas con antelación a la entrevista más allá de la enunciación de los dos o tres temas generales en torno a los cuales se busca orientar la conversación, por lo que requiere un nivel bajo de información previa para la aplicación de la entrevista. Por otro lado, si nos hallamos en una fase de diagnóstico en la que pretendemos recoger información de carácter específico en relación a los aspectos vinculados al problema investigado, se muestra más efectiva la elección de entrevistas semiestructuradas. En este tipo de entrevistas sí conviene el diseño de un guión previo, que con frecuencia es elaborado conjuntamente entre el equipo investigador y miembros del GIAP. El guión supone la disposición estructurada de un conjunto de temas ordenados por bloques que se pretenden tratar a lo largo de la conversación. Por lo tanto refleja de una forma esquemática los aspectos que pretendemos abordar de acuerdo con los objetivos de la investigación. Ahora bien, en el transcurso de la entrevista no es necesario que exista una secuencialidad en la introducción de los temas previstos, y de hecho es recomendable que se introduzcan de una forma lo menos dirigida posible. Éstos deben ir fluyendo a lo largo de la conversación, constituyéndose como puntos de referencia de paso para el entrevistador y entrevistado.

La decisión en torno a qué sujetos participarán en las entrevistas es una cuestión que suele recaer en las estrategias propias del diseño muestral cualitativo. Si la comunidad es pequeña será posible entrevistar a todos los actores involucrados en el asunto, pero si nos hallamos ante un universo poblacional amplio será necesario establecer criterios específicos que nos permitan seleccionar el subconjunto de sujetos que finalmente formen parte de la muestra a entrevistar. Aquí los tipos de muestreos más usuales utilizados para la investigación participativa son los llamados muestreos por cuotas y muestreos estructurales. En un muestreo por cuotas se presupone variabilidad discursiva con respecto al tema tratado en función a determinados parámetros de la población, normalmente atravesados por características sociodemográficas o socioeconómicas de los sujetos (sexo, edad, ocupación, ingresos, nivel educativo, etc.). Por ello es frecuente el uso de variables de control como criterio de estratificación. En el muestreo estructural, en cambio, la selección de personas entrevistadas está determinada en virtud a las posiciones de los sujetos dentro de una estructura o sistema determinado vinculado con el problema tratado. Así por ejemplo, si decidimos estructurar por relaciones de poder, es frecuente que el diseño muestral estratifique generando entrevistas

con representantes públicos, miembros de colectivos sociales, base social no organizada, etc. Habitualmente la forma más sencilla y utilizada para contactar con las personas a entrevistar suele ser a través del GIAP, puesto que sus integrantes desarrollan relaciones cotidianas con multitud de actores de la comunidad. Así mismo, las propias personas entrevistadas podrán facilitarnos contactos de nuevos sujetos potencialmente entrevistables, en una estrategia que seguiría la idea de “bola de nieve”, para así ir completando la muestra establecida.

El grupo de discusión por su parte constituye una técnica que, al igual que la entrevista, se basa en el juego conversacional para producir información útil en el establecimiento del diagnóstico de los ítems trabajados en la investigación. Una definición ilustrativa de grupo de discusión sería la siguiente: un procedimiento de producción de información (discursos en este caso) que consiste en un número reducido de personas (seleccionadas por las características que el investigador decida), que mantiene un debate sobre un tema sugerido por un moderador, produciendo como resultado un discurso grupal. Como vemos, se diferencia de la entrevista (individual o grupal) esencialmente en que se articula a un grupo en una conversación en la que el investigador no interviene, aunque sí determina sus contenidos. No se trata, pues, de que una persona o varias hablen y las demás escuchen, sino que la dinámica grupal produzca un dispositivo de influencia mutua en la conformación de los discursos. Como elemento común a la entrevista comparte la premisa del material de análisis, donde los sujetos al hablar reproducen el orden social; esto es, que a partir de lo que los sujetos enuncian los investigadores pueden extraer la información necesaria para explicar las estructuras y las relaciones sociales en torno al fenómeno estudiado.

La lógica operativa en el diseño de un grupo de discusión dicta que lo primero que debemos hacer es delimitar el tema sobre el que tratará el grupo o grupos a realizar. No es necesario generar una guía con tanto detalle como en el caso de una entrevista, pero sí establecer el marco conceptual sobre el que fluirá el debate.

El número de grupos de discusión a realizar en una investigación de este tipo depende esencialmente de la homogeneidad o heterogeneidad de la población. En poblaciones homogéneas, suelen desarrollarse grupos de discusión hasta que se estima que un nuevo grupo ya no va a aportar información adicional a la ya recogida (lo que se conoce como criterio de redundancia de la información). En cualquier caso, el número de grupos suele fijarse en el diseño de la investigación, teniendo en cuenta algún criterio de diferenciación entre la población estudiada (sexo, grupos de edad, ideología, actividad laboral, etc.), y fijando al igual que en el caso de las entrevistas un muestreo cualitativo por cuotas o estructural.

Habitualmente el número de personas que componen un grupo de discusión oscilan entre siete y doce. La mayoría de autores defienden una composición homogénea definida por los criterios de diferenciación. El sentirse entre personas de la misma condición facilita crear un clima de libertad para discutir abiertamente. Por otra parte, la heterogeneidad entre los miembros de un grupo de discusión permite la amplitud de experiencias y posicionamientos discursivos, aunque se corre el riesgo de que se provoquen conflictos entre los miembros, descendiendo la productividad del grupo y la calidad del discurso. El criterio general respecto a la composición, según Gil Flores, es el de reunir en distintos grupos a sujetos capaces de producir el discurso de los diferentes segmentos de la población considerada en el estudio. Su composición y dinámica reproducirían los posicionamientos que, de cara a explorar un determinado tema, son considerados estratégicos.

Otro criterio generalmente aceptado a la hora de seleccionar a las personas concretas que participarán en grupo de discusión, es el de evitar que se conozcan entre sí o conozcan a la persona que actúa como moderadora, pues la preexistencia de relaciones entre los sujetos puede interferir el funcionamiento del grupo. El desconocimiento entre los miembros del grupo posibilita que éstos hablen libre y francamente. Cada uno habla al grupo en general, y no a un determinado miembro al que conocen por algún motivo. Relaciones familiares, laborales, de amistad o de cualquier otro tipo podrían alterar la dinámica del grupo y condicionar negativamente la producción del discurso.

Lo ideal es que en la aplicación de un grupo de discusión la persona responsable de la moderación no intervenga, que simplemente plantee el tema y proporcione la motivación suficiente en los sujetos como para que quieran discutirlo. Más allá de esta misión, el moderador puede intervenir deshaciendo conflictos o reconduciendo el tema hacia el objetivo del grupo de discusión a partir de preguntas abiertas o retomando alguna intervención realizada.

Tanto en las entrevistas como en los grupos de discusión habitualmente la información se registra en audio, un formato menos intrusivo que el video o la presencia de una persona externa tomando notas. Es conveniente explicar a los participantes que para la investigación no es importante quién habla, sino las opiniones que se enuncian, favoreciendo así la libertad y espontaneidad en la expresión de los participantes. Normalmente a los pocos minutos de haberse iniciado el debate, y conforme se despliega cierta confianza, el sesgo que impone el instrumento de registro va desapareciendo.

En relación al análisis, la información generada a partir de las entrevistas y los grupos de discusión se interpreta básicamente a través del análisis de discurso, buscando identificar los principales posicionamientos discursivos en

torno al tema-problema, con el fin de lograr desarrollar una capacidad explicativa hacia los contenidos desarrollados por los distintos actores. Para ello se elaboran cuadros semióticos de acuerdo con las correspondientes posiciones discursivas, intentando mostrar la estructura grupal de acuerdo con las categorías socioculturales que afloran en torno a los procesos y contextos tratados en relación al tema que orienta a la investigación. Para el análisis de discurso en el marco de una investigación participativa cabe citar como especialmente interesante el modelo analítico elaborado por Manuel Montañés (Montañés, 2001, 2002), que desarrolla un enfoque operativo de interpretación de textos y discursos aplicados a las metodologías participativas. Constituye un modelo referido a los objetivos de la investigación que busca sobre todo el análisis aplicado y la extracción de unas lecturas concretas. Se articula en cuatro lecturas cuyos niveles se interrelacionan, es decir, que en el caso de un análisis de varias entrevistas se pueden acometer uno a uno o entrelazarse según el nivel de aprovechamiento que tengan. Estas son las cuatro lecturas a acometer:

- *Lectura intuitiva*. Se comienza el análisis leyendo independientemente cada entrevista o grupo de discusión una o dos veces. En un segundo paso se leen de nuevo, pero esta vez subrayando aquellas frases que en un primer golpe de vista nos llamen la atención. Se trata de buscar "titulares de prensa" en los discursos. Su objetivo es facilitar un primer acercamiento a la espontaneidad del discurso en su conjunto (lo que se dice y cómo se dice) y comenzar a atisbar el hilo conductor de todo el texto.
- *Lectura temática*. Buscamos en esta segunda lectura ir seccionando el discurso según los diversos bloques temáticos que los sujetos entrevistados van mencionando. Únicamente interesan aquellos párrafos que tengan alguna relación con el tema de investigación o que nos desvelen claves útiles para el mismo. Entresacaremos primero los grandes temas y después los subtemas a partir de éstos primeros. Ángel de Lucas nos proporciona un método que consiste en dividir en texto en unidades temáticas manejables en fichas, para posteriormente unirlas y encontrar la coherencia interna del discurso (eje temático principal). Para esta labor también pueden ser de utilidad programas informáticos de asistencia en el análisis de discurso, como por ejemplo Atlas-ti. Con esta lectura podremos acercarnos así a estructurar los discursos explícitos, aunque debemos ir encontrando ya proposiciones latentes, lecturas entre líneas. Obtendremos los temas centrales (sobre lo dicho) y los sinérgicos (que dan lugar a otros y generan debate).

- *Lectura contextual*. Esta lectura persigue contextualizar el discurso (lo que se dice, cómo se dice y quién lo dice). Saber quién es el "yo hablante" y quién es el "ellos" del que se habla. Se trata de analizar todos aquellos aspectos que rodean la acción (físicos, sociales, económicos, etc.). Es importante extraer de esta lectura tres puntos importantes (se puede realizar también con la lectura temática): necesidades o problemas detectados, oportunidades en el medio y potencialidades internas de los sujetos hablantes. Esta lectura nos va a permitir relacionar el discurso con el contexto en el cual cobra forma (del grupo: composición del grupo, situación económica-laboral-cultural; del espacio: lugar en el que se desarrolla la acción del grupo, medios, etc.)
- *Lectura relacional*. A través de esta lectura enfatizaremos las partes del discurso donde se definan los posicionamientos de los entrevistados ante el resto de actores, que acaban determinando las relaciones existentes, buscando identificar alianzas y conflictos de forma que consigamos dibujar un mapa de redes de cada entrevista o grupo de discusión. Uniendo los distintos mapas conceptuales o de redes de cada entrevista podremos comenzar a construir el esquema general conceptual, desvelando los principales posicionamientos y los puntos de conflicto o alianzas.

Figura 6.11. Esquema general de acciones en el planteamiento de entrevistas o grupos de discusión

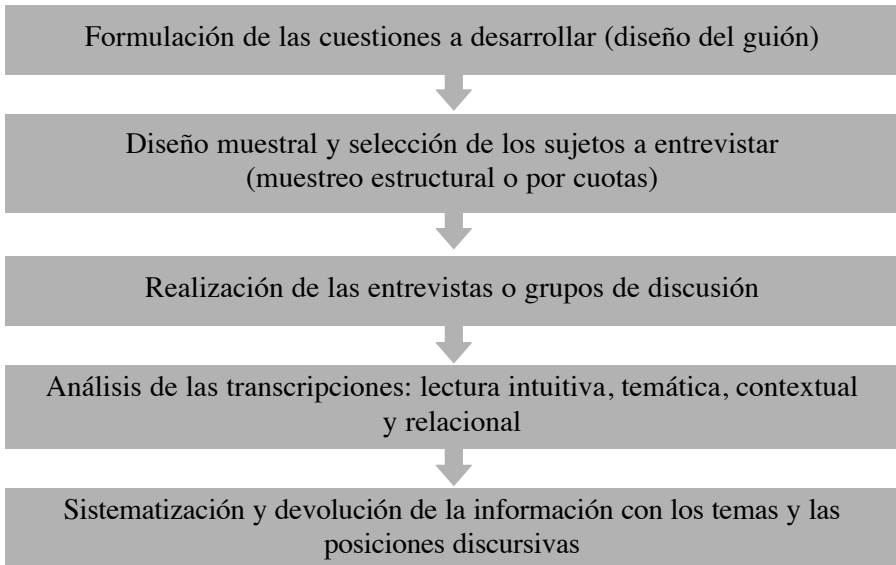


Figura 6.12. Ejemplo de un guión de entrevista semiestructurada

<p>GUIÓN DE ENTREVISTA CON LA CIUDADANÍA NO ORGANIZADA. Entrevista semiestructurada. Grupal.</p> <p>Temas a tratar en la entrevista:</p> <p>Concepción general de la participación:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Valoración del estado de la participación ciudadana en general, y en particular dentro del municipio. • Percepción de la capacidad de implicación de la ciudadanía en los asuntos públicos. • Participación en actividades de carácter social al margen de las asociaciones (fiestas, actos, eventos, charlas, conferencias, etc.). <p>Relaciones con el sector asociativo:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Valoración del asociacionismo como forma de participación. • Opinión respecto a las asociaciones del municipio. • Implicación en actividades realizadas por asociaciones. • Experiencias asociativas en el pasado. • Conexión oferta asociativa-demanda ciudadana. • Capacidad representativa de las asociaciones de los intereses ciudadanos. • Percepción de altruismo/instrumentalidad del asociacionismo. <p>Relaciones con la Administración:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Concepción y cualificación de las relaciones entre ciudadanos y Administración Pública en general, y la Administración del municipio en particular. • Percepción de la capacidad propia para incidir en la acción pública. • Utilización de canales alternativos de influencia (manifestaciones, plataformas, acciones puntuales, etc.) y valoración de los mismos. • Experiencia de relación con la Administración en el planteamiento de demandas. • Percepción de los políticos y los técnicos municipales. • Valoración de los cauces de participación existentes.

Fuente: Carratalá, L; Casanova, J.; Francés, F. y García, J. (1999) *Investigación Participativa sobre Asociacionismo y Juventud en Alicante*. Alicante: Ayuntamiento de Alicante

6.2.2. Las técnicas biográficas

Los métodos biográficos se basan en el interés por conocer la manera en que los sujetos crean, recrean y reflejan el mundo social que les rodea a través del tiempo. Aportan, por lo tanto, una visión del cambio social a través de los

actores sociales según su marco interpretativo. En el marco de una investigación participativa las técnicas biográficas poseen varios usos, sobre todo como ayuda a la reflexión, disposición de antecedentes para intervención y establecimiento de análisis sobre acontecimientos pasados que condicionan el presente y futuro de la comunidad. Poseen por lo tanto una intención instrumental más que expresiva.

En el plano operativo, las técnicas biográficas constituyen un conjunto de procedimientos destinados a producir información para describir y/o explicar el proceso vital de una persona o grupo social en su contexto. Bajo el mismo término cabe ubicar en realidad técnicas que, aun compartiendo supuestos comunes, son bien distintas en su aplicación. La elección de unas u otras dependerá de la adecuación al objeto de investigación, pero en cualquier caso destacamos aquí dos de ellas: las historias de vida y los relatos de vida.

La historia de vida se halla cercana a la metodología del estudio de caso. Su objetivo es recoger en su totalidad la narración de la vida de una persona, a la que se considera por distintos motivos como informante clave. Para ello se trabaja con los sujetos durante un largo período de tiempo por aproximaciones sucesivas, en varias entrevistas. La historia de vida tiende por lo tanto a la exhaustividad, y se suele además emplear en su desarrollo otros documentos o testimonios que corroboren o amplíen la información recogida en las conversaciones. Establecida la historia de vida, ésta permitirá abordar el análisis del problema investigado desde una perspectiva cronológica y contextualizada históricamente que con frecuencia solo encuentra la explicación adecuada a través de la experiencia personal de los individuos concretos. Dentro de las historias de vida podemos distinguir varios acercamientos metodológicos sobre los que habrá que optar para estructurar el trabajo de campo del autodiagnóstico:

- a) *Historias únicas*. Relato de la trayectoria vital de un único sujeto. Nos hallamos ante la autobiografía de un sujeto realizada a partir de entrevistas en profundidad
- b) *Historias cruzadas*. Relatos cronológicos entre miembros del mismo entorno (familiares, vecinos, compañeros de una organización) para que expliquen a varias voces una misma historia. En este caso los relatos de las experiencias personales suelen converger hacia un punto central de interés (normalmente el tema sobre el que se articula la investigación participativa para el caso concreto), respecto al cual todos los sujetos entrevistados han sido a la vez protagonistas y observadores.
- c) *Historias paralelas*. Narración de historias de vida de individuos con trayectorias similares o del mismo origen social, lo que permite establecer estudios comparativos sobre las trayectorias vinculadas al problema trabajado.

El relato de vida, en cambio, constituye una herramienta más cercana la técnica de la entrevista en profundidad. Su objetivo es recoger un número de relatos cronológicos que tengan representatividad en relación al tema trabajado, a partir de una tipología de los sujetos que integran el universo. En este sentido no se centra tanto en la persecución de la lógica interna de una vida particular o especial que posee mucha información (lo que sería el caso de la historia de vida), sino que en el relato basta con que los sujetos seleccionados formen parte de la muestra de personas que pertenezcan a la comunidad estudiada de acuerdo con una serie de parámetros establecidos. Aquí la acumulación de relatos permite categorizar la información y establecer comparaciones.

Para ambas técnicas, en la fase de interpretación, que se realiza habitualmente de forma participada junto con los sujetos, suele prestarse atención a los siguientes aspectos

- Los objetivos y las actitudes privilegiadas por el sujeto narrador.
- Los personajes principales, las palabras que ellos han dicho y que han marcado al sujeto, los gestos, los comportamientos que ellos han tenido.
- Las situaciones cruciales para la orientación del recorrido de la trayectoria, en relación con las elecciones vitales (significación, fuerza determinante del futuro).
- Las relaciones de esos acontecimientos (sucesos, actitudes, personajes, situaciones) con la historia social de la comunidad en el sentido más amplio.
- Las aspiraciones del sujeto, a partir de las experiencias de satisfacción o de frustración que ha conocido el entrevistado a todo lo largo de su trayectoria vital.

En la fase de análisis, las técnicas biográficas utilizan primordialmente métodos cualitativos, a partir de los cuales se suele diseñar una doble guía, que en ocasiones adopta la forma de matriz: guía cronológica (etapas de la vida del sujeto o sujetos entrevistados), y guía temática (aspectos que interesan en la investigación). De manera genérica, los elementos tratados normalmente en la guía temática de una historia de vida son:

- Edad y tiempo.
- Espacio (hábitat, desplazamiento).
- Familia.
- Trabajo y logro.
- Género.
- Clase social y movilidad.
- Subcultura de referencia y ocio.

Figura 6.13. Ejemplo de un matriz de relatos de vida para una comunidad

	Dinámica poblacional	Actividad económica	Conflictos	Movilidad social	Entorno y medio ambiente
1950-1960					
1960-1970					
1970-1980					
1980-1990					
1990-2000					
2000-2010					
2010-2020					

Figura 6.14. Esquema general de acciones en el planteamiento de historias y relatos de vida



6.2.3. Photovoice

La técnica de Photovoice, también conocida como fotografía participativa, constituye un método que utiliza el recurso de imágenes (normalmente fotografías, pero también videos, dibujos o mapas) generadas por los miembros de una comunidad en el curso de la investigación para activar o catalizar los discursos y la reflexión colectiva en torno a un problema común (Harper, 2009). El planteamiento metodológico de Photovoice básicamente permite alcanzar tres obje-

tivos en el marco de una investigación participativa (Wang, 1999): facilitar que la población de una comunidad pueda reflejar sus fortalezas y preocupaciones a través de estímulos gráficos, promover el diálogo crítico y el conocimiento de los asuntos comunitarios a través de la discusión sobre imágenes de la comunidad, y finalmente hacer visible situaciones sociales ante los responsables de las políticas comunitarias. En este sentido el uso de la fotografía participativa no busca presentar la realidad física de grupo de población, sino trabajar sobre la interpretación que los propios sujetos hacen de las imágenes obtenidas.

En la fase del autodiagnóstico, el uso de la fotografía participativa contribuye a hacer visibles los contextos, cuestiones o formas de vida de los distintos grupos afectados por el problema tratado en la investigación. Con la asistencia de facilitadores estas comunidades utilizan la cámara para definir, comunicar y explicitar claves acerca su situación con el fin de influir sobre las posibles líneas de actuación a emprender.

Existen múltiples estrategias y formas en el afrontamiento metodológico de estas técnicas visuales, en función de los objetivos del proceso a desarrollar o del momento de la investigación en que se apliquen, pero unas y otras poseen elementos comunes. Todas parten de la premisa en torno a la capacidad catalizadora de las imágenes visuales como punto de referencia para la diagnosis o reflexión sobre los condicionantes de la comunidad y las relaciones con su entorno. Esta premisa convierte a Photovoice en una herramienta especialmente recomendada en marcos investigadores que trabajen con grupos de población que presentan resistencias o dificultades para verbalizar discursos mediante técnicas más tradicionales. En este sentido las imágenes constituyen un reactivo, permitiendo a los sujetos articular discursos que de otra forma no se producirían, o emitir opiniones que en estrategias conversacionales de otro tipo no emergerían.

En términos operativos, una vez definido el tema sobre el que aplicar la técnica, el primer paso consiste en seleccionar o solicitar informantes dentro de la población, que actuarán como “fotógrafos comunitarios”. Estos informantes pueden ser individuos o bien pequeños grupos cuyos miembros desarrollen algún tipo de actividad en común. Los informantes deben componer segmentos representativos de la población, bien sea en términos de posicionamiento ante el problema investigado, o bien por características adscriptivas como puede ser su perfil sociodemográfico o socioeconómico.

Una vez seleccionadas las personas que realizarán las series fotográficas, a continuación es necesario realizar sesiones formativas con el fin de familiarizar a los informantes sobre el uso de las cámaras y los objetivos de recogida de información. Los objetivos o temas a registrar deben ser debatidos participadamente, pudiendo resultar de orden general (recoger en las series fotográficas las

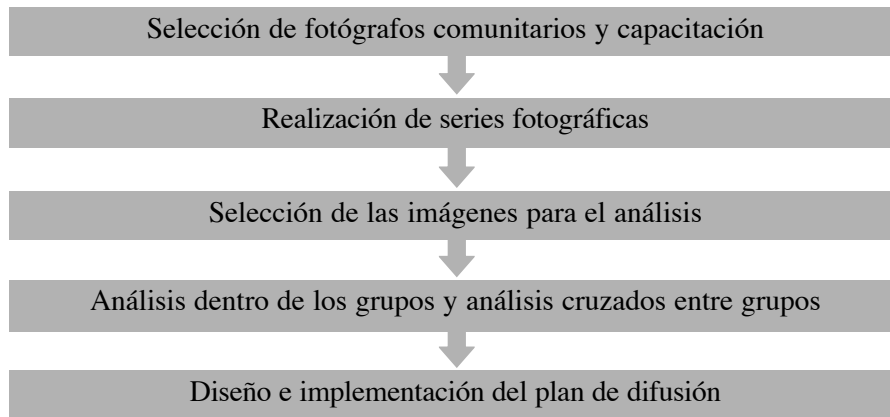
formas de vida, los lugares de actividad social, las condiciones de salud, etc.) o bien más específicos (registrar situaciones conflictivas, necesidades concretas, espacios de conflicto, etc.). En estas sesiones formativas por motivos éticos también es conveniente establecer y debatir las formas de obtener un consentimiento informado de la población que va a ser objeto las series fotográficas, las cuales siempre tendrán únicamente fines investigadores.

Una vez capacitados los fotógrafos comunitarios y distribuidas las cámaras, se inicia el trabajo de campo, con el tiempo suficiente para llevar a cabo la recogida de imágenes. Las personas que actúan como fotógrafos desarrollarán su labor con la libertad necesaria para que puedan registrar todas aquellas escenas que le parezcan significativas o convenientes, y una vez terminado el trabajo de campo entregarán las cámaras al equipo investigador, que se encargará de su tratamiento o impresión si son digitales.

Con las series fotográficas reveladas, llega el momento del debate y la discusión a partir del material generado. Este debate se lleva a cabo habitualmente en el marco de dinámicas grupales o talleres. Existen diversas estrategias para esta fase, pero una recomendación operativa pasaría por los siguientes pasos. En primer lugar se les pide a los informantes que seleccionen de cada serie un número reducido de imágenes que consideren especialmente significativas. Con estas imágenes se inicia el debate grupal, ya no solo con los informantes, sino con el conjunto del grupo de pertenencia de éstos. De cada imagen se solicita a los participantes que expresen qué les sugiere la escena, qué está ocurriendo en ella, qué representa de sus vidas cotidianas, qué problemas reflejan, y qué se puede hacer en relación a estos dilemas. Es conveniente, además, realizar acciones de cruce de series de manera que grupos de población ajenos al sujeto que ha realizado la serie desarrollen la misma dinámica de reflexión, esta vez a partir de un material generado por alguien ajeno a su grupo de pertenencia, de manera que se puedan ir construyendo visiones cruzadas de las escenas presentadas por los participantes. A partir de estas reflexiones cruzadas deben determinarse las cuestiones clave representadas por las fotografías en forma ya de ítems analíticos, y establecerse sobre ellos las distintas líneas de acción o estrategias para transformar los problemas detectados en la realidad presente.

Desarrollado el análisis participativo de la información construida, queda por establecer un plan para diseñar un formato adecuado en el que los resultados puedan ser compartidos con responsables públicos, profesionales, personal técnico o líderes o población ajena a la comunidad. El objetivo de esta difusión es hacer visible los aspectos relacionados con la materia tratada en el autodiagnóstico.

Figura 6.15. Esquema general de acciones en el planteamiento técnicas de Photovoice



6.2.4. El análisis DAFO

El método DAFO es una técnica utilizada en múltiples disciplinas de las ciencias sociales que aborda esencialmente la capacidad prospectiva del diagnóstico, es decir, de planteamiento de estrategias de futuro operativas a partir del análisis de la situación presente. El método DAFO consiste básicamente en organizar la información generada a través de una dinámica grupal en una tabla de doble entrada que sitúe esta información en función de las limitaciones (Debilidades y Amenazas) y las potencialidades (Fortalezas y Oportunidades) que proporciona un actor social o una situación determinada. En ese sentido el análisis DAFO permite establecer dos tipos de diagnósticos:

- a) La síntesis del análisis de necesidades a partir de una situación determinada, denominado análisis estratégico porque permite establecer las prioridades a partir de la comprensión de la situación y de su evolución previsible.
- b) El análisis de casos, resumiendo la situación de un caso concreto (situación de un grupo, una institución concreta, etc.).

De esta forma, a través de la aplicación de la técnica obtenemos información de los aspectos positivos y negativos de un contexto concreto tanto para el momento presente como para el futuro:

- D. Las debilidades: las necesidades actuales que implican aspectos negativos que deberían modificarse. Hace referencia a las limitaciones o

autocríticas internas del actor. De las debilidades podremos obtener estrategias de corrección.

- A. Las amenazas: todo lo que supone riesgos potenciales que debieran prevenirse, pero que no dependen de la acción del propio actor, sino que constituyen elementos externos, del entorno. De las amenazas podremos obtener estrategias de afrontamiento.
- F. Las fortalezas: todos los aspectos positivos que deben mantenerse o reforzarse. Constituyen capacidades o factores de éxito propias del actor. De las fortalezas podremos obtener estrategias de mantenimiento.
- O. Las oportunidades, todas las capacidades y recursos potenciales presentes en el entorno del actor que se debieran hacer valer. De las oportunidades podremos obtener estrategias de aprovechamiento.

El análisis de la información obtenida a través de esta técnica no se centrará tanto en los contenidos expresados por los participantes como en las estrategias que se pueden trazar a partir de esos contenidos. De ahí el carácter prospectivo de DAFO, lo que será de vital utilidad en la construcción de escenarios de futuro. A partir de los cuatro elementos que componen la tabla de DAFO, se intentará sintetizar para cada uno de los actores cuatro tipos de estrategias para el futuro:

- Estrategias de Corrección: ligadas con las debilidades. Puesto que se trata de aspectos negativos dependientes del propio actor es necesario que corrija cuanto antes los hechos o las situaciones que los provocan.
- Estrategias de Afrontamiento: ligadas a las amenazas. Hay que afrontar cuanto antes las cuestiones desfavorables externas al actor, con el fin de neutralizar o eliminar sus efectos.
- Estrategias de Mantenimiento: ligadas a las fortalezas. Consiste en reforzar y establecer los cauces necesarios para mantener (y dentro de lo posible potenciar) aquellos factores internos de éxito.
- Estrategias de Aprovechamiento: ligadas a las oportunidades. Se trata de aprovechar las oportunidades favorables del entorno con el fin de apropiárselas e integrarlas en la acción del colectivo.

La identificación por un lado de los ítems de diagnóstico correspondientes a cada espacio conceptual que propone el DAFO, y por otro lado el diseño de estrategias ligadas a los ítems construidos, proporciona un cuadro analítico útil para la planificación.

En un DAFO utilizado en el marco de una investigación participativa, tanto la construcción de información como el análisis de los resultados obtenidos a través de esta técnica deben ser elaborados por los propios participantes.

Figura 6.16. Estructura de un DAFO

	Dependiente del actor	Dependiente del entorno
Aspectos negativos	DEBILIDADES (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Corrección</i>)	AMENAZAS (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Afrontamiento</i>)
Aspectos positivos	FORTALEZAS (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Mantenimiento</i>)	OPORTUNIDADES (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Aprovechamiento</i>)

Resulta conveniente en primer lugar plantear la técnica por separado para los distintos actores o grupos participantes involucrados en el problema/tema (ya segmentando sociodemográficamente, socioeconómicamente o en función de la posición que cada grupo ocupa en la estructura del aspecto tratado) con el fin de dar cuenta de la información que cada grupo aporta, su experiencia en el problema/tema tratado, su posicionamiento como actor, etc.

Una vez reunidos los participantes, la matriz se construye en un soporte gráfico (valdría una cartulina, una pizarra, una proyección de ordenador, etc.)

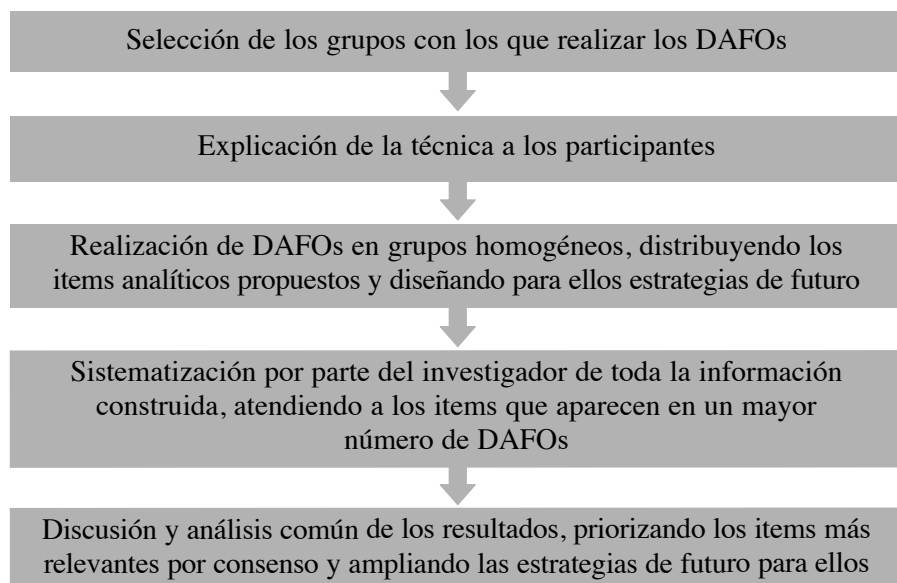
Figura 6.17. Esquema general de acciones en el planteamiento de DAFOs

Figura 6.18. Ejemplo de DAFO

Descripción del problema:

En un barrio periférico y con graves carencias de la localidad “X” surgen brotes de racismo y actitudes de rechazo entre la comunidad española y los colectivos de inmigrantes recién llegados y en creciente aumento. Las organizaciones ciudadanas abren un debate en torno al conflicto y piensan en cómo actuar sobre él.

Los elementos que se incorporan en este análisis DAFO podrían ser los siguientes:

	Dependiente del actor	Dependiente del entorno
Aspectos negativos	<p>DEBILIDADES (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Corrección</i>)</p> <ul style="list-style-type: none"> - Posiciones y actitudes racistas en el propio seno de las organizaciones sociales de la zona - Desconocimiento del fenómeno de la inmigración y de los referentes culturales de la población inmigrante - Etc. 	<p>AMENAZAS (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Afrontamiento</i>)</p> <ul style="list-style-type: none"> - Posible agravamiento del conflicto latente entre la vecindad y la población inmigrante - Utilización “política” del conflicto por parte de los partidos políticos locales - Etc.
Aspectos positivos	<p>FORTALEZAS (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Mantenimiento</i>)</p> <ul style="list-style-type: none"> - Existencia en la zona de organizaciones ciudadanas orientadas hacia y/o con experiencia en la acción solidaria - Existe un pequeño núcleo de inmigrantes ya asentados en la comunidad y que ejercen una labor positiva de mediación intercultural. - Etc. 	<p>OPORTUNIDADES (Permitirá diseñar <i>Estrategias de Aprovechamiento</i>)</p> <ul style="list-style-type: none"> - Las fiestas del barrio como oportunidad de encuentro y convivencia lúdica - La Escuela como espacio de comunicación y educación intercultural. - Etc.

Fuente: Basagoiti, M., Bru, P. y Lorenzana, C. (2001) *IAP (de bolsillo): Investigación Acción Participativa*. Madrid: Acsur Las Segovias

Con el fin de simplificar la operatividad, puede iniciarse destacando cuestiones positivas y negativas de la realidad social del agente o grupo social en relación a su situación estudiada, para posteriormente ir ubicando los ítems en los respectivos cuadrantes propios del DAFO, buscando el debate y consenso en cada uno de ellos.

Si el número de ítems propuesto por los participantes es muy elevado será recomendable priorizar los que se consideran esenciales con el fin de poder debatir estrategias de actuación con aquellos que alcanzan un mayor consenso. Una vez expresados los ítems del análisis, se deberá buscar para cada uno de ellos estrategias para el futuro, bien sean de mantenimiento (sobre las fortalezas), de corrección (sobre las debilidades), de aprovechamiento (sobre las oportunidades) o de afrontamiento (sobre las amenazas)

Tras esta primera fase donde se trabaja el DAFO con pequeños grupos homogéneos, será ya posible sistematizar la información procedente de todos los DAFOs realizados y pasar a compartir y contrastar las diferentes percepciones particulares en un grupo más grande, hasta obtener conclusiones comunes.

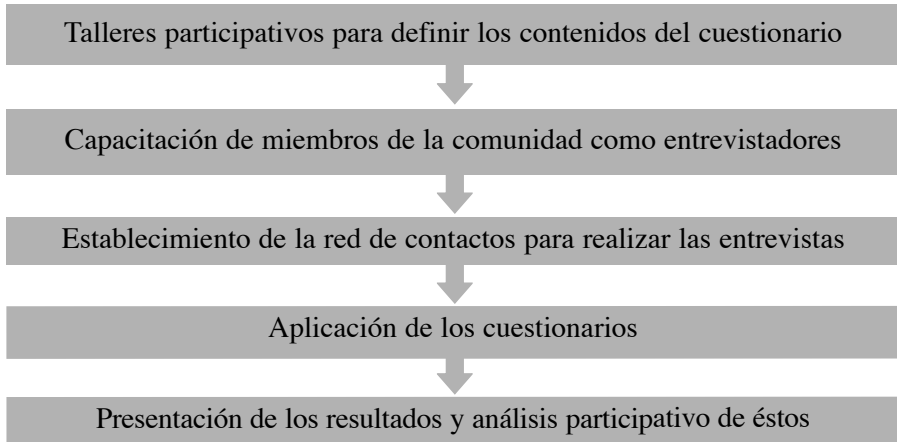
6.2.5. La encuesta participativa

La encuesta constituye un recurso de construcción e información y análisis propio de la perspectiva distributiva de la investigación social, pero en el ámbito de la investigación participativa posee también una instrumentalidad útil para el autodiagnóstico, aunque con diferencias sensibles respecto a la encuesta clásica tanto en el diseño del cuestionario, como en el desarrollo del trabajo de campo y en el análisis de la información emergida de ella.

La encuesta participativa permite alcanzar un doble objetivo. En primer lugar, al igual que con cualquier encuesta, obtener información significativa de los sujetos en lo concerniente a la materia que se haya planteado. Y en segundo lugar permite cierto grado de autoconocimiento y reflexión colectiva inicial por cuanto es la población la que debe deliberar en torno a los contenidos que deben tratarse en el cuestionario y cuál debe ser la interpretación de los resultados, desarrollando así cierta capacidad de análisis y priorización de los temas que les afectan.

En una encuesta participativa es la propia población la que determina cuáles deben ser los contenidos y las preguntas a realizar en el cuestionario, sobre la lógica de que los temas registrados en la encuesta deben ser aquellos considerados como importantes por parte de la población para el análisis y comprensión del problema objeto de diagnóstico. En ese sentido la encuesta participativa comienza por el diseño del cuestionario de diagnóstico. Para ello, en el marco de dinámicas grupales o talleres, los sujetos reflexionan y debaten

Figura 6.19. Esquema general de acciones en el planteamiento de encuestas participativas



en torno a la naturaleza de la información a registrar, los contenidos que deben integrar el cuestionario, los distintos bloques temáticos de éste, así como las posibles opciones de respuesta que deben estar presentes para cada pregunta y el lenguaje adecuado a utilizar, hasta que queda redactado el cuestionario definitivo.

Una vez redactado el cuestionario se inicia el trabajo de campo, con una lógica habitualmente de bola de nieve. El equipo de profesionales o investigadores va entregando cuestionarios para que los sujetos que han participado en su diseño los respondan, y a cada uno de ellos se les entregan más ejemplares del cuestionario para que los apliquen sobre otros sujetos, y así sucesivamente hasta que se alcance un tamaño muestral lo más amplio posible. Obviamente la muestra alcanzada no posee representatividad alguna en términos estadísticos, y por tanto no permite generalizaciones ni inferencias poblacionales. Pero en cualquier caso este no es el objetivo principal de la técnica. La aplicación del cuestionario en una encuesta participativa busca registrar la información preguntada, pero a la vez representa una excusa para que los miembros de la comunidad, al responderla, inicien un proceso de reflexión colectiva en relación a los temas que ahí se consignan, de manera que pueda emanar de estas reflexiones elementos de análisis adicionales a los solicitados por la técnica. La encuesta participativa también persigue que a lo largo del trabajo de campo se vayan creando redes de sujetos o actores susceptibles de tomar parte en las acciones a emprender tras el diagnóstico. Además, es previsible el desarrollo progresivo de un grado de implicación significativo en la comunidad por cuanto se convierten en sujetos activos en el diag-

Figura 6.20. Ejemplo de cuestionario participativo sobre la situación de las asociaciones en un municipio

	Nunca o casi nunca	A veces	Siempre o casi siempre
Recogemos información para mejorar la situación de la población con la que trabajamos			
Conocemos los problemas del territorio en el que operamos			
Tenemos una buena relación con las instituciones públicas			
Nos relacionamos frecuentemente con asociaciones parecidas a las nuestras			
Los miembros de la organización participan en la definición de los objetivos a conseguir			
Tenemos un buen grado de comunicación interna entre los dirigentes y los miembros de base			
Disponemos de mecanismos para resolver los conflictos internos que puedan surgir			
Tenemos un buen grado de autonomía financiera y económica			
Sabemos comunicar nuestras actividades a la comunidad			
La comunidad participa en las actividades que desarrollamos			
Repartimos las tareas de la asociación entre todos los miembros			
La comunidad conoce a nuestra organización			
Las estrategias de comunicación con otras organizaciones y con la comunidad son las adecuadas			
Evaluamos las actividades que realizamos de forma periódica			
Planificamos el futuro de la asociación entre la mayoría de miembros			
Progresivamente aumentamos el número de personas que toman parte en nuestra asociación			
Nuestra asociación colabora activamente en eventos que se organizan en la comunidad			
La formación de los miembros es adecuada para desarrollar las actividades de la asociación			

nóstico de sus problemas, minimizando la resistencia o reactividad que puede generar una investigación realizada desde agentes externos a la comunidad como suele ocurrir en los formatos clásicos de investigación por encuesta.

Una vez finalizado el trabajo de campo, los cuestionarios son tabulados y grabados por el equipo técnico, procediéndose a una explotación descriptiva de los resultados. Estos resultados, de nuevo a través de talleres, son difundidos y explicados en principio a los sujetos que participaron en el diseño de la encuesta, aunque es deseable que la composición de este grupo quede ampliada por la integración de nuevas personas o actores que han ido participando en el trabajo de campo, en especial por esta figura de encuestados-colaboradores. Del debate deben surgir preguntas e hipótesis de trabajo, que con la ayuda del equipo investigador pueden ir componiendo un análisis exhaustivo de los datos obtenidos, a partir de aquellas cuestiones sobre las cuales la comunidad cree pertinente o conveniente profundizar.

6.2.6. *La encuesta deliberativa*

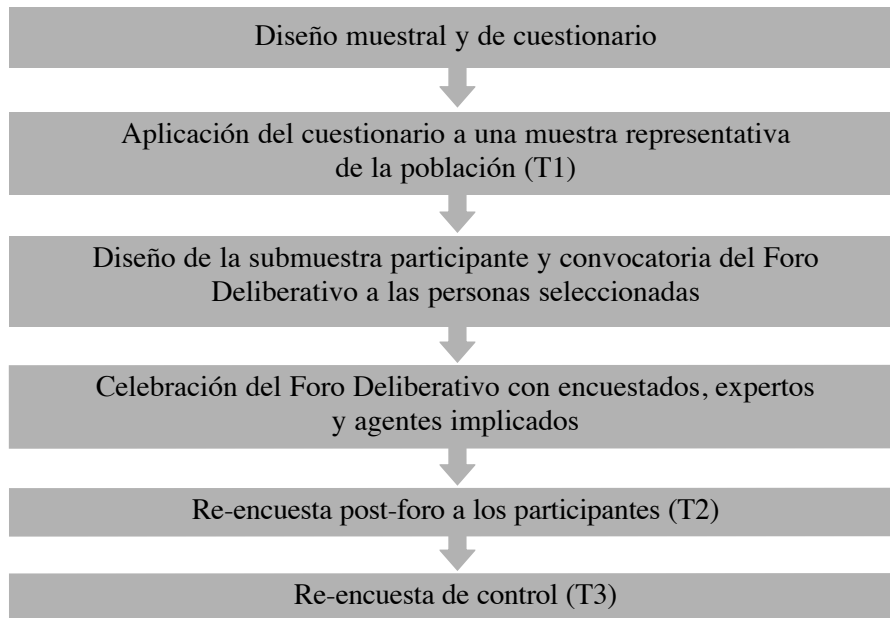
La encuesta deliberativa es un método desarrollado inicialmente por James Fishkin. Sirve esencialmente para explorar la reflexión producida sobre una muestra de sujetos, exponiéndoles un conjunto de información relativa a un tema de interés comunitario, y animándoles a sopesar distintos argumentos en debates con interlocutores heterogéneos, para posteriormente con la posible modificación de posicionamientos surgidos a partir de la discusión recoger de nuevo sus opiniones (Fishkin, 1991, 1995). Constituye por lo tanto una técnica participativa que realiza énfasis en impacto transformador del componente deliberativo sobre las opiniones de los sujetos en el marco de una reflexión colectiva.

Lo que distingue a una encuesta deliberativa del resto de encuestas tradicionales es la mediación de un foro deliberativo entre dos momentos de recogida de datos. La comparación entre los resultados obtenidos en la encuesta previa y la encuesta posterior al proceso deliberativo permite valorar el impacto que la mayor información y la posibilidad de reflexionar tienen sobre la conformación de las opiniones y actitudes de los sujetos ante el tema tratado.

Operativamente, el desarrollo de este método se articula en torno varios momentos fundamentales.

El primero es la aplicación de un cuestionario sobre una muestra representativa de la comunidad. En dicho cuestionario se indaga sobre las percepciones, posicionamientos, motivaciones o conductas de la población en relación al tema tratado por la investigación.

Figura 6.21. Esquema general de acciones en el planteamiento de encuestas deliberativas



A partir de la muestra inicialmente preparada para este cuestionario se diseña una segunda submuestra a la que se le invita a tomar parte en un evento, que constituye el foro deliberativo sobre el tema investigado. Una vez conformada esta segunda muestra, a los sujetos que forman parte de ella se les entrega de manera previa a su asistencia al foro un dossier informativo con datos considerados relevantes para las cuestiones a tratar en el evento.

Con todo ello se llega a la celebración del foro deliberativo, en el que se despliegan dos dinámicas de trabajo con los participantes. Por un lado, distintos agentes sociales (expertos, representantes públicos, líderes comunitarios, profesionales, etc.) intervienen ante los asistentes reflejando visiones en torno al tema tratado. Aquí las personas pueden plantear a los agentes las preguntas, aclaraciones o dudas que consideren adecuadas. Por otro lado, durante el transcurso del foro los participantes toman parte dinámicas colectivas en relación a la materia estudiada mediante la participación en pequeños grupos de debate y posteriores puestas en común. La intención del foro es incorporar la deliberación a las decisiones que se deben alcanzar. Una mayor participación reflexiva propicia resultados de mayor calidad, además de revalorizar el papel de la comunidad en la toma de decisiones públicas. Además, el

foro permite superar las limitaciones de las encuestas tradicionales como instrumentos para captar la opinión real de la ciudadanía cuando ésta no dispone de la suficiente información para establecer criterios razonados en torno a las decisiones.

Al finalizar el foro deliberativo, se aplica de nuevo la encuesta inicial a las personas participantes, comparando los resultados con los de la primera encuesta anterior al proceso deliberativo. Además, este cuestionario suele contemplar también nuevas preguntas relacionadas con la valoración del foro y la experiencia participativa. La comparación de las diferencias existentes entre los resultados de la encuesta previa al foro y los de la encuesta posterior a él permite, como comentan Cuesta, Font, Ganuza, Gómez y Pasadas (2008) “valorar el impacto que la mayor información y la posibilidad de reflexionar tienen sobre la conformación de las opiniones y actitudes de la ciudadanía ante el tema tratado”.

Más allá, algunas encuestas deliberativas completan el proceso con una re-encuesta de control implementada unos meses después del foro, con el fin de observar si las opiniones y preferencias se mantienen en el mismo estado que tras la deliberación o por el contrario se han modificado por efecto del tiempo.

6.2.7. *El jurado ciudadano*

El jurado ciudadano constituye un mecanismo consultivo de participación ciudadana que busca, a partir de la deliberación colectiva de un grupo de sujetos seleccionados aleatoriamente entre los miembros de la comunidad, ayudar a los representantes institucionales en la toma de determinadas decisiones estratégicas para la planificación pública.

La similitud de este tipo de experiencias con los jurados propios de los tribunales de justicia es evidente. La diferencia entre ambos, sin embargo, estriba en dos aspectos: las discusiones son conducidas y moderadas por mediadores neutrales, y el jurado simplemente emite una serie de recomendaciones sobre las cuestiones que han sido sometidas a debate, lo que les otorga un carácter consultivo, no vinculante.

Dentro de la lógica del diagnóstico en una investigación participativa, los jurados ciudadanos son espacios de deliberación y elaboración de informes políticos que ayudan a mejorar el proceso tradicional de formación de decisiones y priorización de políticas públicas. Más allá, el jurado ciudadano proporciona la oportunidad a sujetos de la comunidad de deliberar conjuntamente entre un grupo de iguales, y reflexionar en torno a las posibles soluciones de un tema de interés comunitario.

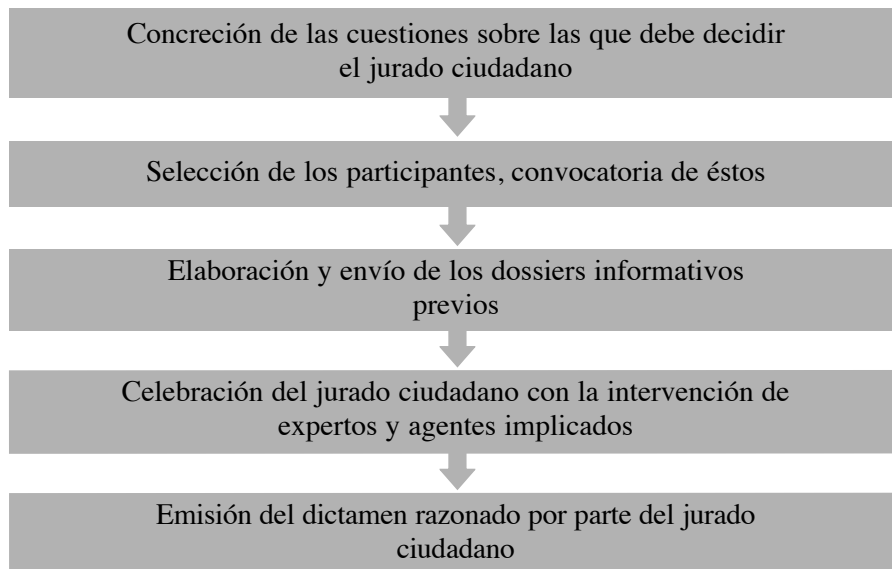
En términos operativos, el grupo de ciudadanos que componen el jurado (habitualmente entre ocho y veinte) son escogidos normalmente al azar, o de

acuerdo a criterios de estratificación sociodemográfica, a partir de los registros institucionales de población. A los sujetos finalmente seleccionados se les invita a participar en la experiencia, informándoles de cuál es la dinámica del evento, y sustituyéndolos en el caso de declinar la invitación.

Previamente a la celebración del jurado, el organismo promotor del proceso junto con personal técnico vinculado al tema a tratar elabora informes del estado de la cuestión y las distintas opciones de futuro referidas a las alternativas existentes. Dichos informes son remitidos a los miembros del jurado con antelación a la celebración del evento, a fin de que dispongan de información lo más exacta posible de la naturaleza de la materia a tratar y las posibles implicaciones de las diferentes alternativas existentes.

La celebración del jurado normalmente dura entre dos y cuatro jornadas. En las primeras sesiones se suelen llevar a cabo dinámicas para que los miembros del jurado se conozcan entre sí y desarrollen cierta confianza interpersonal. Así mismo en el momento inicial debe presentarse la persona responsable de la moderación, que será la encargada de coordinar metodológicamente el funcionamiento del proceso, la agenda y el formato que deberá tener el dictamen final.

Figura 6.22. Esquema general de acciones en el planteamiento de jurados ciudadanos



Durante las siguientes sesiones de trabajo, los miembros del jurado son capacitados e informados detalladamente por distintos agentes sociales o personas especializadas en la materia sometida a debate. Reciben información y opiniones de diferentes expertos sobre la materia en cuestión, intentando que esta información sea plural y sirva para dotar al grupo de ciudadanos de elementos de juicio suficientes para tomar una decisión. Las organizaciones sociales, los partidos políticos, empresas, y otros colectivos exponen también sus posicionamientos y justificaciones ante el ciudadano, constituyéndose en voces útiles que aportan mayores elementos de juicio a la hora de la deliberación.

Aunque es posible sustentar la dinámica del jurado sobre una sola cuestión, habitualmente se someten varias decisiones sobre una misma materia a la consideración del jurado ciudadano, y se trabaja combinando sesiones en pequeños grupos con plenarios conjuntos a fin de ir valorando las decisiones a tomar.

Una vez consensuadas en el mayor grado posible las decisiones, el dictamen final puede ser resuelto en forma de cuestionario unipersonal respondido individualmente por cada miembro del jurado, o bien por un dictamen conjunto y consensuado.

6.3. TÉCNICAS PARA LA PROGRAMACIÓN E IMPLEMENTACIÓN DE ACCIONES

Alcanzada la densidad de análisis necesaria surgida del autodiagnóstico se habrán identificado ya de forma compartida aspectos claves ligados al problema/tema tratado en la investigación. Dichos resultados, una vez alcanzados, habrán sido fruto además de una sistematización por parte del equipo investigador y se habrá llevado a cabo una serie de acciones de devolución a la población con el fin de contrastar y validar toda la información construida. Pero como se podrá intuir, no es lo mismo diseñar un diagnóstico de la realidad social cuando nuestra intención es únicamente conocer lo que ahí acontece, que cuando el diagnóstico se convierte en un paso previo (aunque imprescindible) para la programación de acciones a raíz de las características de los condicionantes identificados. Por ello el autodiagnóstico también habrá debido ser capaz de producir, a partir de la reflexión colectiva, el establecimiento de líneas generales de transformación de los problemas detectados. Probablemente todavía no se hayan cristalizado propuestas concretas de actuación, pero sí se habrá trabajado en torno a cuáles son los caminos sobre los que dichas acciones tomarán curso. Este es precisamente el sustrato analítico del que parte la tercera fase de la investigación participativa, la de programación e implementación de acciones, que si seguimos el lenguaje utilizado en IAP, se traduce en el PAI. (Programa de Acción Integral). El PAI debe recoger todo lo que se ha debatido, deliberado y actuado en las fases anteriores, y constituye un momento en el que utilizaremos técnicas participativas con el fin de catalizar la refle-

xión de la comunidad para conducirla operativamente hacia visiones de futuro y propuestas de acción conjunta que permitan aproximarse a ellas. La estrategia no es otra cosa que el plan que los actores involucrados en la investigación trazan con el fin de lograr sus objetivos hasta lograr una meta final, traducida en la generación de proyectos de acción alternativos a lo ya existente, su desarrollo y ejecución, y finalmente su evaluación.

Las técnicas a utilizar aquí se caracterizarán esencialmente por su potencialidad pragmática, en términos de estructurar relacionalmente los diferentes ítems considerados en el análisis para a partir de ahí establecer acciones concretas de transformación sobre aquellos que resulten fundamentales para los resultados perseguidos en la investigación.

Al igual que ocurre con las posibilidades técnicas disponibles para otras fases de la investigación participativa, aquí podríamos encontrar potencialmente un número muy elevado de recursos para el trabajo colectivo. Para este texto hemos rescatado cuatro que consideramos especialmente productivos para su aplicación en contextos grupales. Dos de ellos, el árbol de problemas y soluciones y el flujograma, destacan por su capacidad para establecer modelos explicativos causales a partir de la reflexión colectiva que permiten, sobre la base de lo trabajado en el autodiagnóstico, distinguir entre problemas primarios, secundarios y consecuencias de ambos en la realidad cotidiana, de manera que el objetivo del trabajo grupal será determinar qué acciones se deberán poner en marcha para resolver aquellos temas que poseen una mayor incidencia sobre la realidad estudiada. Las dos últimas técnicas (los talleres de futuro y el European Awareness Scenario Workshop), permitirán establecer nexos entre las acciones a emprender y las distintas visiones de futuro que genera la propia comunidad, de manera que sea posible identificar las tareas necesarias y su secuencia para encauzar en lo posible el escenario de futuro juzgado como deseado en la comunidad.

6.3.1. El árbol de problemas y soluciones

El árbol de problemas y soluciones constituye un instrumento muy útil para ayudar a resolver las cuestiones ligadas al tema tratado en la investigación. En él se expresan de forma gráfica, a través de encadenamientos tipo causa-efecto, tanto las condiciones negativas percibidas por los involucrados en relación con el problema como, dentro de la misma lógica, las posibles vías de solución a éstas. A través de este encadenamiento se ordenan los problemas principales, permitiendo al grupo de trabajo identificar el conjunto de problemas sobre el cual se concentran los objetivos de la investigación. Esta clarificación de la cadena de problemas permite mejorar el diseño, así como efectuar una supervisión de las propuestas de acción durante su hipotética eje-

cución; y una vez terminado el proyecto, facilita la tarea de evaluación, con el fin de determinar si los problemas han sido resueltos (o no) como resultado de la investigación.

Para lograr todo ello los participantes en la técnica utilizan la metáfora de un árbol como soporte icónico sobre el que ir organizando problemas y propuestas de solución. La lógica operativa es la siguiente.

En primer lugar se construye participadamente el árbol de problemas. Para ello los participantes se reúnen utilizando como material primario los ítems identificados en la fase de autodiagnóstico de la investigación. Con estos ítems el trabajo se centra en la identificación del problema considerado como más importante, así como sus causas y consecuencias. El resultado alcanzado se expresa mediante el trazo o dibujo del árbol del problema. Debe llegarse a un consenso sobre el problema central que constituirá la base del tronco. Luego el grupo determina los principales efectos y consecuencias de este problema que los inscriben en las ramas principales del árbol, reservándose las ramificaciones menores para los efectos secundarios (consecuencias de las consecuencias). En las raíces se expresan las causas y orígenes del problema central, ordenándose también en causas principales y secundarias. El objetivo por lo tanto será fijar una jerarquización de las causas y consecuencias del tema planteado.

Una vez elaborado el árbol de problemas se procede a construir el árbol de soluciones. Aquí se ha de elaborar un árbol semejante al anterior, en el cual

Figura 6.23. Esquema de un árbol de problemas

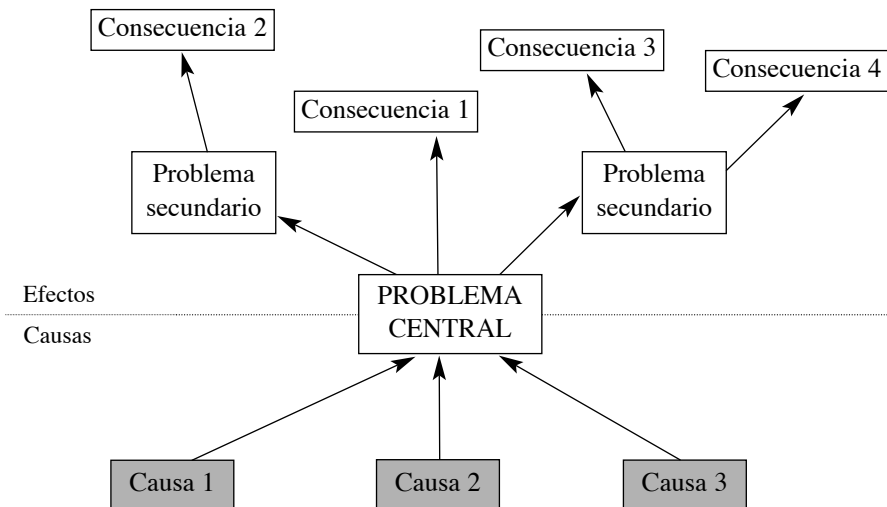
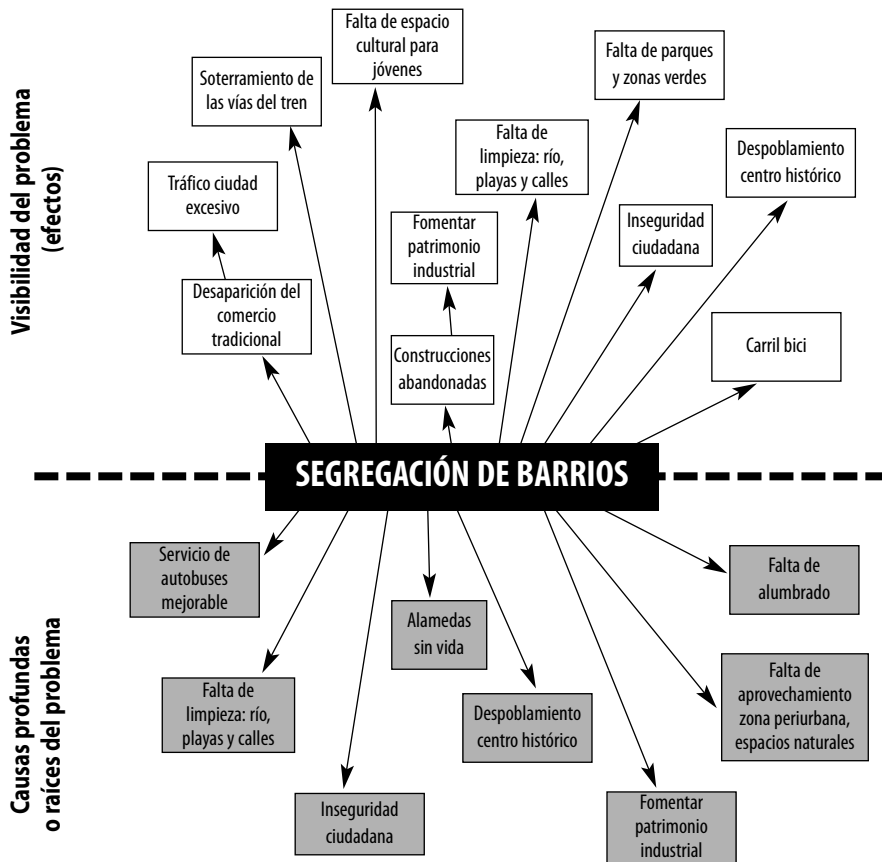
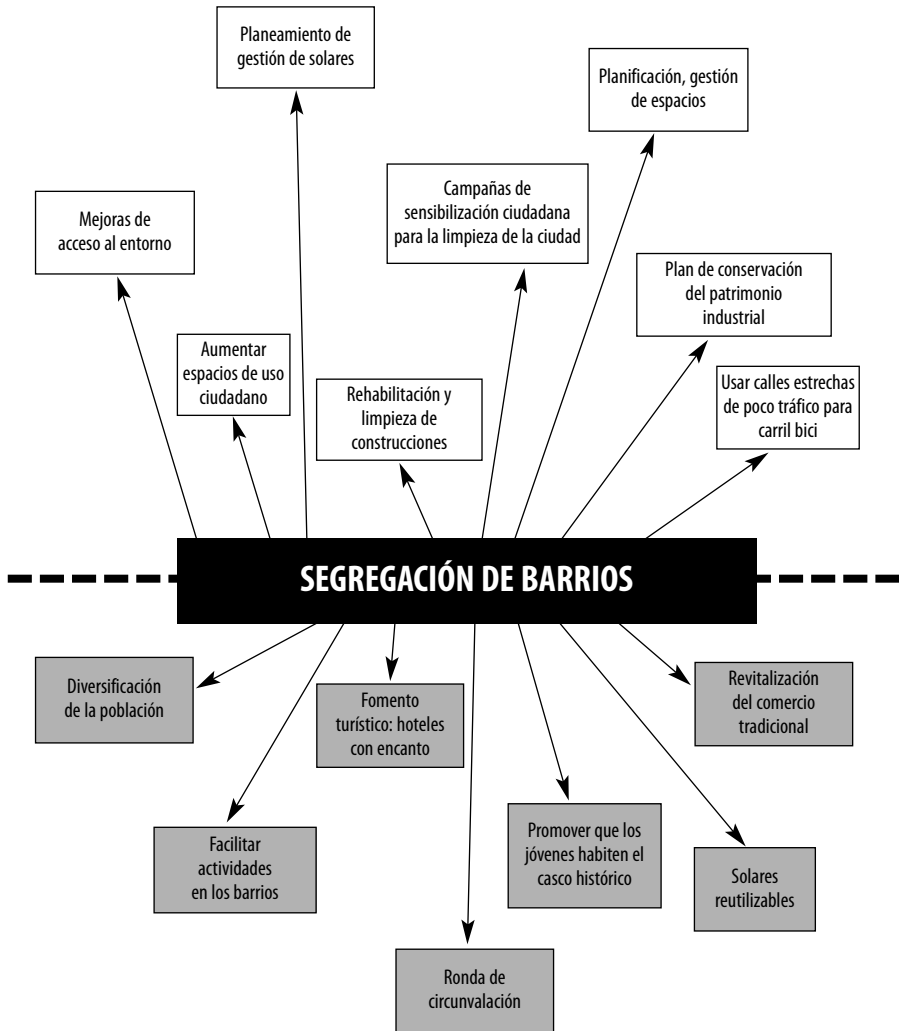


Figura 6.24. Ejemplo de árbol de problemas aplicado a un Plan de Ordenación del Territorio en una localidad



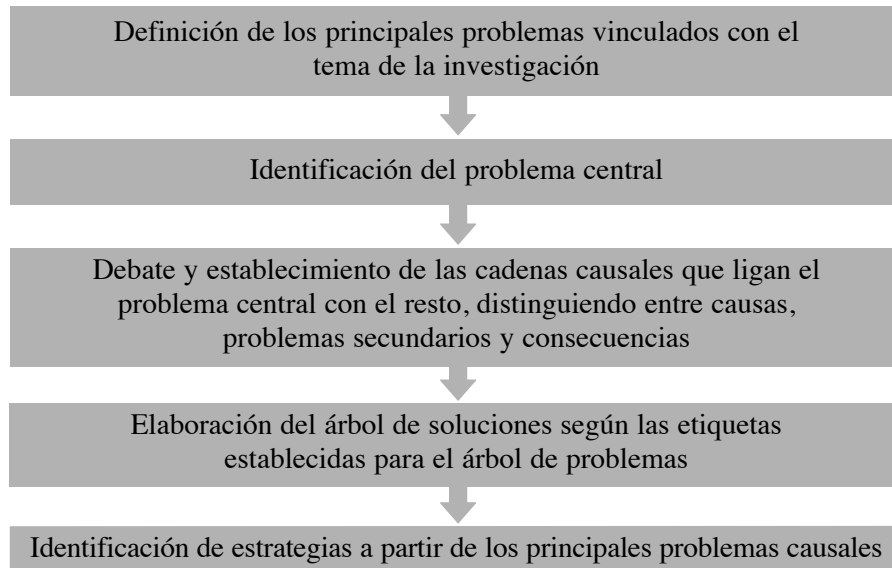
Fuente: Carratalá, L.; Sanchís, M; Francés, F. y Santos, M. (2015) *La participación ciudadana en la planificación del paisaje urbano. Un diagnóstico estratégico participativo para el Proyecto de Redacción del Plan de Calidad del Paisaje Urbano de Lorca*. Alicante: PREPARACCION ediciones

Figura 6.25. Ejemplo de árbol de soluciones aplicado a un Plan de Ordenación del Territorio en una localidad



Fuente: Carratalá, L.; Sanchís, M; Francés, F. y Santos, M. (2015) *La participación ciudadana en la planificación del paisaje urbano. Un diagnóstico estratégico participativo para el Proyecto de Redacción del Plan de Calidad del Paisaje Urbano de Lorca*. Alicante: PREPARACCION ediciones

Figura 6.26. Esquema general de acciones en el planteamiento árboles de problemas y soluciones



se reemplazarán las indicaciones de “problema” o cada una de sus consecuencias por indicaciones de “soluciones”. Así, el proyecto pasa de una visión negativa de los fenómenos a los que se enfrenta, a una visión positiva de los resultados que debe alcanzar. Esto facilitará la reflexión sobre las acciones prioritarias a emprender, insistiendo en la necesidad de un enfoque realista.

Los resultados de la técnica permiten, entre otras cuestiones, dejar de observar los problemas surgidos del autodiagnóstico de una forma unidimensional para comenzar a gestar un modelo explicativo en el que los problemas se hallan relacionados entre sí en forma de cadenas causales y explicativas. De ello se deriva que si se alcanzan soluciones para temas considerados como causales (representados en el tronco o las ramas dentro de la metáfora del árbol), habremos identificado soluciones sinérgicas, por cuanto la resolución de un problema causal tenderá a impactar también sobre aspectos que son consecuencias de éste, pudiendo así encontrar propuestas de acción que adquirirán la condición de integrales. Cuantas más propuestas de acción se establezcan para problemas situados en la parte media o inferior del árbol, mayor integralidad presentarán estas propuestas, abordándose así programaciones que atienden a las causas de la situación de la comunidad, y no únicamente a las consecuencias de los problemas.

6.3.2. *El flujograma situacional*

El flujograma es una técnica que encuentra sus orígenes en los enfoques de la planificación estratégica situacional desarrollada por Carlos Matus. Un flujograma persigue construir información válida para el diagnóstico de temas a partir de la elaboración colectiva de una matriz bidimensional ofreciendo como resultado un gráfico de la interrelación de éstos. El trabajo colectivo sobre esta matriz permitirá visualizar las relaciones de causa-efecto entre los diversos elementos relacionados con el tema objeto de debate y los actores o agentes implicados, a fin de establecer los “nudos críticos”, y los principales factores por los que cabría comenzar a resolver el problema, así como las propuestas de acción ligadas a ellos.

El objetivo final de esta técnica es por lo tanto vincular los problemas definidos por la comunidad con otros existentes y con los distintos actores responsables de su tratamiento, determinado la capacidad de resolución de cada actor en relación a cada cuestión. En términos pragmáticos permitirá priorizar cuáles son los principales nudos críticos que están dificultando el proceso estudiado, para a partir de ahí trazar cadenas causales que unan los problemas con los actores responsables y con las propuestas de acción identificadas por los participantes.

Antes de la aplicación de los flujogramas es necesario establecer cuáles son los distintos actores implicados por el tema que se va a tratar. En una primera fase, miembros o sujetos pertenecientes a cada uno de los actores desarrollará los flujogramas por separado para posteriormente realizar puestas en común con los distintos agentes participantes.

Existen formas y estrategias muy diversas de planteamiento de flujogramas. En las coordenadas de la matriz es posible colocar distintos ejes analíticos, pero describimos aquí la forma que creemos más productiva para la planificación participativa.

La técnica parte de la definición por parte de los participantes de los principales elementos en el ámbito planteado para estudio, que en el marco de la investigación participativa se nutrirá del análisis realizado en la fase de auto-diagnóstico. Dichos problemas son normalmente transcritos en tarjetas para ser utilizados en el transcurso de la técnica.

Una vez determinados los principales aspectos, el siguiente paso será el planteamiento en un soporte gráfico por parte de la persona encargada de la coordinación de la matriz de análisis. Las filas (tres) de la matriz discriminarán los problemas según estén o no dentro del espacio de influencia de los participantes (pueden ser controlado por los participantes, pueden influir en ellos, o quedan fuera de la influencia su capacidad de influencia). Las colum-

nas (entre tres y cinco normalmente) de la matriz distinguirán los problemas en distintos espacios temáticos de manera que queden integrados bajo una lógica temática (por ejemplo discriminación, prevención, información, asistencia, etc.). De esta forma quedará configurada una matriz en la que estará representado el grado de influencia del actor para generar cambios (eje vertical) y el ámbito a que están asociados los problemas identificados (eje horizontal).

Presentada la matriz de análisis, es posible ya ir colocando los problemas enunciados por los participantes en los distintos cuadrantes. Lo idóneo en este sentido es que la ubicación de las tarjetas sea debatida y consensuada por el grupo hasta colocarlas todas en la matriz. Quedarán así situados los problemas en relación a la capacidad de influencia de los participantes y a los ámbitos de actuación.

La siguiente tarea en la dinámica grupal será trabajar colectivamente en las relaciones entre los problemas, que en este caso serán relaciones de causa-efecto. Un problema puede ser causa total o parcial de otro u otros que se hayan identificado, de manera que se van configurando múltiples cadenas explicativas entre los ítems propuestos por los participantes. Así se identificará la matriz de efectos, en la cual se contabilizará para cada problema el número

Figura 6.27. Esquema general de acciones en el planteamiento flujogramas

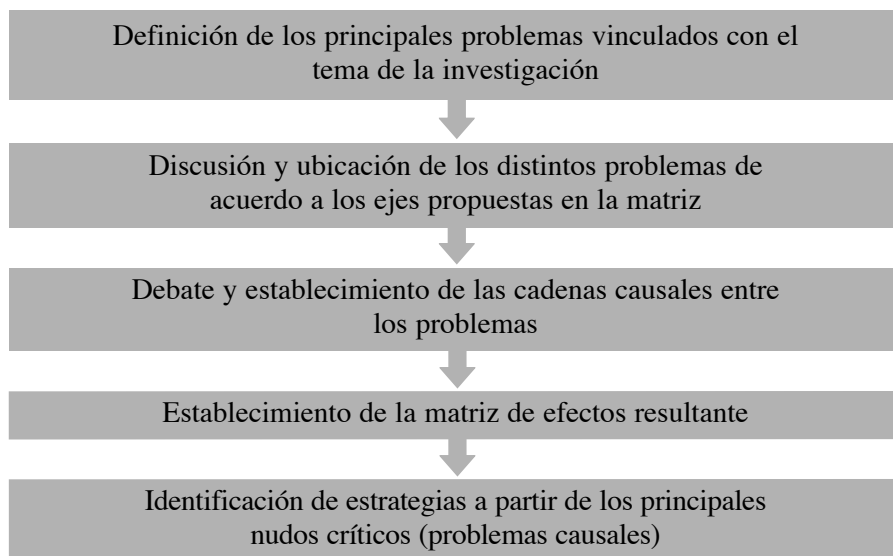
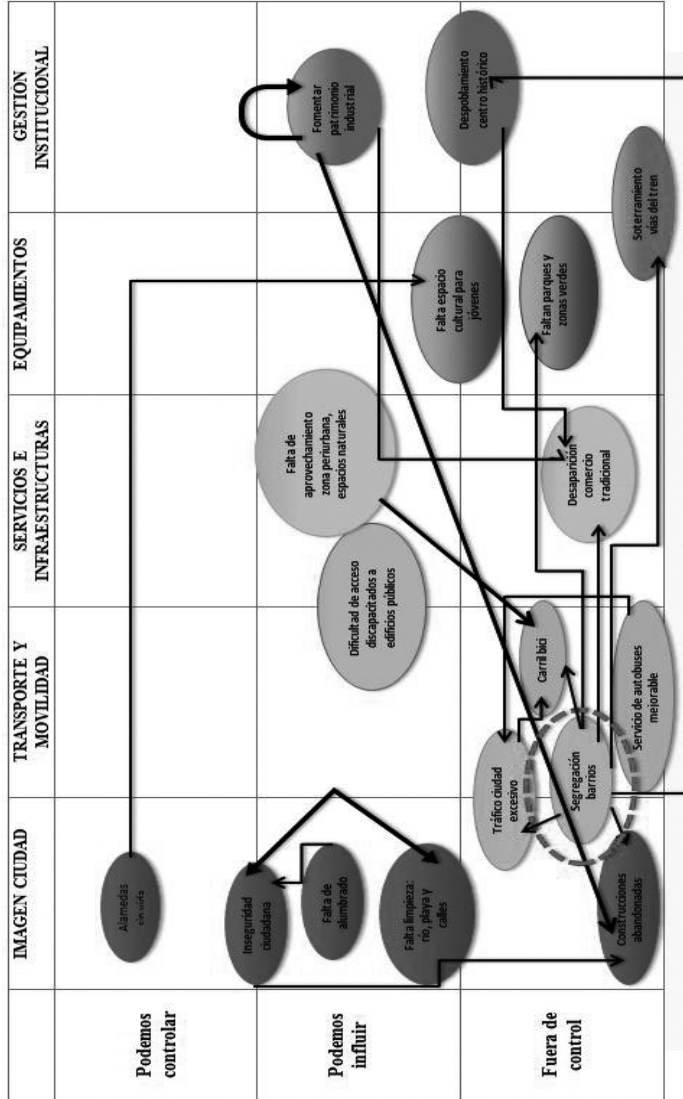


Figura 6.28. Ejemplo de flujograma situacional aplicado a un Plan de Ordenación del Territorio en una localidad



Fuente: Carratalá, L.; Sanchís, M; Francés, F. y Santos, M. (2015) *La participación ciudadana en la planificación del paisaje urbano. Un diagnóstico estratégico participativo para el Proyecto de Redacción del Plan de Calidad del Paisaje Urbano de Lorca*. Alicante: PREPARACION Ediciones

de flechas que registra de salida (relaciones de causa) y el número de flechas registradas de entrada (efectos recibidos). Aquellos que acumulen un número elevado de flechas salientes constituirán elementos causales, mientras que los que los que contabilicen muchas flechas de entrada es posible identificarlos como consecuencias. Los ítems que acumulan simultáneamente un número elevado de entradas y salidas representan los nudos críticos a resolver en la materia planteada.

La parte final de la aplicación de la técnica aborda la parte propositiva, donde será posible:

- a) Establecer propuestas de acción sobre los factores que se controlan.
- b) Formular propuestas para que sea efectiva la influencia que, según la matriz, se tiene sobre los nudos descritos.
- c) Indagar sobre posibles acciones con las que lograr que aquello que está fuera del alcance se convierta en controlable, o, al menos, quede dentro del espacio de influencia.

La consideración conjunta de los resultados obtenidos de los distintos flujogramas trabajados con los actores puede constituir el esquema general para la elaboración del PAI dentro de la investigación.

6.3.3. Los talleres de futuro

Los talleres de futuro comenzaron a desarrollarse en la década de los sesenta del siglo XX en Alemania y Austria. Se trata de una técnica que combina la interacción entre dos dimensiones de la reflexión colectiva, la razón y la lógica por un lado y la emoción y la intuición por otro (WHO, 2002).

En los talleres de futuro los participantes elaboran descripciones de posibles visiones futuras a partir de la reflexión en torno a la dinámica de hechos presentes que acontecen en la comunidad, cambios en las relaciones entre los actores implicados en el tema trabajado y eventuales decisiones que éstos van adoptando a lo largo del tiempo. Los contenidos habituales tratados desde estas técnicas hacen alusión a aquellas parcelas del problema donde existe una alta probabilidad de cambios, o contextos cuyo futuro previsible es juzgado como no conveniente.

En el desarrollo de la técnica los participantes van identificando futuros deseables y abordan propuestas de cambio para que el fenómeno evolucione en la forma deseada. Ello se articula habitualmente en cuatro fases: preparación, crítica, imaginación e implementación.

En una primera fase de preparación debe escogerse el tema sobre el que se articulará el taller, e invitar a todos los actores y agentes sociales implicados en

el problema a participar en él. Previa a la celebración del taller es conveniente también recopilar datos secundarios o contextuales (económicos, jurídicos, culturales, administrativos, etc.) que contribuyan a documentar las reflexiones y que puedan ser utilizados a lo largo del debate.

Una vez iniciado el desarrollo del taller, el primer paso consiste en establecer los principales asuntos alrededor del tema de debate y discusión. En el marco de una investigación participativa éstos ya habrán sido identificados y sistematizados en la fase del autodiagnóstico, por lo que la dinámica puede comenzar por una breve sesión de devolución por parte del equipo investigador presentando la información tratada en la fase anterior y sus resultados.

Una vez establecido el mapa de problemas, la siguiente fase pone en marcha la creatividad de los participantes, siendo el objetivo de este momento ir priorizando qué aspectos críticos presentan un mayor potencial de transformación, ligando a éstos los distintos actores implicados para resolver los problemas existentes, y teniendo en cuenta los recursos reales o potenciales así como posibles implicaciones de las decisiones que vayan tomando. Para ello será necesario detallar el grado de poder o la capacidad para activar el cambio de cada uno de estos actores, así como los conflictos presentes y futuros que se pueden generar entre estos agentes sociales cuando trabajen conjuntamente en el futuro en relación al tema tratado.

Figura 6.29. Esquema general de acciones en el planteamiento de talleres de futuro

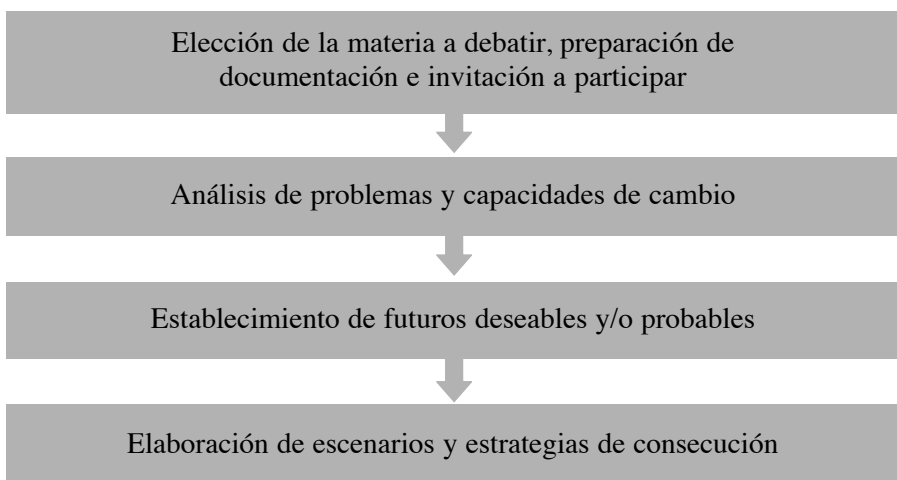


Figura 6.30. Ejemplo de escenarios de futuro aplicados a un Plan de Ordenación del Territorio en una localidad

ESCENARIO PROBABLE	
ESCENARIO NO DESEABLE	<ul style="list-style-type: none"> - Industrias contaminantes en el centro urbano - Contaminación acústica - Despoblamiento - Abandono del centro histórico - Dificultades de movilidad peatonal
	<ul style="list-style-type: none"> - Más zonas verdes - Fomento del patrimonio cultural - Integración y conexión entre barrios - Economía condicionada al paisaje - Fomento del uso de vehículos no contaminantes
	<ul style="list-style-type: none"> - Ausencia de diferenciación social entre barrios - Diversidad de actividad económica y empleos - Nuevas referencias en la actuación urbanística - Baja edificabilidad en el centro urbano - Reubicación de las industrias fuera del centro urbano
	ESCENARIO DESEABLE
ESCENARIO IMPROBABLE	

Fuente: Carratalá, L.; Sanchís, M; Francés, F. y Santos, M. (2015) *La participación ciudadana en la planificación del paisaje urbano. Un diagnóstico estratégico participativo para el Proyecto de Redacción del Plan de Calidad del Paisaje Urbano de Lorca*. Alicante: PREPARACCION ediciones

Una vez definidos los problemas y la estructura de fuerzas, se estará en condiciones ya de comenzar a pensar en los futuros posibles. Se puede partir de la definición de los escenarios que la mayor parte de los actores consideran como deseable (escenario utopía) o con capacidad de ser alcanzado (escenario meta), contrastándolos con el escenario que se ha visibilizado en el diagnóstico como tendencial o probable. En el caso de no coincidir ambos, habrá que comenzar a diseñar escenarios alternativos. Es conveniente en este sentido trabajar sobre ejes conceptuales opuestos en los que se describan las situaciones deseadas y a evitar, trazando para cada uno de estos escenarios opuestos trayectorias o rutas para alcanzarlos (en el caso de los deseados) o para neutralizarlos (en el caso de los evitados).

El resultado de un taller de escenarios suele cristalizar en uno o varios mapas gráficos acompañados de una narración que los describen. En estos mapas deben estar recogidos los eventos y acciones posibles, así como los cambios de relaciones que se irán produciendo entre los actores implicados. De la misma forma los mapas de futuro, en relación a la planificación, deben contemplar indicadores de trayecto para la monitorización. Estos indicadores actúan como alarma o señal para comprobar si la evolución de futuro en la materia trabajada se encamina hacia uno u otro escenario con el fin de reorientar en lo posible la intervención.

6.3.4. *European Awareness Scenario Workshop (EASW)*

El European Awareness Scenario Workshop surgió como iniciativa del Instituto Danés de Tecnología, y posteriormente se trasladó a los trabajos de la Comisión Europea para sus programas de ciudades sostenibles. Después con el tiempo se ha ido consolidando como metodología participativa en la intervención social.

También conocido por sus siglas (EASW), constituye una técnica cuyo principal objetivo es proporcionar una herramienta destinada a fomentar la participación y el debate, con el fin de que grupos de población con necesidades o intereses diversos alcancen acuerdos en cuestiones relacionadas con los problemas comunitarios y su futuro desarrollo. Como se podrá observar, el EASW constituye una técnica muy similar a la de los talleres de futuro por cuanto las dos persiguen outputs muy parecidos, aunque ambas técnicas difieren en su metodología de aplicación y en la organización de las acciones internas por parte de los participantes.

Un EASW se construye a partir de dos actividades o pasos: el taller de desarrollo de visiones futuras, y el taller de generación de iniciativas de acuerdo con lo previsto en las visiones elaboradas.

En el primer paso, el *taller de desarrollo de visiones*, se solicita a los participantes que se proyecten hacia el futuro para imaginar, en relación al tema o aspecto tratado, sus características esenciales. Este taller se divide en dos fases:

- a) Trabajo en grupos homogéneos. Se forman grupos poblacionales homogéneos para aportar una perspectiva concreta sobre el fenómeno (por ejemplo, si se trata de una intervención sobre un barrio marginal, técnicos de la administración que trabajan sobre el terreno, asociaciones de vecinos, asociaciones de inmigrantes si hay, ciudadanos anónimos, técnicos de ONGs, etc.). Los grupos deben tener un mínimo de 6 com-

ponentes para garantizar la operatividad del proceso. Dentro de cada grupo se forman parejas, y cada una de esas parejas realiza un análisis DAFO en base al tema propuesto. De este DAFO se obtendrá un diagnóstico con un escenario positivo y uno negativo. Una vez finalizados los DAFOs se procederá por parte de cada pareja a la exposición clara y sintética por escrito de ambos escenarios al resto de componentes del grupo, y se discutirán los escenarios resultantes por parte de la asamblea grupal. A partir de ahí se llevará a cabo una votación individual de los escenarios más adecuados (cada participante vota uno negativo y otro positivo). Tras la elección de los escenarios más adecuados, será posible recuperar alguna cuestión de los otros escenarios para completarlos y se obtiene el póster con el escenario definitivo del grupo homogéneo de participantes.

- b) Trabajo en plenario. En esta segunda fase se desarrolla un trabajo conjunto de todos los participantes. La primera acción será la elección de un representante de cada grupo homogéneo que tendrá que exponer brevemente la orientación de los escenarios seleccionados. Una vez expuestos los escenarios, todos los participantes visitarán los pósters para su lectura y se llevará a cabo una votación individual de los escenarios juzgados como más adecuados (habitualmente a cada participante se le asignan cinco votos). Tras la priorización de los escenarios más adecuados, se podrá recuperar al igual que en el primer momento de trabajo con grupos homogéneos alguna cuestión de los otros escenarios para completarlos, de manera que al finalizar este primer taller quedará como resultado la elaboración del póster con el escenario definitivo del taller de visiones.

En el segundo paso del EASW, el *taller de generación de iniciativas*, los participantes deben construir ideas concretas que contribuirían a alcanzar el escenario deseado, la visión común. Consta también de dos fases:

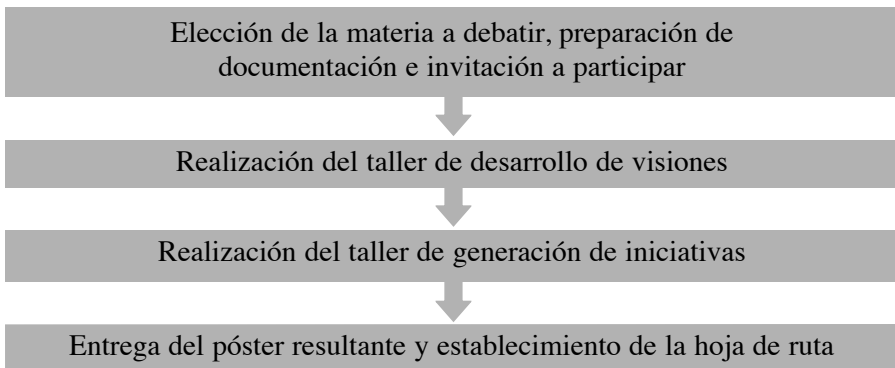
- a) Trabajo con grupos heterogéneos. Se forman grupos heterogéneos poblacionalmente para abordar una temática concreta desde diferentes ángulos (por ejemplo, limpieza del barrio, delincuencia, integración, estética y urbanismo, exclusión, etc.). En este caso no hay un número máximo estimado para la composición de los grupos, pero se estima que como mínimo es necesario que esté compuesto por tres o cuatro participantes para cada grupo temático con el fin de garantizar el debate. Estos grupos discuten sobre el escenario resultante del primer taller y

las posibilidades de acción en torno a él. A continuación cada participante desarrollará al menos dos propuestas de acción en relación al tema. Para cada una de las propuestas elaboradas se suele cumplimentar una ficha con la siguiente información: nombre de la iniciativa, cómo se llevaría a cabo, quien la lideraría, y cuál es la población destinataria. A continuación cada participante expondrá sus propuestas al conjunto del grupo heterogéneo y se procederá a la votación individual de las iniciativas (habitualmente disponiendo de tres votos por persona), terminando por ser seleccionadas las cinco iniciativas más votadas.

- b) Trabajo en plenario. En esta segunda sesión se trabaja conjuntamente con todos los participantes. Al igual que en el primer taller, cada grupo deberá elegir un representante encargado de exponer brevemente la orientación de las actuaciones seleccionadas. De nuevo se visitan todos los pósters para su lectura y se procederá a la votación individual de las actuaciones más adecuadas (normalmente con cinco votos para cada participante). Finalmente se llevará a cabo la elaboración del póster con las actuaciones definitivas del taller de iniciativas.

Tras el taller generalmente se convoca una reunión posteriormente con el fin de dar difusión a los resultados y entregar el póster a los actores involucrados en el problema, a fin de que actúe como hoja de ruta de la intervención.

Figura 6.31. Esquema general de acciones en el planteamiento de talleres de futuro



7. BIBLIOGRAFÍA

- Alaminos, A. (2005) *El análisis de la realidad social*. Alicante: OBETS.
- Alberich, T. (2008) "IAP, redes y mapas sociales: desde la investigación a la intervención social", *Portularia*, VIII(1), 131-151
- Alguacil, J. (2000) *Calidad de vida y praxis urbana*. Madrid: CIS.
- Alguacil, J., Camacho, J., y Trabada, E. (2000) "Metodologías participativas para la acción asociativa en el desarrollo local". *Ciudades para un Futuro más Sostenible*. El boletín de la biblioteca. Nº 12. Madrid. Abril 2000.
- Ander-Egg, E. (1990) *Repensando la Investigación-Acción-Participativa*. Servicio de publicaciones del gobierno vasco. Vitoria.
- Ander-Egg, E. (1997) *Metodologías de Acción Social*. ICSA. San Isidro, Argentina. Pag 53.
- Basagoiti, M., Bru, P. y Lorenzana, C. (2001) *IAP (de bolsillo): Investigación Acción Participativa*. Madrid: Acsur Las Segovias.
- Bergua, J. (2004) "Investigación social y anamnesis: más allá de la perspectiva dialéctica", *Papers*, nº 72. Págs 11-30
- Buitrago, L. et alter (2006) "Las redes sociales rumanas en Coslada: un espacio de encuentro intercultural", *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 11(5)
- Canales, M. (coord.) (2006) *Metodologías de investigación social*. Santiago de Chile: LOM Ediciones
- Carratalá, L.; Casanova, J.; Francés, F. García, J. (1999) *Investigación Participativa sobre Asociacionismo y Juventud en Alicante*. Alicante: Ayuntamiento de Alicante
- Carratalá, L.; Sanchís, M; Francés, F. y Santos, M. (2015) *La participación ciudadana en la planificación del paisaje urbano. Un diagnóstico estratégico participativo para el Proyecto de Redacción del Plan de Calidad del Paisaje Urbano de Lorca*. Alicante: PREPARACCION ediciones
- Cendales, L., Torres, F. y Torres, A. (2004) "Uno siembra la semilla pero ella tiene su propia dinámica", entrevista a Orlando Fals Borda. Consultado en www.dimensioneducativa.org.co
- Chrislip y Larson (1994) *Collaborative Leadership: How Citizens and Civil Leaders Can Make a Difference*. San Francisco: Jossey-Bass.

- Colectivo IOE. (2004) "Investigación Acción Participativa: propuesta para un ejercicio activo de la ciudadanía". Ponencia presentada en las *Jornadas sobre Movimientos Sociales e Investigación Activista*. Barcelona. 22-25 de enero de 2004.
- Córdova, M.D. & Cucco, M. (1999). Investigación social e intervención comunitaria. La Habana: Maestría en Metodología ProCC
- Cuesta, M.; Font, J.; Ganuza, E.; Gómez B. y Pasadas, S. (2008) "Encuesta deliberativa. ¿Cómo sería una opinión pública informada?", *Boletín CIS* nº 4
- De La Riva, F. (1993) "Investigación Participativa y Autoformación Grupal", *Documentación Social* nº 92 Julio-Septiembre 1993. Madrid. Pag 141-152.
- De la Riva, F. (2003) Metodologías de análisis de la realidad local y global. Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- De Miguel, M. (1993) "La IAP un paradigma para el cambio social", *Documentación Social* nº 92 Julio-Septiembre 1993. Madrid. Pag 91-108.
- Delgado, R. (2009) "La integración de los saberes bajo el enfoque dialéctico globalizador: la interdisciplinariedad y transdisciplinariedad en educación", *Investigación y Postgrado*, 24 (3), pp. 11-44.
- De Schutter, A. y Yopo, B. (1983) "Desarrollo y perspectiva de la investigación participativa", en Vejaran, G. (comp) *La investigación participativa en América Latina*. México: Centro regional para la Educación de Adultos y Alfabetización Funcional para América Latina.
- De Sousa, B. (2002) *Introdução a uma ciência pósmoderna*. Porto: Afrontamento
- Elizalde, A. (1993) "La IAP y el diagnóstico de las necesidades comunitarias", *Documentación Social* nº 92, pp. 121-139.
- Fals Borda, O. (1994) *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla con la praxis*. Tercer Mundo. Bogotá.
- Fals Borda, O. (1999) "Investigación-Acción-Participativa", en Pérez Serrado, G. (coord.) *Modelos de investigación cualitativa en educación social y animación sociocultural: aplicaciones prácticas*. Madrid: Narcea
- Fals Borda, O. y Rodríguez Brandao (1986) *Investigación participativa*. Montevideo: Instituto del Hombre
- Fernandes, K. (1993) *Conventional and Participatory Research Methodologies*, Sustainable Development Policy Institute, Working Paper Series # 6
- Fishkin, J. (1991) *Democracy and deliberation: new directions for democratic reform*. New Haven: Yale University Press.
- Fishkin, J. (1995) *The voice of the people: public opinion and democracy*. New Haven: Yale University Press.
- Francés, F. (2008) "La Investigación-Acción-participativa como propuesta metodológica para el desarrollo comunitario", en Penalva, C. y Ramos, C. (coords.) *La construcción de la paz. Propuestas interdisciplinarias*. Alicante: Servicio de publicaciones de la universidad de Alicante.
- Francés, F.; Alaminos, A.; Penalva, C. y Santacreu, O. (2015) *El proceso de medición de la realidad social: la investigación a través de encuestas*. Cuenca (Ec): Pydlos Ediciones.

- Freire, P. (1993) “Interrogantes y propuestas”, *Boletín de Temas de psicología social*, IV (13).
- Friedlander, F. (2001) *Participatory action research as a mean of integrating theory and practice*. Action research symposium, Alexandria, July 2001.
- Fung, A. (2004) *Participatory governance: accountability and capacity*. Social Department Development. World Bank. Washington. Disponible en internet: <http://info.worldbank.org/etools/docs/library/114924/674-1378.pdf> (consultado el 05/07/2015).
- Fung, A. and E. O. Wright (2001), “Deepening Democracy: Innovations in Empowered Participatory Governance”, *Politics and Society*, nº 29(1), 5-41.
- Ganuzo, E; Olivari, L.; Paño, P.; Buitrago, L.; y Lorenzana, C. (2010) *La democracia en acción. Una visión desde las metodologías participativas*. Madrid: Antígona.
- García, C. (1995) *Teorías Socio-educativas en América Latina. Producción y transferencia de Paradigmas*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Gurdián-Fernández, A. (2007). *El Paradigma Cualitativo en la Investigación Socio-Educativa*. San José: CECC-AECI.
- Gutiérrez Sastre, M. (1998) *Participación Local en Instituciones : Reflexión Crítica sobre los Procesos de Investigación en la Comunidad*. Materiales de trabajo del Dpto de Sociología de la Universidad de Salamanca. Serie Análisis. Documento A/09 98-PB94/1382.
- Harper, K. (2009) *Across the Bridge: Using PhotoVoice to Study Environment and Health in a Romani Community*. Amherst: University of Massachusetts.
- Ibáñez, J. (1985) *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Siglo XXI.
- Ibáñez, J. (1990) *El regreso del sujeto*. Santiago de Chile: Amerindia.
- Le Boterf, G. (1986) “La investigación participativa: una aproximación para el desarrollo local”, en Quintana, J. (coord.) *Investigación participativa. Educación de adultos*. Madrid: Narcea, pp. 24-36.
- Lourau, R. (1975) *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martín, P. (2010) *La planificación participativa desde Una perspectiva de redes sociales*. Tesis doctoral – Universidad Complutense de Madrid.
- Massé, C. (2006) “La complejidad en la totalidad dialéctica”, *Sociologías*, 8(15), 56-87
- Martí Puig, S. (2002) “Redes de acción colectiva e impactos políticos”. *Texto para Seminario de investigación, Área de ciencia política y de la Administración*. Universidad de Salamanca
- Martín, P. (1999). “El sociograma como instrumento que desvela la complejidad”, en EMPIRIA, nº 2. Madrid, Facultad de CC. Políticas y Sociología UNED. (pp. 129-151)
- Martín, P. (2001) “Mapas sociales: método y ejemplos prácticos”, en VV.AA. *Prácticas de creatividad social*. Madrid: El viejo topo. Págs. 91-115.
- Matus, C. (1987) *Política, planificación y gobierno*. Caracas: Fundación Altadir.

- Montañés, M. (2001) "Introducción al análisis e interpretación de textos y discursos", en Montañés, M. et al. (coords) *Prácticas de creatividad local*, Madrid: El Viejo Topo
- Montañés, M. (2002). "Interpretación de textos y discursos al servicio del desarrollo local", en Rodríguez Villasante, T. y Garrido, F.J. (coord) *Metodologías y Presupuestos Participativos*. Madrid: CIMAS. Págs. 77-122.
- Montañés, M. (2009) *Metodología y técnica participativa. Teoría y práctica de una estrategia de investigación participativa*. Barcelona: UOC.
- Moreno, J. (1997) "Ciencia, ideología y comunicación en el trabajo social", *Gaceta de Antropología*, nº 13, texto 13-09.
- Morin, E. (1995) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Navarro, P. (1990) "Sistemas reflexivos", Suplementos, n.º 22, *Anthropos*.
- Núñez, C. (1997) *Educación para Transformar, Transformar para Educar*. Buenos Aires: Humanitas
- Ortiz, M. y Borjas, B. (2008) "La Investigación Acción Participativa: aporte de Fals Borda a la educación popular", *Espacio Abierto*, 17 (4), 615-627.
- Palazón Romero, F. (1993) "Implicación acción-reflexión-acción". *Documentación Social* nº 92. Julio-Septiembre 1993. Madrid. Pag 43-59.
- Penalva, C.; Alaminos, A.; Francés, F. y Santacreu, O. (2015) *La investigación cualitativa: técnicas de investigación y análisis con Atlas.ti*. Cuenca (Ec): Pydlos Ediciones.
- Polsby, N. (1980) *Community Power and Political Theory*. Yale: Yale University Press.
- Rodríguez Villasante, T. (1984) *Comunidades locales. Análisis, movimientos y alternativas*. IEAL, Madrid.
- Rodríguez Villasante, T. (1993) "Aportaciones Básicas de la IAP a la Epistemología y Metodología". *Documentación Social* nº 92 Julio-Septiembre 1993. Madrid. Pag 23-43.
- Rodríguez Villasante, T. (1998) *Del desarrollo local a las redes para mejor-vivir*. Buenos Aires: Lumen.
- Rodríguez Villasante, T. (2001) *Procesos para la creatividad social*. Madrid: El viejo topo.
- Rodríguez Villasante, T. (2003) "Metodologías para la creatividad social", documento del *Curso de Metodologías de participación y creatividad social en experiencias con sectores juveniles*. Sep 2003. Gijón.
- Rodríguez Villasante, T. y Montañés, M. (2000) "Algunos Cambios de Enfoque en las Ciencias Sociales". VV.AA. *La Investigación Social Participativa*. Ed El viejo topo. Madrid. Pag 13-28.
- Rosa, M. Y Encina, J. (2003) "Democracias participativas desde las prácticas locales", en VV.AA. *Democracias participativas e intervención comunitaria desde Andalucía*. Sevilla: ACSUR-Andalucía y Atrapasueños. Pag 13-47.
- Preparacion (2001) *Estudio sociológico sobre juventud en Villena*. Villena: Ayuntamiento de Villena y Obra Social de la Caja de Ahorros del Mediterráneo.

- Preparacion (2008) *Diagnóstico estratégico participativo de la actividad económica en el Municipio de Novelda*
- Sacristán, M. (1987) "Entrevista con Manuel Sacristán", en Sacristán, M. (ed) *Pacifismo, ecología y política alternativa*. Barcelona: Icaria.
- Sierra Bravo, R. (1985) *Técnicas de Investigación Social*. Madrid: Paraninfo.
- Seymour-Rolls, K. y Hughes, I. (2000) "Participatory Action Research: getting the job done", en Hughes, I. (ed) *Action research electronic reader*. University of Sidney.
- Tapia, G. (2004) *Análisis de actores involucrados en procesos participativos*. Fundación Cambio Democrático. Argentina.
- Valero, A. (2005) "Las perspectivas de la investigación social. Del pensamiento restringido al pensamiento complejo", *Saberes*, vol 3. Separata.
- VV.AA. (2009) *Metodologías participativas. Manual*. Madrid: CIMAS.
- Wang, C. (1999) "Photovoice: a participatory action research strategy applied to women's health", *Journal of Women's Health*, 8 (2), 185-192.
- World Health Organization (2002) *Community participation in local health and sustainable development: approaches and techniques*. European Sustainable Development and Health Series: 4.

